



JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1953

---

MEROUVXI.

---

EL  
MARQUES  
GASTANO

---

PQ2625  
A53  
M38

85601



1020027065



EL MARQUÉS GAETANO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. \_\_\_\_\_  
Núm. Autor. \_\_\_\_\_  
Núm. Adq. 30578  
Procedencia - 8 -  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificación 100  
Institución 100

CHARLES MEROUVEL

# EL MARQUES GAETANO

VERSIÓN CASTELLANA

DE

EL COSMOS EDITORIAL



85601

Arco de Santa María, 4, bajo,  
MONTREY, MEXICO

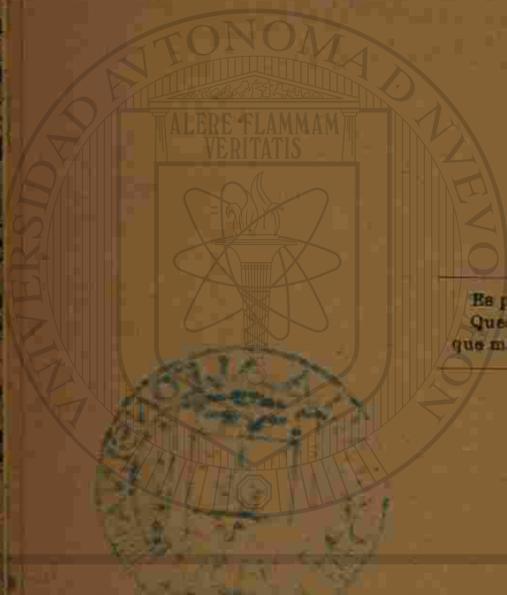
MADRID

EL COSMOS EDITORIAL

Arco de Santa María, 4, bajo.

30578

843  
M.  
PA 2625  
ES3  
A 38



Es propiedad.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID.—Imp. de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.  
TELÉFONO 934

## CAPÍTULO PRIMERO

El día 15 de Diciembre de 1882 cantábase *Los Hugonotes* en la Ópera.

El espectáculo no ofrecía novedad, y dos abonados á butacas que se hallaban hacia el centro de la sala, en la fila cuarta, hablaban en voz baja, sin ocuparse de las *damas de honor*, que cantaban con indiferencia, aburridas, bajo los árboles pintarrajeados, el coro del segundo acto:

*Jeunes beautés, sous ce feuillage,  
Qui vous présente un doux ombrage,  
Braver le jour et la chaleur.*

Uno de ellos, el más viejo, merece que le retratemos, á pesar de que su figura ocupa lugar secundario en este drama. Era su rostro anguloso, como el de D. Quijote, curtido y lleno de hoyos, partido en dos por espeso bigote gris, fuerte como púa de erizo, de guías afiladas á fuerza de cosmético, y sombreaban su frente escasos mechones. Tan alto de estatura era que hubiera molestado á

sus vecinos de las butacas de detrás, á no tener el cuerpo delgadísimo... Cuando se levantó en el entreacto, parecía que andaba en zancos. Su aspecto, en fin, era casi ridículo, y, sin embargo, atraía por su aire de distinción.

Vestía con elegancia: su traje era correcto hasta en sus menores detalles.

Este personaje, lleno de vida aún, que aparentaba lo menos sesenta años, pero que podía muy bien no tener más de cincuenta, llevaba un nombre ilustre, que el estado de sus negocios no le permitía ostentar con brillo.

Le quedaba por todo haber una renta de 15.000 francos, intransferible y no embargable, que le pasaba un primo suyo, después de haber comprado, por favorecerle, los restos de sus bienes, que eran considerables.

El juego y las mujeres lo habían devorado todo.

No por eso dejaba de conservar su rango y sus amistades; no jugando ya, por imposibilidad, más que algunos luses, y sin arriesgarse, se contentaba con oír las hazafías de los demás, dando consejos, que su triste experiencia no hacía mejores.

Todos los jóvenes que frecuentan los círculos donde se juega, le conocían por el nombre de conde Pablo.

Este personaje casi célebre había encontrado medio, con sus 15.000 francos, de conservar su butaca de la Opera, un entresuelo en la calle de

Moscon y un antiguo criado de su país—el conde pertenecía á la mejor nobleza de Picardía,—que lo permanecía fiel en la mala fortuna.

Se llamaba Domingo. Su cocina era sencillísima.

El amo almorzaba con una taza de caldo, y no comía nunca en su casa; el criado daba mnestras, la mayor parte del año, de una sobriedad á toda prueba. Domingo adelgazaba en París, pero se reponía en el otoño, cuando su amo le llevaba á casa de algún amigo.

El resto del tiempo se alimentaba de... filosofía.

Nada tan curioso como los diálogos de estos dos seres, que se entendían á las mil maravillas con medias palabras, pues el conde no se expresaba más que por monosílabos ó frases cortas, tan ininteligibles para quien no poseyera una ciencia especial como la del legendario coronel de la caricatura.

El vecino de butaca del conde Pablo formaba con él un contraste marcadisimo.

Era un hombre que representaba treinta años, de una elegancia consumada, con el cutis moreno y los cabellos oscuros; ojos negros muy vivos, esbelto, y con bigote sedoso y largo, completamente rizado.

Sin embargo, llevaba en su fisonomía visibles muestras de una existencia borrascosa, y se podía leer en sus facciones fatigadas el cansancio de las noches perdidas, las inquietudes de perder di-

nero, la fiebre de las dos grandes pasiones de los hombres ociosos, que han causado tantos estragos en la fisonomía y en la bolsa del conde Pablo: las mujeres y el juego.

Este hombre, joven aún, se llamaba el marqués Horacio Félix Gaetano d'Avoise Saint-Aubin.

De su familia, una de las más antiguas de la isla de Francia, sólo quedaba él.

Los Serlon d'Avoise aparecen en la historia desde los siglos más remotos.

No eran duques como los Montmorency, ni príncipes como los Rohan; pero, desde Francisco I, poseían tantos títulos como un hidalgo español del tiempo de D. Pedro el Cruel.

Los Serlon eran barones de Barres, marqueses de Avesga, condes de Bréboeuf, y el notario de la familia gastaba media hoja de papel timbrado sólo para enumerar sus títulos.

Último retoño de esta raza, Gaetano d'Avoise había perdido los caracteres de fuerza que debieron hacer célebres á sus abuelos; pero poseía, en medio de sus defectos, de sus vicios si se quiere, una peligrosa cualidad: la seducción.

Era el tipo perfecto de esa raza afinada por la selección, elegante, graciosa, que es á los hombres lo que la pura sangre es á los caballos—y perdónese la irreverencia de esta comparación en gracia á su exactitud.

Su padre y su madre murieron jóvenes, dejándole bajo la tutela de un primo soltero y vicioso,

que desde su mayor edad, para desembarazarse de una incómoda vigilancia, se había apresurado á rendirle cuentas, después de haber dejado en completa libertad á su pupilo desde su salida del colegio.

El patrimonio del único miembro de esta antigua casa de Avoise Saint-Aubin era entonces considerable, y se componía de montes, de tierras y de casas. La joya de esta fortuna era un castillo situado á alguna distancia de Corbell, y que estaba valuado en cerca de millón y medio.

El marqués Horacio Gaetano d'Avoise había, pues, entrado en el mundo por dorada puerta. Por desgracia, desde su aparición en los salones aristocráticos, de los que su nombre y su título le abrían las puertas de par en par, tropezó con un preceptor cuyas lecciones debían serle más funestas que las complacencias de su tutor.

El conde Pablo, completamente arruinado ya, y devorando á la sazón las últimas migajas de su fortuna, reconocía en este neófito de la vida cualidades superiores; un ardor para el placer, que revelaba un temperamento de fuego; una indiferencia de pródigo, que le hacía sembrar el oro con profusión y le permitía arriesgar en una noche sumas fabulosas; un inalterable buen humor; un ingenio inagotable, que le servía para coquetear con todas las mujeres sin interesarse por ninguna, y en su admiración por su *alter ego*, que era más guapo, más rico, más alegre, más joven y

más indiferente, se apegó á él con la persistencia que siente un *dilettanti* maniaco por una orquesta de primer orden.

Si fué esto un placer para el conde Pablo, fué una desgracia para el heredero de los Avoise, que no necesitaba ser excitado, sino contenido.

El conde Pablo, sin mala intención por supuesto, fué para su discípulo un Mefistófeles nefasto.

Gozaba con las emociones de su alumno, y las sentía con vibraciones mucho más violentas que las del marqués. Perdía con Gaetano y ganaba con él, siguiendo con los ojos encandilados las variaciones del montón de oro de su amigo cuando tallaba una fuerte banca.

Si el oro se elevaba en pirámide, el pecho de este inválido del tapete verde se hinchaba como un globo; cuando el montón se aplastaba al nivel del paño, como un rumiante que se echa en un tupido prado de la Normandía, el conde Pablo sentía un sobresalto que afirmaba ser terrible, pero que en el fondo le divertía en extremo.

Al volver á su casa, no dejaba de decir á su fiel Domingo:

—El marquesito d'Avoise ha jugado una partida magnífica. Le veremos sin un real.

Pero lo decía marcando las palabras, lo que no impedía al antiguo oriado entenderle perfectamente. Cuestión de costumbre.

Volviendo á la ópera, si los dos amigos no prestaban ninguna atención á las bellezas juveniles de

la corte de Margarita, y miraban con distracción á los grupos revoltosos y profanos que figuraban bañarse en el río, lo cual no dejaba de tener atractivo para los que lo contemplaban con los gemelos, era porque, desde hacia algún tiempo, las circunstancias eran graves, no para el conde Pablo, cuya situación era ya inalterable dentro de la medianía en que había caído, sino para el marqués, cuyo crédito estaba casi agotado.

Los montes, después de talados primorosamente, como un rebaño que se esquila, habían pasado á otras manos; poco á poco los cortijos y las casas habían seguido su ejemplo, y en el momento en que la Reina Margarita, dirigiéndose á las señoras de la corte y mostrándoles á Raul les decía...

—Si; un feliz himeneo, preparado por mí, de-seo, señores, que conozcáis.

El marqués Horacio Félix Gaetano d'Avoise Saint-Aubin, á pesar de su nombre, de su título y de su larga lista de antepasados, no obstante su escudo de armas, donde aparecían las conchas de las Cruzadas, estaba reducido á expedientes, y no poseía más que su castillo de Seine et Marne, pero tan gravado de hipotecas, que su dueño no hubiese podido encontrar 50.000 francos prestados sobre ese resto soberbio de una riqueza gastada en diez años de locuras, y de la cual no quedaba nada.

El conde Pablo, que había seguido paso á paso

la decadencia creciente de su amigo, y que acababa de recibir sus últimas confidencias, sonrió á las palabras de la Reina y dijo en voz baja al marqués:

—Busca usted un remedio, y la suerte se lo indica.

—¿Qué hay que hacer?

—Casarse.

El marqués hizo un gesto significativo.

Tenia horror al matrimonio y á sus lazos, aunque los juzgase fáciles de aflojar, si no de romper.

Todo lo que podía parecerse de cerca ó de lejos á una traba de su libertad, á un deber cualquiera, le parecía odioso.

—Lo he pensado—replicó al cabo de un instante;—pero es duro.

El conde Pablo hizo una disertación, en frases cortadas, destinada á demostrar á su discípulo que no hacía bien en alarmarse y sustraerse á aquella necesidad; que las costumbres modernas han quitado á la vida de familia lo que antes tenía de íntima; que en la actualidad se pasa el tiempo en todas partes, menos en casa; que la costumbre autoriza el abandono del hogar; que los círculos, los baños de mar, los viajes, las carreras, proporcionan incesantes pretextos de ausencia y de libertad, y que, en suma, con un poco de habilidad, de diplomacia, de buenas formas y con mucho dinero, un marido puede considerarse

tan libre como un soltero; que lo importante era concertar un matrimonio, para hallar, como la Reina, bastante ventaja para recobrar de un golpe todo lo perdido, y llevar vida alegre; que con su nombre, su figura, su ingenio y su edad, nada era más fácil, constituyendo, por lo demás, el único remedio posible, en vista de que no quedaba otro.

El conde Pablo acabó por entusiasmarse hasta llegar á ser elocuente.

Además predicaba á un convertido.

Desde tiempo atrás, el marqués se hacía los mismos razonamientos, pero retrasando hasta su último límite la época de la realización de un proyecto que sólo admitía como una necesidad á la cual hubiera deseado poder sustraerse.

Lo que le preocupaba aún más era que, en aquella época, tenía él una intriga que halagaba á su corazón y que sería preciso romper.

Él, que nunca se había apegado á ninguna mujer y que las trataba con la más impertinente ligereza, á cualquier clase á que perteneciesen, desde el momento en que tenían la debilidad de amarlo, se sentía más impresionado de lo que hubiese querido por el encanto de su última conquista.

Sin embargo, había que tomar una resolución.

El peligro era inminente; los acreedores, aun guardando las formas, empezaban los trabajos de un sitio cuyas avanzadas eran visibles.

El señor de Anvoise tenía demasiado talento

para esperar la ruptura de hostilidades, y sabía muy bien que el hombre que cae demasiado bajo, se levanta difícilmente.

Cedió, pues, á las instancias del conde Pablo, y le dijo claramente:

—Tiene usted razón: voy á ocuparme en ello.

En aquel momento Raul rechazaba á Valentina, y, en un conjunto formidable, los gritos de venganza y de cólera, sostenidos por un crescendo de la orquesta, estallaban sobre la escena: uno de los palcos bajos del lado derecho se abrió, y dos señoras, acompañadas por un hombre de alta estatura, robusto y de fisonomía franca, fueron á sentarse junto á la balaustrada y echaron una mirada en torno de la escena y de la sala.

El conde Pablo tocó en el brazo á su compañero.

—Mire usted—dijo—es un aviso de la Providencia.

—¿Cómo?

—Abí tiene usted su negocio, amigo mío.

—La señora de... ¿Cómo se llama?

—¡Savignat! No, ella no, sino la niña que la acompaña. Diez y nueve años, hija única, huérfana de padre.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Por Mr. de Breynes.

—¿La ha pretendido?

—Rechazado absolutamente: el consejero que la dirige es vigilante y listo.

—¿No es un abogado?

—El señor Peyral. Uno de los más acreditados de París.

El marqués pensó interiormente que no valía él más que el vizconde de Breynes, rechazado por la heredera.

Eran tan jugadores el uno como el otro, estaban arruinados, y poseían por toda fortuna una detestable reputación.

El segundo acto acababa de terminar y el telón caía.

El marqués lanzó una mirada incendiaria al palco de la Savignat, tomó el brazo del conde y dijo:

—Vamos á dar una vuelta por el foyer.

## CAPÍTULO II

El nombre de Savignat, que el conde Pablo acababa de pronunciar, y que era bien conocido del marqués de Avoise, tiene cierto perfume que hace presentir el origen de las damas que lo llevan.

El abogado que las acompaña es paisano suyo. Todos son de la Auvernia.

Un detalle indicará hasta qué punto están unidos.

Uno de los más hermosos hoteles de la plaza de Vendôme, de los que siguen al hotel del Rhin, tiene jardines que se extienden hacia la calle de Saint-Honoré y llegan á una preciosa finca situada en el fondo de los patios de una gran casa de alquiler, y tiene también un prado de césped con grandes árboles y dos ó tres macizos de flores.

Este césped está separado de los grandes jardines del hotel de la plaza de Vendôme por un muro medianero cubierto de jazmines de Virginia, de clemátidas y otras enredaderas.

Una puertecita abierta en su muro permiti-

te pasar desde el gran hotel al pequeño sin que sus habitantes tengan que dar la vuelta, que sería muy larga, por las calles.

Ahora bien; el gran hotel de la plaza de Vendôme era el hotel Savignat, mientras que la casa de la calle de Saint-Honoré pertenecía al abogado señor Peyral, que ocupaba la casita situada en el fondo de los patios.

Esta puerta de comunicación fué abierta algunos años antes, de común acuerdo entre los propietarios de los dos inmuebles de la plaza de Vendôme y la calle de Saint-Honoré.

Los Savignat y los Peyral estaban ligados por lazos de inalterable amistad.

Su historia explica esta afección.

El propietario del hotel de la plaza de Vendôme, Antonio Savignat, fallecido en 1879, era hijo de un albañil de los alrededores de Pontgibaut, llegado á París, hacia el año 1847, con un equipaje de los más ligeros, del que más tarde tuvo el buen gusto de no alabarse, sin tener tampoco la debilidad de sonrojarse de él.

Era un hombre de buen sentido.

Los derribos del viejo París abrieron á su actividad y á su audacia los más anchos horizontes.

Dotado de una inteligencia y una energía poco comunes, llegó á ser en pocos años un constructor de primer orden, y pronto uno de los contratistas más importantes y más ricos de aquella época, en que tantos hubo.

Lo que este honrado auvernés había movido de mortero, de barras de hierro, de vigas, de millones de tejas y ladrillos y de yeso, era incalculable.

Las construcciones hechas por él durante esa edad de oro de la mampostería, hubiesen podido formar por sí solas un barrio populoso.

De cuando en cuando construía una casa por su cuenta, sobre sus ganancias, y eran casi siempre estas fincas de las más importantes y mejor situadas.

Tenía finísima perspicacia.

Así, al morir, gastado como una máquina que ha trabajado demasiado, dejó á su mujer y á su hija única, Elena Savignat, el hotel de la plaza de Vendôme y una fortuna tasada en veinte millones, laboriosa y honradamente ganados.

Este aldeano de genio que, salido de la nada, llegó tan alto por medio de un trabajo tan honrado como constante, se había casado, diez años después de los comienzos de su fortuna, con una de sus paisanas, Perrina Vicheu, algo parienta suya é hija de un propietario rico, como se puede ser rico en las montañas de Puy-de-Dome ó de la Creuse.

Tenía diez y seis años menos que él; pero eran de la misma raza, valientes y honrados; el uno y el otro se habían uncido al trabajo como dos bueyes de Aubrac, iguales de talla, de fuerza y de bríos.

Jamás tuvieron una riña, jamás empañó una

nube el cielo de estas buenas gentes hasta el día en que el marido, faltar ya de energía, cayó desfallecido, con la frente sobre su bufete cubierto de planos, sin exhalar una queja, pero parano levantarse más.

Este gran constructor tenía un protegido: Juan Peyral, hijo de uno de sus camaradas, que se arrinconó en su país y no hizo fortuna.

Savignat tomó bajo su protección al niño, que anunciaba felices disposiciones. Le puso en un colegio, le alojó en las buhardillas del hotel mientras seguía la carrera de Derecho, y más tarde, encargándole de sus negocios, ayudándole con consejos y dinero, enviándole clientes que le proporcionaba su oficio y dirigiéndole en la colocación de sus ganancias, hizo de él uno de los abogados más notables de París, ó al menos contribuyó poderosamente á su adelanto y á su reputación.

Algunos años antes de morir le había comprado la casa de la calle de Saint-Honoré con el hotelito por el cual se abría la puerta en el muro medianero, á fin de que los dos amigos pudieran fácilmente comunicarse.

Así existía entre la familia del albañil y el abogado un lazo más sólido que el parentesco: el de una amistad fundada de una parte en la gratitud de un gran corazón, y de la otra en una estimación y una simpatía que nada podía alterar.

En 1882, Elena Savignat llegó á los veinte años.

Su madre la creía mucho más hermosa que todas las demás jóvenes.

Las madres tienen estas debilidades.

Pero la verdad es que era tan sólo una mujer bonita.

Morena, con abundantes cabellos casi negros, tenía la nariz demasiado corta y algo remangada, por el estilo de las grisetas, una raza desaparecida. La boca, pequeña y firme, anunciaba una fuerte dosis de voluntad. El óvalo de la cara no presentaba un dibujo perfecto; la frente era estrecha, la estatura pequeña; el conjunto representaba más sólida fuerza que distinción y elegancia.

En una palabra, faltaba la distinción de raza.

La única belleza de la heredera, estaba en unos ojos muy expresivos, aunque pequeños, y muy ardientes, que inquietaban por su dureza.

En esta fisonomía plebeya y robusta se veía una especie de resolución y de energía casi viriles. El alma ruda del constructor estaba allí.

Aquella noche, Elena Savignat estaba vestida con una sencillez encantadora.

Su traje color crema, bastante abierto para dejar entrever halagüeñas perspectivas, no tenía otro mérito que el de su precioso corte, lo cual vale más que todos los adornos y pasamanerías del mundo.

Por encima de los largos guantes se veía la redondez de sus brazos torneados.

En suma, poseía esa frescura incomparable de

la primavera, y, para decirlo de una vez, los millores rodeaban á su joven y altiva cabeza de una aureola que tiene siempre indiscutible brillo.

La madre tenía á primera vista aspecto vulgar: bastaba fijarse en su cara y en el conjunto de su persona; pero si se estudiaba con atención la fisonomía de aquella mujer de talla ordinario, de cutis marchito por la atmósfera de los escritorios, ni gruesa ni delgada, de rasgos enérgicos y nariz encorvada, con los labios apretados y el pelo gris ligeramente rizado, asombraba la penetración de sus ojos grises, de una vivacidad extraordinaria.

Iba constantemente vestida de negro, sin joyas ni encajes, con una sencillez monástica.

No lucía en los dedos más que el anillo nupcial, símbolo de la unión modelo, de dos seres que se habían estimado y amado.

Nunca debió de ser guapa.

Su rostro parecía el de un viejo prelado, más amante de la disciplina que de la mujer; y, sin embargo, atraía por la expresiva y simpática cordialidad, por la familiaridad ruda y generosa de aquella criatura, que debía tener, como vulgarmente se dice, el corazón en la mano.

Por el aplomo, por la tranquila seguridad de todo su ser, revelaba serenidad, fuerza, singular energía.

Y esto era cierto.

La señora de Savignat manejaba dos fuerzas poderosas: la inteligencia y el dinero.

Había salido del palco con su hija, y se paseaba por el pasillo, mientras que el señor Peyral hablaba con un colega, Desroches, su rival y su amigo más íntimo, acompañado de su primo, gloriosa ruina de nuestro ejército, el comandante Labarre, cuando el marqués d'Avoise se soltó del brazo del conde Pablo y fué á inclinarse con toda su gracia de aristócrata delante de la viuda, que le recibió cortésmente, pero no sin frialdad, como á persona con quien no se quiere intimar.

El marqués no parecía comprender estas frialdades, demasiado visibles para que se engañase un hombre de la buena sociedad, y, volviéndose hacia Elena, le dió las gracias en los términos más ingeniosos por la honra y el placer que le había concedido bailando con él algunas vueltas de vals, la semana anterior, en casa del barón Nollet.

La mirada que le dirigió al separarse de ella era expresiva y valía un madrigal; pero pasó inadvertida para la madre, á quien se acercaba en aquel momento el abogado.

Cuando el señor de Avoise volvió á tomar el brazo del conde Pablo, fué acogido con el siguiente apóstrofe:

—¡Tunante!

—¿Por qué tunante?

—Por no decirme que estaba usted en gran predicamento con esa señorita Savignat.

—Mucho decir es eso. ¿En qué lo conoce usted?

—En ciertas señales que me indican que existe una corriente de simpatía.

—¡Ojalá! Eso pondría mi buque á flote. Pues qué, ¿no es ése el empleo que ha dado la Providencia á las señoritas de Sharagnat?

—¡Savignat!—rectificó el conde Pablo.—No estropeemos el nombre de la futura, y créame, siga adelante, que tiene usted probabilidades. ¿Dónde la ha conocido usted?

—La he encontrado en varios sitios; en casa de los Bochier, en Biarritz, en Cannes, y últimamente en casa del barón Nollet, calle de Monceau, dos veces: ¡es el banquero de los Cadignat!

—¡Savignat!

—El barón me protege, tal vez á causa de lo que le debo, y me ha aconsejado que presente mi candidatura.

—¿Lo ha hecho usted?

—Delicadamente, plantando jalones; usted comprende que entre dos polkas, tres valeses y un co-tillón...

—No hay tiempo para decir muchas cosas.

—Las cosas que el marqués había dicho eran, sin duda, muy del agrado de la señorita de Savignat, pues durante los tres últimos actos de *Los Hugonotes* se ocupó mucho más de los dos espectadores de las butacas, que de Saint-Bris, Raul y Valentina.

Aunque las miradas que dirigía hacia ellos eran tan rápidas como furtivas, no dejaban por eso de

ser significativas; así es que el conde Pablo dijo á su amigo, á la salida del teatro, cuando la madre y la hija pasaban delante de ellos por la gran escalera:

—Mi enhorabuena: el negocio está en buen camino. ¿Talla usted una banca?

—Con mucho gusto.

Cada vez que Elena iba al teatro le veía en las butacas.

En paseo, el coche del señor de Avoise, de una corrección superior, encontraba medio de cruzarse dos ó tres veces cada tarde con el de las señoras de Savignat.

En cuanto Elena se arriesgaba á salir á caballo, lo cual la divertía mucho, un jinete, que montaba caballo de gran precio, la sonreía al paso de todas las alamedas.

No tuvo pronto más que una imagen en el corazón y un nombre en los labios: el marqués de Avoise. Pero no lo confesaba.

Hasta sus nombres, bastante pretenciosos, de Horacio y de Gaetano, sonaban en los oídos de Elena como la más deliciosa música.

Fué víctima de la persecución encarnizada que se dirigía más bien á su dote que á su persona.

Aun cuando Elena hubiese sido deforme, coja y fea, el aristocrático mancebo que antes tiró su fortuna por las ventanas de todos los *boudoirs*, sobre todos los hipódromos y en el tapete verde de todos los casinos, hubiera perseguido con el mismo ardor los millones del albañil de Pontgibaud.

Un día llegó en que las pretensiones del marqués se declararon en debida forma.

El barón Nollet fué á transmitir las á su riquísima cliente.

La madre, con profunda desesperación, tuvo que comunicárselas á su hija.

Elena no se había atrevido á decirle una sola palabra de esta misteriosa y entretenida novela.

La guardaba oculta en lo más profundo del corazón, temerosa de revelarla.

Y, sin embargo, amabatíernamente á su madre.

Las dos mujeres, solas, aisladas en medio de los goces y de las preocupaciones de su gran fortuna, se querían entrañablemente.

Pero Elena presentía la aversión de su madre por aquella boda que constituía para la muchacha dulcísima esperanza.

Perrine Bicheu era siempre, bajo otros trajes y otras formas, la aldeana que Antonio Savignat había sacado de su pueblo, seria, práctica, leal y enemiga de desórdenes, de cualquiera clase que fuesen, morales ó materiales.

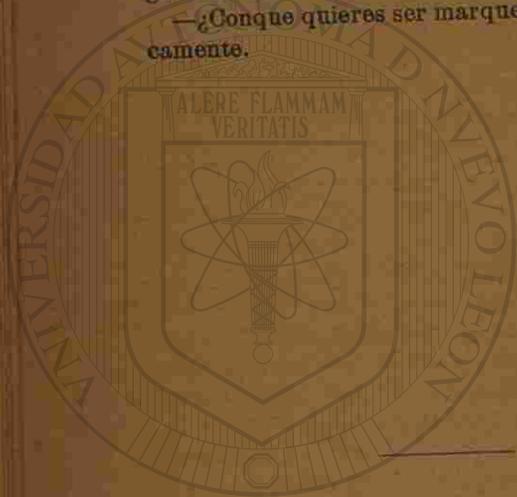
Una mañana, estando sentada en el antiguo despacho del contratista, en el que nada se había cambiado desde su muerte—era un inmenso salón artesonado de maderas de una labor preciosa, y que cubría sus paredes con tapices Gobelinos,—llegó Elena á besarla como todos los días.

De pronto se puso colorada.

Su madre fijó en ella una mirada inquisitorial; y

sacudió nerviosamente un manójo de llaves colgado á su cintura.

—¿Conque quieres ser marquesa?—la dijo bruscamente.



### CAPÍTULO III

Elena no contestó al pronto. Sobresaltada por esta pregunta que la cogía de improviso, volvíase su color del blanco al rojo, del rojo al violeta...

La señora de Savignat se mordía los labios con aire de visible contrariedad; atrajo á su hija junto á ella, la miró un instante de hito en hito, y continuó como hablando consigo misma:

—Sí, es lo que yo pensaba... me han advertido demasiado tarde. Siéntate.

Y la indicaba un sillón próximo al bufete de su padre.

La vida del contratista prosiguió, durante medio minuto, su ejercicio favorito en los momentos difíciles, que era jugar con el manójo de llaves, sin cesar de observar á Elena, que miraba al suelo y cambiaba de color á cada instante. Después de lo cual suspiró ruidosamente y puso en orden, sin duda para tomarse tiempo de reflexionar, algunos papeles que había sobre el *secretaire*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO" 127.3"

1971 AGOSTO 17

Y dijo luego, dirigiéndose á su hija:

—¿Conoces á un señor que se llama el marqués Gaetano de Avoise?

—Sí—dijo tímidamente Elena.

—Entonces, eso me evita explicarte cómo es.

—¿Os habéis visto mucho este invierno?

—Pero...

—Representa treinta años, pero tiene treinta y cinco: ¿lo sabes?

—¡Qué importa!

—Ese detalle no sería un obstáculo para mi consentimiento, si la razón acompañase á los años. Tu padre y yo nos casamos con la misma diferencia de edad, sin ser por eso desgraciados; pero el señor de Avoise tiene más años que juicio. Me he informado, y sé que es más jugador que las mismas cartas.

Elena bajó la cabeza.

—Se pierde la cuenta de sus conquistas y trapisondas...

La heredera inclinó aún más la cabeza.

—Y como con estos dos defectos no hay límite, ni basta nada, resulta que se ha arruinado por completo: no le queda un céntimo. Ese es tu pretendiente.

La señora de Savignat se detuvo para estudiar en el rostro de su hija el efecto de esta revelación.

Después de un instante de examen, continuó:

—Tú comprendes muy bien que yo no puedo aprobar un matrimonio tan peligroso. Tal vez me

halague el ser la suegra de un marqués; pero yo deseo ante todo la dicha y la tranquilidad de mi hija. El señor d'Avoise es guapo, no lo niego; de agradable presencia; baila como una pluma y es buen jinete; concedido. Es además marqués, y no hay nada que censurar á su marquesado, según me asegura el bueno del señor Nollet, que tampoco le querría para yerno. Su nombre está citado veinte veces en la historia de Francia, y su blasón adorna y produce gran efecto en sus coches y muebles. Todo eso está muy bien; pero yo pongo sobre esas superficiales ventajas las cualidades serias de un hombre honrado. El señor d'Avoise me parece algo así como una casa de gran fachada, de labrada piedra, con muchos adornos y artísticos balcones, y cuyo interior estuviera ruinoso y lleno de podredumbre. Si sólo estuviese arruinado, el mal tendría remedio... tal vez; pero lo está por su culpa. Jugador y... libertino... he aquí la palabra. ¡Tanto peor! Es demasiado, y esos defectos, ó más bien esos vicios, cuando se tienen á la edad del señor d'Avoise, no se curan; se muere uno con ellos dentro del cuerpo; acaban por ahogar.

La señora de Savignat hizo una nueva pausa, pero fué motivada por un hecho que la intrigó.

Elena no levantaba la cabeza ni se podían ver sus ojos; pero lo que sí se distinguía perfectamente eran dos lágrimas que rodaban por la fina lana de su traje de mañana.

La madre acercó su butaca á la de su hija, levantó la cabeza de Elena y vió sus ojos enrojecidos.

—¿Qué es esto?— dijo. — ¡Lloras! ¿Le amas acaso?

Elena cerró los ojos.

—Vamos á ver— replicó la madre. — Eso es imposible; apenas le conoces. No es en un baile donde se puede conocer y juzgar á un hombre en algunos minutos. ¿Sabes que sería una desgracia? Acaso la mayor que pudiéramos sufrir. Dime, por Dios, que me equivoco.

—No.

—Así, pues, ¿le amas?

—Sí.

—¿Por qué no me lo confesabas?

—Porque sabía que me dirías lo que acabo de oír.

—¿Y nada te detiene?

—Escucha, madre— dijo Elena apoyando las manos sobre las rodillas de la señora de Savignat. — Me he hecho toda clase de reflexiones acerca de este matrimonio; he procurado convencerme, y no puedo. Desde el día en que le vi, pensé que nadie más que él sería mi marido, el día que quisiera pretenderme. Hemos hablado pocas veces, pero siempre me ha hecho la confesión de sus faltas con conmovedora sinceridad. «He sido jugador— me decía,—pero juro á usted renunciar á esa insensata distracción. Me he divertido con el frenesí de la ju-

ventud, pero juro no amar más que á usted. Estoy arruinado, pero prometo ser prudente y arreglado en el porvenir. He pagado muy cara mi experiencia y quiero aprovecharla.

—¿Y tú le crees?— preguntó la señora de Savignat profundamente alterada.

—Sí— respondió Elena con voz grave;— sí, le creo, porque le amo.

Pronunció estas palabras con tal emoción, que su madre pudo comprender toda la extensión de la desgracia. Era irremediable.

—Eramos demasiado felices juntas— murmuraba,— y debía sobrevenir un desastre: ya está ahí.

Trató en vano de convencer á Elena de los peligros de semejante matrimonio, aun comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos.

—Reflexiona al menos algunos meses— la dijo.

—¿Para qué?

—Viajaremos, para distraerte, por donde quieras: iremos á Italia.

—Su imagen me seguirá por todas partes.

Y respondía á todas las objeciones de aquella pobre mujer con este solo argumento:

—Le amo.

Por lo demás, habló á su madre con el más cariñoso respeto, repitiendo sin cesar:

—Nunca me casaré contra tu voluntad, eso nunca; pero el señor de Avoise será mi marido ó no me casaré jamás.

La señora de Savignat, desesperada, no cedía, sin embargo, tan pronto; se resistió cuanto pudo, pero teniendo, bien á su pesar, que aceptar la prueba.

El cariño apasionado que profesaba á su hija venció por fin su resistencia.

Elena, á quien aniquilaba la lucha, languidecía, enfermaba, y esto decidió la victoria de su amante, que fué autorizado para presentarse en el hotel de la plaza de Vendôme, y más se ocupó, durante las pocas semanas que precedieron al matrimonio, de conquistar el corazón de la madre que de ganar el de la hija, que ya era suyo.

Lo consiguió, y fué esto el triunfo de su habilidad y de su astucia, que empleaba á las mil maravillas.

Nunca se esforzó como en esta ocasión, él, que era un D. Juan, para lograr la conquista de aquella suegra, más inexpugnable que una plaza atrincherada, con toda clase de reductos y defensas.

Se dejó vencer al fin y capituló, sin renunciar por eso á rodearse de precauciones para el porvenir.

Y entonces se condujo con esplendidez.

Pagó todas las deudas de su yerno, que importaban un millón, desempeñando su castillo de Avoise, cuya propiedad y renta tuvo la delicadeza de dejarle.

La fortuna de Elena ascendía á cinco millones

por herencia de su padre, el cual, seguro de su mujer y del cariño que ésta profesaba á su hija única, había legado á su viuda todo lo que la ley le permitía.

La señora de Savignat dió á Elena, por su parte de herencia, las mejores fincas; aquellas cuyo interés era mayor y más seguro; pero tomó, como era su deber, las prudentes medidas que su experiencia y su espíritu práctico le sugerían.

Fué secundada en esta obra por su buen amigo el señor Peyral, que, al redactar el contrato, sujetó al marido con las fuertes cadenas del régimen dotal, haciendo méritos y adquiriendo derechos para que le odiase el marqués, aunque secretamente.

El abogado tenía demasiado buen sentido para ver con gusto un enlace cuyas consecuencias debían ser desastrosas. Por desgracia, sólo podía salvar la fortuna de la que, con razón, consideraba como su pupila.

El marqués firmó, no sin cólera, el contrato, cuyas desconfianzas no podían, sin embargo, estar más justificadas; pero carecía de recursos, y aquel matrimonio le ofrecía una salvación inesperada.

Con un poco de juicio, hubiera podido gozar de existencia tranquila entre aquellas dos mujeres de espíritu generoso y dispuestas á todo para asegurarle una vida conforme con su rango.

En 1882, al salir de la iglesia, cuando terminó la ceremonia, poseía su propiedad de Avoise y

los quince ó veinte millones de los Savignat, en presente ó en porvenir; sus deudas estaban pagadas, y la hoja del debe, blanca como la nieve, gracias á las liberalidades de su suegra.

Elena, ruborosa y complacida, pertenecía en cuerpo y bienes al marido que la habia ganado tan fácilmente, y que podía conservarla por siempre con algunas atenciones y fáciles complacencias.

La señora de Savignat quiso halagar el orgullo de su yerno. é hizo las cosas espléndidamente.

Dió el segundo piso de su hotel á su hija, que nunca hubiera consentido en separarse de ella; puso la casa con regia magnificencia, y se prestó gustosa á todos los caprichos, por medio de los cuales Elena trató de cautivar y retener á su marido.

Las ilusiones de las dos pobres mujeres debian, sin embargo, ser cortas. Después de seis meses de vacilación, el señor de Avoise volvió poco á poco á sus antiguas costumbres, con gran placer del conde Pablo.

Guardando, en la forma, toda clase de respetos á su mujer y á su suegra, pasaba el tiempo entre los círculos donde se jugaba, sus amistades de soltero y las carreras de caballos, donde hacía apuestas enormes con varia fortuna.

Á cada momento inventaba nuevos é ingeniosos pretextos, para estar el menos tiempo posible en el hotel de la plaza de Vendôme, y los rumores más alarmantes, aun para los espíritus menos asustadizos, corrían acerca de su conducta.

Elena, por más que quiso dudar durante algún tiempo, comprendió que nunca le habia pertenecido el corazón de su marido, y encerróse en absoluta soledad, que con nadie compartía.

Con un valor y una dignidad, que su marido hubiese debido agradecer, fingía tranquilidad delante de los íntimos de su casa. Ni aun su madre logró arrancarle confianzas; pero Elena no podía disimular á sus ojos de Argos las tristezas de aquel abandono.

La madre, sin intervenir en las intimidades del matrimonio, seguía paso á paso las fases del drama, tascando el freno con rabia.

Diez y ocho meses después de su matrimonio, y cuando Elena comprendió cuán grande habia sido su error, cayó enferma de pena y estuvo á las puertas de la muerte.

Los médicos ordenaron que fuese á un clima cálido, y su madre la llevó á Argel, en donde el marqués se reunió con ellas.

Ocurrió esto durante el invierno de 1884.

Los cuidados asiduos de su madre, y algunas atenciones del marqués, devolvieron á Elena la salud. La crisis más grave habia pasado.

Cuando volvieron todos á París, encontraron á su amigo Peyral casado; y por cierto que su matrimonio fué muy original.

Su mujer era una joven, inquilina suya, que vivía en las buhardillas de la casa situada en la calle de Saint-Honoré.

Esta muchacha no tenía más patrimonio que su hermosura, y, sin embargo, los habitantes del hotel Peyral parecían tan felices como eran desdichados los de la plaza de Vendôme.

El matrimonio se había celebrado sin ninguna pompa, asistiendo solamente á él dos amigos íntimos del abogado: el señor Desroches y el comandante Labarre.

Después del viaje á Argel, la marquesa seguía sufriendo los mismos dolores y las mismas inquietudes; pero había resistido el golpe, y la naturaleza, fuerte y ruda, de Elena se había sobrepuesto, acostumbrándose al sufrimiento y fortalecida por el cariño, dulce, y enérgico á la vez de su madre.

Las dos mujeres, heridas en el corazón y mortificadas en su orgullo y en sus intereses, se sostenían mutuamente.

Se comprendían con una sola mirada, sin necesidad de hablar; se consolaban con la amistad del señor Peyral, que iba casi todas las noches por la puertecita del jardín á distraerlas, llenando la triste casa de la más franca alegría que iluminaba su rostro varonil.

El volcán dormía, sin estallar, en el hotel de la plaza de Vendôme.

Este estado de cosas debía prolongarse hasta la primavera siguiente, que fué cuando se desarrolló el drama, breve y extraño, que vamos á narrar.

#### CAPÍTULO IV

El 25 de Abril de 1887 se daba una gran fiesta en el hotel de Savignat.

A las dos de la mañana, los amplios salones del primer piso resplandecían de luces, y el baile estaba en su apogeo.

Si la expresión no fuese ya legendaria, diríamos que se bailaba sobre un volcán, pero sobre un volcán privado, un volcán de familia.

En el matrimonio Avoise estaba la cuerda tan tirante, que amenazaba romperse.

Para evitar que esto sucediera, eran precisas toda la paciencia y la dignidad de la joven marquesa, y toda la prudencia y presencia de ánimo del señor Peyral, que retenía y moderaba la legítima indignación de su antigua amiga la señora de Savignat.

Se bailaba, sin embargo, sin preocuparse de la mina que podía hacer saltar el salón.

Los sonidos de la orquesta llegaban á él dulcemente, y la luz suave se tamizaba por las corti-

nas de brocatel y de terciopelo y por los transparentes de encaje.

El público estaba muy mezclado.

Al lado de ilustres nombres de aristócratas de raza, como el barón de Tayllerande, ó el conde de Fresnes y algunos otros amigos del marqués de Avoise, anunciaban los criados á personas vulgares, sin pizca de nobleza, antiguos empleados de Savignat, enriquecidos en los negocios, y algunas celebridades de la alta banca, entre ellos el barón Luis Nollet y su esposa, una rubia seductora, muy poseída de su belleza.

En el gran salón estaba el señor Peyral, de pie, delante de la chimenea, hablando alegremente, pero sin lograr que la dueña de la casa abandona rasu mal humor, que en vano procuraba disimular.

—¡Qué suerte ha tenido usted!—le dijo con acento de amargura y casi de envidia, en un momento en que los amigos íntimos que les rodeaban se apartaron, señalando á una señora joven y graciosa, que pasaba acompañada por el barón de Tayllerande.

El rostro del abogado se iluminó, y una sonrisa de placer se dibujó en sus labios.

—Es verdad—dijo.—Tres años de felicidad completa. No creía que eso fuera posible, pero me he convencido de lo contrario.

—Matilde es la reina del baile: es tan buena como hermosa. Pero mejor me parecería que se hubiera usted casado con otra...

—¿Con quién?

—Con Elena: era mi sueño dorado.

El abogado trató de variar la conversación.

—Parece más tranquila desde hace algún tiempo—dijo.

—Es una tranquilidad fingida; es la calma del desaliento. Su porvenir está perdido; ya no puede ser feliz. Mi yerno es feroz.

—¡Oh, terrible!—dijo el abogado sonriendo.

—La palabra no es muy fuerte, créalo usted. Hubiese preferido, se lo aseguro á usted, un hombre violento, colérico, pero bueno en el fondo, y ligero: no pide perfecciones; aunque cometiera locuras se las perdonaría, si procurara borrarlas con su cariño. Pero ese hombre frío, de una terquedad invencible, altanera y desdeñosa, aunque cortés en la forma, que se burla de todo y que no cree en nada, me espanta; no sé verdaderamente adónde vamos á parar ni cómo acabará esta aventura.

El señor Peyral se mordió los labios y no contestó.

—¡Qué música tan bonita!—dijo al cabo de un instante.—¿Sabe usted lo que es?

—Confieso mi ignorancia. Creo que es un vals; pero en nuestras montañas de Auvernia no sabemos bailar. Somos poco sociables, amigo Juan, y ojalá que Elena se hubiera casado con quien no lo fuese tanto y la quisiera más.

Era, en efecto, un vals vienés lo que la orques-

ta tocaba con bríos de Tzigano. Los últimos compases vibraron y se extinguieron, y la conversación quedó interrumpida por una irrupción de parejas que volvían al salón.

El barón de Tayllerande apareció llevando del brazo a una señora de admirable hermosura, delante de la cual se inclinó con su más graciosa sonrisa, después de haberla instalado en una butaca muy cerca del ama de la casa.

Fijándose en ella, se hubiera podido descubrir en aquella sonrisa cierta familiaridad amistosa, que revelaba á las claras el mutuo conocimiento de secretos ignorados por los demás, el recuerdo de algún misterioso encuentro. Hay sonrisas elocuentes.

La del barón hizo asomar á las mejillas de la joven un rubor pasajero que desapareció en seguida.

La bella pareja del barón de Tayllerande podría tener veintisiete á veintiocho años.

Es difícil soñar una criatura más simpática, más casta y apetitosa al mismo tiempo que aquella morena de cutis mate con cálidos reflejos, de busto firme y enérgico, de talle delgado y flexible, esbelto y arrogante á la vez.

La hermoseaba aún más su vestido de seda gris, sencillo y ligero, cuyas hechuras revelaban á un verdadero artista.

Este traje, muy descotado, dejaba ver un cuello, un busto y unos brazos de estatua.

Era realmente la esplendidez de la mujer en su apogeo, con el realce que le da la elegancia de París, como la última pincelada, el supremo retoque de un maestro á su obra.

Sus cabellos castaños, muy oscuros; sus admirables cejas, arqueadas sobre dos ojos de terciopelo, hacían resaltar, por el contraste de los colores, el esplendor de su cutis y de sus labios rojos sin el menor artificio.

Todo estaba cuidado en ella, hasta los menores detalles de su persona y de su tocado.

Era la señora de Peyral, la cual llamó á su marido y le dijo en voz baja:

—¿Vámonos?

El abogado le señaló con una mirada á la señora de Savignat, y, aunque no habló, sus ojos dijeron con más elocuencia que con la frase misma:

«Vamos á dar un mal rato á esa pobre mujer».

—La señora de Peyral lo comprendió; pero tenía sin duda poderosas razones para retirarse, porque añadió, apretando con disimulo la mano de su marido:

—Te lo ruego.

Colocado entre su amistad y su amor, el señor Peyral vaciló un instante.

Durante este momento, un joven alto se acercó á ella rápidamente y le dijo:

—¿Me concede usted el próximo vals?

—Lo he rehusado ya á otros—contestó ella,—y no puedo concedérselo á usted.

—¡Bah!

—Además nos vamos.

—¿Ya?

—Mi marido puede decírselo á usted.

—El señor de Peyral no es un tirano y nos concederá unos instantes de prórroga: ¿está convenido?

—Puesto que es preciso... —dijo ella resignándose.

—¡Oh, la frase no es muy cortés! Vamos á ver... se lo ruego á usted.

—Sea.

—Hasta luego.

El abogado se acercó de nuevo á la chimenea.

Casi se alegraba de aquella intervención, que le permitía detenerse un poco más: no era que el baile tuviese grandes atractivos para él; pero comprendía que su presencia causaba una verdadera satisfacción á su antigua amiga y no se atrevía á privarla de ella.

Además, gozaba con los triunfos de su mujer, sobre la cual tenía constantemente fijos los ojos, con un placer que todos los enamorados de su edad y de sus condiciones han sentido.

Aunque hemos dicho que el pretendiente al vals era un joven, hay que distinguir.

Visto á distancia, representaba veinticinco años. De cerca, por las arrugas que rodeaban sus ojos y por cierta fatiga que podía notarse en sus facciones, se comprendía que debía tener lo menos treinta y cinco. Pero conservaba una distinción, una viveza de movimientos y una gracia en

sus maneras, más escasa en la buena sociedad de lo que se supone en general.

Se había expresado con una libertad que la amistad de los Peyral con los dueños del hotel Savignat podía explicar, pero en la cual se podía notar algo parecido á la familiaridad cortés del barón Tayllerande; y esta vez era el marqués Gaetano de Avoise quien hablaba.

Por lo demás, estos matices eran tan imperceptibles, que hubiera sido preciso el ojo de un observador para descubrirlos.

La joven esperó, no sin algunas señales de impaciencia, la vuelta de vals que había prometido, y cuando los violines empezaron el preludeo del «Bello Danubio azul» se levantó, adelantándose hacia el marqués, que venía á buscarla, y se perdieron en el torbellino de parejas.

El reloj del gran salón marcaba las tres, cuando la señora de Peyral volvía al lado del abogado.

Esta vez no se sentó.

Cogió del brazo á su marido, é inclinándose delante de la señora de Savignat, le dijo con dulce voz:

—Ruego á usted que me permita retirarme.

—¡Vanos á ver, Matilde, un poco de ánimo!

—¿Qué vamos á hacer sin usted?

—Estoy muy cansada.

—¿A su edad?

—Se lo aseguro á usted.

—Vayan ustedes, pues, á dormir, felices tortolitos.

La anciana señora dió un beso en la frente á la joven; el señor Peyral estrechó entre las suyas las manos de su amiga, besó como á una niña á la marquesa, que se acercó á él, y la pareja desapareció sin ruido á través de los salones, donde la fiesta estaba en su apogeo.

Un cuarto de hora después, un convidado que podría tener cuarenta años, bajito, delgado, raquítico y anguloso, enteramente afeitado como un cura y rígido dentro de su frac negro, fué, llevando del brazo á una joven, á saludar á la señora de Savignat, que le dijo con su cordialidad acostumbrada:

- ¿Se va usted, barón?
- Con gran sentimiento. ¡Qué hermosa fiesta!
- ¿Se ha divertido usted, señora?
- Mucho.

La baronesa de Nollet, como hemos dicho, no se parecía en nada al hombrecillo que la acompañaba. Era una rubia alta y hermosa, de seno exuberante, cutis hermoso y ojos azules como turquesas.

Al retirarse, del brazo de su marido, se cruzó con el marqués, á quien lanzó una mirada terrible, en la cual había cólera olímpica, despecho, orgullo lastimado y como el resentimiento de una injuria recibida.

El marqués sonrió, y el barón y la baronesa pasaron; pero en el momento en que ésta se ponía un elegante abrigo, azul como sus ojos de rubia;

mientras su marido esperaba, empezando á bajar la escalera monumental del hotel, sintió que le tocaban la mano, y se volvió con naturalidad.

Era el marqués.

La había seguido sin dejar de sonreír.

La baronesa se estremeció como si hubiese recibido una descarga eléctrica, y ocultó rápidamente en uno de sus guantes un billete doblado que el marqués acababa de darle.

—¿Vienes, Blanca?—dijo el barón.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALONSO REYES"  
FUND. 1625 MONTERREY, MEXICO

30578

## CAPÍTULO V

En el mundo de los negocios era muy conocida la fisonomía original de aquel banquero cortés y frío como el polo Norte, irreprochable en sus maneras, que iba á todas partes: en los grandes círculos se respetaba su nombre; en los teatros, en los salones, se le veía siempre, asestando con sus ojillos, flechas de acero que penetraban hasta el fondo de las conciencias, y paseándose mirando con curiosidad, como si tuviera la misión de ver é inspeccionar á los demás. No se le conocían vicios ni virtudes, á no ser una discreción á toda prueba. Luis Nollet, de la célebre casa Nollet Hermanos, era inmensamente rico.

Había organizado su vida con la precisión de un cronómetro: en su casa reinaba el orden más perfecto é inalterable.

Su hotel de la calle de Monceau era, sin disputa, uno de los más suntuosos de París, como la casa de banca Nollet era una de las más serias y consideradas del orbe.

Los Nollet dominan desde hace medio siglo en el mundo de los negocios.

En sus oficinas del barrio Poissonniere, amuebladas á la antigua, sin fausto y sin dorados, se negocian masas enormes de valores; en ella se acredita, lo mismo que en el Banco (del que siempre es director algún Nollet), el grado de confianza que merece cada cliente.

El Rey Luis Felipe, muy amigo del dinero, hizo barón al Nollet que dominaba el comercio de París hacia el año 1837.

Luis Nollet, el mayor de los tres hermanos que reinan en esta poderosa casa, no carece de buen sentido ni de talento; pero es tan escrupuloso, que un mueble desarreglado, un poco de polvo sobre las alfombras, un libro olvidado sobre una mesa, un cuadro torcido hacia la derecha ó hacia la izquierda, turban su felicidad.

Todo está previsto en su existencia, regulada como el movimiento de los planetas en el Observatorio, desde el empleo de las horas del día y el traje que debe usarse en cada estación, hasta el presupuesto de los menores gastos del año. ¿Cómo un ser tan meticuloso se había podido decidir á casarse? Es éste un misterio que preocupa á su familia y á sus amigos, y que sólo puede tener una explicación: el amor. ¿Pero sólo el amor? ¿No sería más bien el deseo, la necesidad de tener junto á sí, á sus órdenes, como se posee una bodega ricamente surtida, una villa para los baños de mar ó un ca-

zadero para el otoño, á aquel ser encantador lleno de gracias, la mujer en fin? Sea como quiera, á los treinta y seis años había pedido la mano de una de sus primas, la señorita Blanca Desvilliers.

Blanca era hija única, vivía con su madre en Passy y poseía una regular fortuna: 25 á 35.000 francos de renta.

Era á los veinte años una hermosa joven, esbelta y vivaracha, de ojos claros y vivos, un tanto lánguidos; de preciosa dentadura, que dejaba ver cuando alegremente reía, y llena de viveza y de ingenio.

Es de suponer que, tentada por los millones de su primo, hizo todo lo posible por apoderarse de aquel corazón, que parecía refractario á los encantos del amor.

Lo consiguió en seguida, apagando poco después el volcán, como dicen en las tragedias.

Estos esposos formaban el contraste más violento que puede imaginarse, y, sin embargo, se entendieron perfectamente.

Como Blanca era muy inteligente, supo amoldarse á los caprichos, á las manías mejor dicho, de su marido, adoptando, por lo demás, y haciéndolo prevalecer, un reglamento que la puso á cubierto de todo disgusto.

El hotel fué dividido en tres partes: una reservada al marido, otra á la mujer, y la tercera, común á los dos, destinada á las recepciones.

De esta manera, cada uno poseía su dominio particular y disponía de él á su antojo.

Por lo demás, el barón no negaba nada á la que llevaba su nombre.

Blanca tenía sus trenes, sus criados, su asignación y gozaba de una independencia absoluta.

Muy gastadora, encontraba en su marido una generosidad inagotable.

Es verdad que, muy astuta y entendiendo los negocios mejor que nadie, sabía hacerse pagar sus complacencias, y la preciosa rubia no se mostraba nunca tan seductora como en las épocas en que necesitaba un crédito suplementario, lo cual le sucedía á menudo.

Así decía á veces el barón, no sin ironía, al darle los billetes de Banco pedidos:

—Gano en ello.

El resto del tiempo trataba al barón ligeramente, como un camarada, y tenía un especial gusto en asestarle mil epigramas; pero le divertía. Sus burlas habían llegado á ser necesarias al hombre de negocios, gastado por el continuo manejo del oro, como se gastan las caricias entre los que se adoran.

Siete años después de su matrimonio, Blanca, viva y alegre, agradable á la vista como una rosa, orgullo y placer del banquero, estaba catalogada á perpetuidad como el mueble más precioso y el objeto de arte preferido del hotel Nollet, donde los había de inestimable valor.

Mientras que los dos esposos volvían á la calle de Monceau, mecidos por el suave movimiento de una soberbia berlina, forrada de raso, el banquero cogió suavemente la mano de su mujer y la conservó algunos segundos entre las suyas. Luego, sin afectación, se la llevó á los labios.

Pudo ser casualidad, pero la mano que cogía era aquella cuyo guante ocultaba el billete acusador.

La baronesa trató de desasirse sin esfuerzo; pero el barón estaba en un momento de ternura, y la hermosa rubia procuraba en vano retirarle una mano que, después de todo, le pertenecía.

Desabrochó diestramente el guante, á fin sin duda de respirar el perfume de aquella mano fresca y suave, y de pronto, antes de que la joven, sorprendida, hubiese encontrado un pretexto para sustraerse á esta peligrosa caricia, arrebató el papel, cuidadosamente doblado, que debía contener el secreto de aquellas misteriosas relaciones.

Blanca lanzó un grito ahogado y quiso recobrar el billete; pero era demasiado tarde.

Con asombro profundo vió, á la media luz de la berlina, encogerse de hombros á su marido.

—¡Qué terror!—dijo él con calma;—si mi confianza en ti no fuese ilimitada, me harías creer que este billete es comprometedor.

—Pero... no... sin duda—balbució ella.

—De todos modos, no podría serlo más que para

el que te lo ha dado. ¿Piensas que quiera rebajarme hasta espiarte? ¡Bah, qué feo oficio! Y, además, ¿qué ganaría en ello?

Blanca recobró su sangre fría, tranquilizada por el aire sonriente de su marido.

Su conciencia no estaba, sin embargo, tranquila.

—Pues bien—dijo.—Dame ese papel.

—¿Tienes empeño en ello?

—Sí.

—¿Sabes lo que contiene esta carta? Porque es una carta, según creo.

—No.

—¿Sabes de quién es?

—Ciertamente... ó al menos lo supongo.

—¿Lo sabes?—dijo firmemente el banquero.

—¿A qué esa pregunta, puesto que...?

—Porque, si me es indiferente el estilo de esta clase de cartas, deseo conocer el nombre del atrevido que se permite hacer la corte á la baronesa de Nollet. Todo lo demás que averiguase no haría más que turbar mi tranquilidad, que tengo en mucho. En cuanto á ese intrigante, confieso que le guardaría rencor. Si te dijese lo contrario, no me creerías, y con razón. Dime, pues, su nombre y te devuelvo este billete sin abrirlo ni mirarlo siquiera: por lo demás, debes suponer que tengo fundadas sospechas para saber quién es.

—¡Ah!

—Así, pues, si me confiesas que es en efecto el

señor d'Avoise quien te escribe, no exigiré más.

—Puesto que lo sabes, no trataré de ocultártelo.

—¿El marqués se dedica á enamorarte?

—Sí.

—¿Desde hace mucho tiempo?

—Seis meses, poco más ó menos.

—Tienes demasiado talento para hacerle caso, y quiero creer que eres sólo culpable de una simple ligereza.

—Te lo aseguro.

Esta mentira pertenecía á la clase de las que nadie cree; pero el banquero quería ante todo preservar en este asunto su tranquilidad, como lo confesaba sinceramente.

—Si le hicieras caso, demostrarías tener muy mal gusto.

Luis Nollet pronunció estas palabras en tono breve y enérgico.

—El señor d'Avoise acabará mal—continuó;—tiene todos los vicios ruinosos de su época: es jugador, compromete á las mujeres y no respeta nada. Que trate de comprometerte á ti, después de otras muchas, siendo hermosa, joven y rica, es natural. Es su oficio y el de todos los ociosos como él; tu conquista es de las que halagan á los hombres de su especie; esto satisfaría su amor propio y su vanidad; pero tú ¿qué ganarías? Soy tu tutor de derecho, y tengo la misión de defenderte. A ti te toca escoger entre el que te ataca como un la-

drón de caminos y por algunas horas de placer trata de turbar tu vida, y el hombre que quiere protegerte y cuyo constante anhelo es asegurarte una existencia feliz y honrada. Tienes demasiado buen sentido para vacilar; pero no trato de violentarte: reflexiona. Aquí tienes tu billete, y dentro de un momento iré á buscar la contestación á tu cuarto.

La hermosa rubia se apoderó del precioso papel con una mano que temblaba de placer.

Gracias á la generosidad del barón, interesada si se quiere, generosidad de hombre de mundo, que detestaba las escenas violentas, pudo dominarse la catástrofe.

El carruaje se paró bajo la marquesina del hotel Nollet.

La baronesa se lanzó á la escalera y corrió á su cuarto.

Allí leyó rápidamente estos renglones, que habían estado á punto de perderla, y que decían:

«Ten cuidado: tu marido conoce nuestro secreto. Nos han seguido á la calle de Lisboa: quería decírtelo en el baile de la Embajada rusa, pero no fuiste. Esta noche el barón te observaba, y por prudencia no he querido decirte esto que te escribo: temía una imprudencia de tu parte. Tu tirano vigila: desconfía de él. Para mayor seguridad, debemos dejar de vernos durante algún tiempo.

Mil caríños».

—Esto es un pretexto—murmuró con cólera:—lo que quiere es romper y nada más. Esta noche no miraba más que á esa Matilde Peyral. Mejor: estoy cansada de tantas mentiras y bajezas. Decididamente ese estúpido amor no vale lo que cuesta.

Y echó el papel al fuego de la chimenea, donde se consumió en un momento.

Después pasó á su tocador, dejó caer su vestido, recogió sus cabellos rubios sobre su frente, y, fresca y perfumada, volvió á su cuarto.

De pie, delante de ella, se apareció el barón bajo los pliegues sedosos de una cortina.

Una sonrisa enigmática contrajo sus labios delgados.

—¿Has escogido, Blanca?—le preguntó.

Ella se adelantó hacia su marido con los brazos abiertos, pálida de emoción y temblorosa aún por el peligro afrontado.

—El señor de Avoise me decía que me adora—declaró tranquilamente.—Quiero ser sincera: hace ya mucho tiempo que me aburre con su persecución; pero yo sería muy culpable si le hiciese caso, porque eres bueno y generoso como un Rey.

Aquella noche el barón Nollet fué completamente dichoso; pero el marqués de Avoise tenía en él, sin saberlo, un implacable y peligroso enemigo.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA HISTÓRICA Y LEGAL  
"ALEJANDRO DE VILLARI"  
Apto. 1025 Montserrat, México

## CAPÍTULO VI

Á las ocho de la mañana del día siguiente, el ayuda de cámara del señor Peyral estaba limpiando el despacho de su amo.

Este despacho no era como el de cualquiera.

Situado en el piso bajo del hotelito que habitaba el abogado, tenía dos grandes ventanas que caían sobre los jardines de la plaza Vendome.

Lejos del ruido de la calle, silenciosa y tranquila, evocaba la idea del retiro de un sabio, pero de un sabio aficionado al refinamiento del lujo, de las cosas bellas y de las comodidades, bien entendidas, de nuestra farsante época.

Nada en él recordaba al doctrinario, y menos aún al pedante curial.

Elegantes libros encuadernados ocupaban la estantería de madera blanca que cubría las paredes de alto á abajo.

Un bufete, que había debido adornar algún salón de marqués, ó de gran negociante de fines del siglo pasado, un verdadero hallazgo de coleccio-

nista rico, ocupaba un gran espacio, á toda luz, cerca de una de las ventanas que dan al jardín.

Grandes butacas, almohadilladas y blandas, tienden sus brazos á los visitantes y clientes.

Nada de bustos de legisladores, como los que guarnecen las chimeneas de abogadillos rutinarios.

Dos ó tres paisajes escogidos, de agradable aspecto, dan una nota alegre y armoniosa; sobre el artesonado descansaba la vista, como una cesta de flores sobre una pradera, ó como las amapolas sobre un campo de trigo.

Pero lo que sobre todo llamaba la atención, desde que se entraba en el despacho, era un retrato de mujer, firmado por Chaplín, que debía tener en gran estima su dueño, porque había sido colocado con evidente intención sobre la pared que daba frente al sillón del dueño.

Este sólo tenía que levantar la cabeza para verla desde su bufete.

Aquella mujer era más que bonita; era hermosa, de una belleza parisiense exquisita, á juzgar por el retrato, que pestañeaba, pues tal era el parecido, cosa que se comprendía aun no habiendo visto el original.

Todos los que habían asistido la noche anterior al baile del hotel Savignat hubieran reconocido al primer golpe de vista á la reina de aquel baile, á la joven tan solicitada por el marqués de Avoise, el

barón de Tayllerande y otros; en una palabra, á la señora de Peyral.

No era posible sustraerse al encanto extraordinario, á la seducción que se desprendía de todo su ser.

Una fotografía de la misma persona se hallaba sobre el bufete, y un busto de mármol sobre la chimenea.

No tenía rival: era la única figura femenina que, con una aldeana en traje de auvernesa, la madre, sin duda, del abogado, tenía acceso en el santuario, como debía llenar sola un corazón que poseía por completo.

Sin embargo, mirándola fijamente, se notaba una sombra de tristeza que pesaba como una nube sobre la pintura, sobre la fotografía y sobre el mármol.

Era tan persistente, tan real, tan evidente, que ni el pintor ni el escultor hubiesen podido suprimirla sin perjudicar al parecido de la obra.

Pero era una melancolía resignada y dulce, enteramente agradable; una especie de bondad indulgente, de debilidad conmovedora.

Sí; era, sobre todo, la bondad lo que respiraba aquella fisonomía dulce, aquella cabeza deliciosa.

Excitaba irresistible simpatía.

El erizado, cuando hubo terminado su trabajo, se plantó delante del retrato, en el momento en que una doncella entraba en el despacho y se de-

jaba caer en la butaca situada al lado del bufete.

—¡Caramba!—dijo el criado.—¡Qué mujer tan hermosa! No tenía igual en el baile de los de Savignat.

—¿Es de la señora, ó de mí, de quien habla usted, señor Justino?—preguntó alegremente la doncella, una rubia bastante agradable, con sus veinticinco años, su falda negra, su delantal blanco y su gorrita plantada sobre el moño, muy voluminoso, cuyas cintas colgaban por la espalda.

—De la señora, en primer lugar—contestó tranquilamente el criado,—y después de usted, si me quiere oír, Sofia; pero es usted más arisca que una fiera, sin agravio.

—Es que usted es demasiado atrevido, amiguito.

—¿Y qué importa si mis intenciones son puras?

—¡Oh, puras!

—Protesto...

La señorita Sofia cortó las protestas de su compañero, señalando las persianas del hotel Savignat, cerradas aún, al otro lado de los grandes árboles del jardín.

—Allí duermen aún—dijo.—No necesitan levantarse temprano para ganar dinero, y, sin embargo, me parece que las cosas no van muy bien, á pesar de eso. La niña ha querido ser marquesa y lo es, pero ha hecho un mal negocio la señorita Elena.

—¡Bah!—dijo Justino, con alguna razón.—No es

posible tenerlo todo; no sería justo. Nosotros, Sofia, no tenemos dinero, pero podemos tener otra cosa.

—¿El qué?

—Amor.

—¡Vaya una cosa!

—¡Sofia!

—¡Vaya usted á paseo!

—No tiene usted corazón.

—Yo creo que sí.

—Pues bien, ¿entonces?...

—Pero no dice nada, ésa es la cosa. Y dígame usted—añadió acercándose y bajando la voz:—¿no encuentra usted que algunas veces está insinuante con la señora el vecino de enfrente?

—¿El señor marqués?

—Sí.

—Le aseguro á usted que no he notado nada.

—Se queda á veces las horas muertas extático en su balcón, bajo el pretexto de fumar un cigarro al sol, sobre todo desde hace algún tiempo. Parece que está de muestra delante del cuarto de la señora.

—¿De veras?

—Como lo oye usted. Á mí, en el caso del señor, no me gustaría la puerta de comunicación entre los jardines.

—Fué el viejo señor Savignat el que la mandó abrir para venir más fácilmente á casa del señor. Eran amigos íntimos.

—Yo la condenaría en seguida. La señora no puede ver al marqués, es posible; pero el viento cambia á veces, ¿sabe usted? Y es muy guapo el marqués Gaetano. ¡Vaya un hombre raro!

—¡Chist!...

—Un conquistador como no hay otro.

—Todos los vicios juntos—asintió Justino.—Ese ha sido un casamiento que está dando bastante qué hacer á la pobre señora de Savignat. ¡Qué excelente mujer!

—Se consolará con su dinero—dijo la doncella, que indudablemente sentía rencor hacia una persona que tenía el defecto de ser tan rica.

Volvió la espalda á su compañero y se apoyó en la baranda de una de las ventanas por donde entraba al despacho un hermoso sol.

Justino se acercó traídoramente y la cogió por la cintura.

—¡Ah, Sofia! No somos ricos; ¡pero seríamos, á pesar de eso, tan felices!—dijo.

—Quisiera saber de qué modo.

—Contrayendo lazos... casándonos.

—¡Déjeme usted en paz, Justino! Es usted insoportable. ¿Se ha visto nunca que se casen los criados? Hoy aquí, mañana en otra parte; ¿y si tuviéramos hijos? ¡Vaya usted á paseo!

—¡Sofia!

—El matrimonio es bueno para los rentistas. ¿Tiene usted rentas?

—Pero...

—¡Bobadas!

—¡Déjeme usted, al menos, la esperanza!—exclamó con tono trágico.

—Si eso le divierte á usted...

Se enderezó de pronto al oír un campanillazo.

—¡Vaya—dijo,—clientes! La procesión que empuja, y el señor no ha bajado aún. Me largo.

Y se escapó.

Justino fué á abrir sin apresurarse. Un sujeto, muy bien vestido, con un gabán gris y una levita negra, enteramente abrochada, preguntó bruscamente:

—¿El señor Peyral?

—Tenga usted la bondad de entrar.

—¿Está visible?

—Si el señor quiere darme su tarjeta...

—Es inútil: anuncie usted al barón Nollet.

Sin duda Justino conocía la importancia del personaje enteco que llevaba este nombre, porque le dirigió una sonrisa obsequiosa.

—El señor va á bajar al momento; corro á prevenirle—dijo.—Tenga el señor barón la bondad de sentarse un instante.

—Vaya usted,

Cuando el criado desapareció, el visitante ajustó el lente á su ojo izquierdo y empezó á dar vueltas por el despacho, mirando todos los objetos que se encontraban en él con la misma atención

que si hubiese estado encargado de hacer su inventario.

Justino avisó en efecto á su amo, que estaba acabando de vestirse.

Al oír el nombre del barón, el abogado se puso apresuradamente un batín de franela y bajó rápidamente la hermosa escalera de mármol blanco con baranda de hierro, calada y ancha, y cuyas paredes estaban cubiertas de dibujos raros, de cuadros antiguos alternando con macizos de plantas hábilmente combinados.

Al entrar en el despacho encontró al barón sentado en la gran butaca destinada á los clientes, con el bastón entre las piernas, las manos cruzadas sobre el puño del bastón y la barba apoyada en las manos en una actitud meditabunda.

—Perdone usted si le he hecho esperar—dijo con el buen humor, la viveza y la buena fe que tenía por costumbre.

Aquellos dos hombres no se parecían en nada.

El barón era tan seco, estrecho y anguloso, como ancho de espaldas, alto y sólidamente formado era el antiguo protegido del señor Savignat.

Tenía toda la apariencia de un aldeano robusto y sano. Su cabeza, de frente ancha y espaciosa, descansaba sobre un cuello de fuertes músculos. Sus labios gruesos sonreían con la jovialidad sincera de un hombre feliz; su aspecto bondadoso y

comunicativo atraía. Sus grandes ojos azules miraban con nobleza: eran claros é inteligentes.

—Generalmente, señor barón—dijo,—me levanto con la aurora; pero hemos pasado la noche en claro, y me asombra ver á usted tan madrugador. Yo aborrezco las reuniones, la sociedad y los bailes; pero son concesiones que hay que hacer á las mujeres. La vida sería imposible sin concesiones.

El banquero apretó los labios.

Pensaba que, á veces, eran éstas muy duras.

—Ahora—terminó el abogado cogiendo el cuchillo de cortar papel, y recostándose sobre el respaldo de su sillón,—hable usted: soy todo oídos.

El banquero dijo con calma:

—Querido amigo Peyral, usted es uno de los consejeros de la casa Nollet, y á título de ello vengo á pedir á usted un favor.

—Si me es posible...

—Se trata de una misión delicada acerca de una amiga de ambos.

—¿La señora de Savignat?

—Justamente.

—¿El asunto concierne á su yerno?

—En efecto.

—¿Alguna nueva tontería?

—Usted lo ha dicho.

El señor Peyral empezó á dar golpecitos sobre el bufete con el cortapapeles.

—Yo tengo que guardar al marqués ciertas consideraciones—repuso el banquero,—puesto que tenemos relaciones de amistad y nos encontramos en los mismos círculos. Siempre he tenido por él una gran benevolencia, pues reúne algunas buenas cualidades, á cambio de los muchos defectos que hay que reconocerle, por desgracia. Le he visto joven, ligero, disipador, pero muy agradable, y he hecho mal en servirle de padrino para un matrimonio que su conducta actual me hace deplorar. Me sucede algunas veces—aunque sólo considero el juego como una mera distracción—á menudo peligrosa—el encontrarme en una partida de la que también él forma parte. En fin, pertenecemos á la misma Sociedad, y no tengo ninguna razón para serle desagradable, y menos aún á esa excelente señora de Savignat, una antigua cliente de nuestra casa; pero la prudencia exige que pidamos al marqués un ajuste de cuentas.

—¿Les debe á ustedes gran cantidad?

—Sí y no. Grande para el marqués, puesto que sólo posee su finca de Avoise, pero pequeña para la señora de Savignat, si consiente en intervenir.

—De modo que debe...

—Un millón ciento veinte mil francos.

—¡Diablo!—exclamó el abogado, dando un respingo sin querer.—¡Ese es el valor de su propiedad!

—Poco más ó menos, y además algunos intereses vencidos: digamos un millón y doscientos mil francos en cifras redondas.

El señor Peyral dió un salto, como si le hubiese mordido un escorpión.

—¡Diablo, diablo!—repitió.

—Ya comprende usted mi compromiso—añadió el banquero con imperturbable calma.—Los negocios son negocios.

—Sin duda.

—Yo sentiría en el alma causar el menor disgusto al marqués ó á su suegra, pero nos vemos en la necesidad de liquidar la garantía.

—¿Tienen ustedes una?

—Por supuesto, para principio de crédito, sobre la propiedad de Avoise.

El señor Peyral se rascó la frente.

—¿De qué modo puede un pródigo tirar por la ventana tanto dinero en tan poco tiempo? Es cosa ésa que no alcanzo á comprender.

—¡Oh! Pues es bien fácil—dijo el banquero con ingenuidad admirablemente fingida.—Aquí, entre nosotros, puedo hablar sin rebozo. Un jugador, es decir, un jugador desenfrenado, como algunos que conocemos, amigo mío, tiene con eso para bien poco tiempo; y lo que me extraña no es que el marqués haya malgastado esa suma, sino que haya empleado dos años en ello, porque nuestro crédito data de esa época. Es verdad que

las rentas de su mujer le han ayudado, y que, según tengo entendido, la señora de Savignat le ha entregado algunas cantidades en varias ocasiones. Además, el marqués tiene suerte á veces, y le he visto ganar grandes sumas; sólo que, en los días de vena, los jugadores son siempre espléndidos, y, en confianza, le diré á usted que no son las cartas el único vicio del marqués.

—Es verdad, desgraciadamente.

—He aquí, pues, lo que reclamo de la amabilidad de usted. Personalmente he sostenido que no había necesidad alguna de reclamar esa suma; pero no soy el único interesado, y mis hermanos tienen distinta opinión. He creído, pues, deber prevenir á la señora de Savignat, y no podría escoger, acerca de ella, un intermediario más simpático que usted, que es casi de la familia.

El abogado se mordió los labios.

—¿Es—dijo—que me va usted á hacer aborrecer del todo por el yerno, de quien soy ya el coco? No sé de qué procede su aversión; es instintiva, sin duda, porque no he hecho nada para merecerla. Hubiera querido disponer libremente de los bienes de su mujer; pero la prudencia más vulgar exigía que se pusieran á cubierto. El señor de Avoise supone sin duda que yo he inventado un Código especial para aplicárselo. Es verdad que yo quiero mucho á Elena, cuyo padre me hizo los mayores favores, y decir que vi con gusto ese casamiento

sería mentir. Deseaba que fuese dichosa, y no creo que está en camino de serlo; pero, de todos modos, en esta reclamación el marqués no verá la casa Nollet, sino á su mensajero, y voy á ser una vez más correo de malas nuevas. ¿No podría usted hablar directamente á la señora de Savignat? Me es muy fácil llamarla, y todos los días recibo su visita.

—Es un medio—dijo el banquero.

El abogado tiró de la campanilla y escribió estos renglones:

«Querida señora: Venga usted un momento á mi despacho, si le es posible, y prepárese á una sorpresa desagradable.

Su afectísimo, PEYRAL».

—Lleve usted esta esquela á la señora de Savignat—dijo á Justino.—La recibirá en seguida—añadió, dirigiéndose á su cliente:—sólo hay que atravesar el jardín. El difunto señor Savignat venía todos los días aquí: ¡si el pobre supiera el casamiento que su hija ha hecho, se estremecería en su tumba! Menos mal que la fortuna está á cubierto; pero en la vida no lo es todo el dinero.

Al emitir esta idea, bastante vulgar, el señor Peyral la subrayó por una larga mirada, dirigida, no al banquero, que continuaba inmóvil con su barba sobre el bastón, sino á la preciosa pintura que tenía delante.

El barón Nollet sorprendió aquella mirada.

—Ese retrato es de Chaplin—dijo.

—En efecto. ¡Talento de primer orden!

—Estaría encantado de tener tan hermoso modelo.

El señor Peyral se inclinó en silencio.

El barón repuso:

—¿Se casó usted diez y ocho meses después que el señor de Avoise?

—Poco más ó menos.

—¡Cuando pienso que hay gentes que hablan mal del matrimonio!

—Su número es una legión, amigo mío.

—Yo—dijo el barón con una sonrisa intencionada—creo conocer, por lo menos, dos que son dignos de envidia.

—¿Cuáles?

—En primer lugar, el de usted...

—Es verdad—dijo con profunda convicción el abogado.

—Y luego el mío—afirmó el hombre de negocios con imperturbable aplomo.

El señor Peyral lanzó una nueva mirada al retrato. Esta mirada expresaba todo el agradecimiento que sentía el abogado hacia el modelo, por los años de felicidad completa que le debía.

En este momento se oyó el ruido de una puerta que se abría en el jardín.

—Aquí está mi vecina—dijo el señor Peyral.

## CAPÍTULO VII

En efecto, la suegra del señor de Avoise se aproximaba rápidamente por la alameda que rodeaba el jardín.

Llevaba una gorrita blanca sobre sus cabellos grises, y un sencillo vestido de mañana, lo cual hacía que se pareciese á un ama de gobierno de casa grande.

El abogado se había levantado para adelantarse hacia ella, y en la puerta misma del despacho estrechó sus manos, murmurando en su oído:

—Valor: es un disgusto más.

—¿De dinero? Comprendo...

El barón Nollet había imitado al abogado, pero con más reserva.

Comprendía que el señor Peyral quería hacer á su antigua amiga una advertencia rápida, y esperaba su vez.

La pobre señora no le dejó tiempo para explicarse.

—¿Qué hay?—dijo—¿Qué pasa? ¿El señor marqués ha hecho de las suyas?

Es imposible pintar el desdén con que la señora de Savignat pronunció las palabras «el señor marqués».

—Vamos al grano—repuso.—¿Cuánto le debe á usted?

—Poca cosa, relativamente.

—Relativamente! ¡Me hace usted temblar! ¿El guarismo?

—Poco más de un millón.

La suegra no se encolerizó; el corazón le dió un salto en el pecho, pero conservó su dignidad.

Sobraba el barón para que pudiera desahogarse.

¡Ah! Si hubiese estado sola con su amigo Peyral, no hubiese dejado éste de presenciar un soberbio arranque de cólera.

Se sentó tranquilamente entre el abogado y el banquero.

—¡Llama usted poca cosa á un millón!—dijo dirigiéndose al barón Nollet.—Es gracioso. ¡Cómo se conoce que el dinero ha llenado siempre su caja! Pero, amigo mío, yo soy una Vidieu de Pontgibaut en Auvernia, y si todos los Vidieu, que son lo menos doce familias, y los Savignat, que no son menos, hubieran vaciado sobre una mesa sus bolsillos, no hubiesen, con seguridad, caído 25.000 francos en dinero, y contando con los cam-

pos, los prados y las casas, apenas hubieran podido realizar 50.000 escudos entre todos; y eso habiendo dado mi padre, que era el ricacho entre ellos, cuanto tenía. El señor Peyral puede decirse lo: habla usted de un millón como del precio de un par de bueyes en la feria. Así son los de París. En fin, dice usted que mi yerno (y arrastraba la erre con voz temblorosa) le debe á usted...

—Un millón ciento veinte mil francos, mas los intereses vencidos.

La señora de Savignat abrió los ojos desmesuradamente, y agitó con mano nerviosa el manajo de llaves que siempre llevaba consigo.

—¿Y le ha abierto usted crédito por una cantidad tan grande?

—Es su yerno de usted—dijo sencillamente el banquero.

—Por desgracia.

—Además—añadió con malicia,—tenemos una garantía.

—¿Sobre su propiedad de Avoise?

—Sí.

—Embárguela usted.

—¡Oh!—dijo Luis Nollet con un gesto de pudor.—Por deferencia hacia usted...

—No tengo nada que ver en los negocios del señor de Avoise; nada ya.

Y de pronto estalló la cólera que la dominaba.

—¡Es decir, que es un abismo ese hombre!—ex-

clamó.—Más de un millón, sin contar las sumas que arranca á la debilidad de su mujer. ¿En qué puede emplear tanto dinero? No es solamente el juego quien lo devora; hace ya mucho tiempo que adivino otras cosas, de las cuales no quiero hablar.

—Cálmese usted, señora—insinuó el barón,—cálmese usted; es fácil de decir eso. El mal no es tan grande; ya sabe usted el refrán «desgracia de dinero...» y usted es rica.

—Si lo soy; pero ¿es ésa una razón para tirar el dinero, honradamente ganado, y que podría emplearse mejor? ¿Quiere usted que le hable con franqueza? Si viese al menos alegre y feliz á Elena, encontraría una compensación á ese tremendo derroche, y transigiría, no sin trabajo, lo confieso, con todas esas locuras; pero tenemos aún otros motivos de disgusto.

Al cabo de un momento de silencio, repuso el barón:

—Así, pues, ¿no tiene usted interés en conservar la propiedad de Avoise?

—Ninguno.

—Lleva su nombre.

La señora de Savignat demostró toda su aversión con una sola palabra.

—Razón de más.

—Con la fortuna de usted sería sencillo el sostenerla.

—Me recordaría al propietario, y ya pienso bastante en él.

—Entonces, le ofrezco á usted un medio de empeñar al marqués y obligarle á ser menos gastador en lo sucesivo, puesto que no tendrá ninguna garantía que ofrecer á los prestamistas.

—¿Cuál?

—Á pesar de la depreciación que sufre la propiedad, tomaré yo ésa á cambio de nuestro crédito.

—Es una solución.

—Si el señor Peyral quisiera encargarse de esta negociación, se lo agradeceríamos, y esto es—añadió el barón levantándose—para evitar el ruido y en consideración á esta señora, porque nosotros preferiríamos el dinero: no deje usted de decirselo al marqués.

—Sea; veremos—dijo la suegra, vacilando por un movimiento de bondad.

Avoise era una propiedad magnífica que hubiera deseado conservar para su hija.

Y añadió, con el acento brusco y cordial que la distinguía:

—No tiene usted prisa, ¿verdad, y puede usted esperar hasta mañana, que yo misma le llevaré la respuesta?

El banquero estrechó la mano de su cliente y se fué.

—Ese hombrecillo me hace sentir el frío hasta

en la médula de los huesos—dijo la señora de Savignat, después de que se hubo marchado.

—Es de metal—añadió el abogado;—¿y qué decide usted?

—No lo sé aún: necesito reflexionar. ¡Ay, amigo mío, tengo un gran remordimiento de conciencia!

—¿El casamiento de Elena?

—Sí, por cierto. ¿Por qué no seguí el consejo de usted? Consintiendo en ese matrimonio odioso, he merecido lo que nos pasa; ¡de otra manera se hubieran arreglado las cosas á vivir mi marido!

—¿Quién sabe!

—¡Oh! No hubiera sido él quien fuese á buscar en las altas esferas—y pronunciaba esa frase con entonación burlona—un yerno que nos dispensase el honor de restaurar su castillo feudal con nuestro dinero: el pobre tenía demasiado buen sentido para eso, y hubiera preferido un buen muchacho que agradeciese á mi hija lo que aportaba al matrimonio, un poco su fortuna y mucho su juventud, su frescura y las buenas cualidades que sin vanagloria puedo reconocer en mi Elena. No conozco nada tan bueno y tan indulgente como ella. Es quizás porque soy su madre.

—No; piensa usted en eso como todo el mundo.

—Excepto su marido.

—¿Está usted segura?—preguntó sin convicción el señor Peyral.

—Sí, por desgracia. En dos palabras, y sin de-

tener á usted más tiempo, veo que á mi hija se le acaba la paciencia y que el mal no tiene remedio.

—¿Se lo ha dicho á usted ella?

—Todavía no, pero lo adivino: quiere acabar de una vez, y yo también. La vida que llevo va siendo intolerable. Necesitamos una separación, un divorcio.

—Pero...

—No me haga usted objeciones. Está decidido.

Y tocando su frente dijo:

—Aquí.

—Sin embargo...

—Lo quiero. Es preciso que Elena se vea libre de un hombre que le hace desgraciada la vida y sin sosiego.

—Es que...

—¿Qué va usted á decirme á mí? ¿Que muchos matrimonios se parecen al del señor de Avoise? ¿Que los maridos están casi siempre fuera, y en su casa sólo de paso? ¿Que están de moda los círculos, los clubs y el pasar las noches en claro, alrededor del tapete verde, y eso excusa las travesuras de esos señores y sus asiduidades con las actrices, con las bailarinas y hasta con las *horizontales*, expresión bien pálida y benévola para designar lo que se designaba antes con nombres más enérgicos y francos? En el fondo no cree us-

ted una sola palabra de lo que dice, por mantener una paz imposible, y no quiero escucharle. ¿Cuánto tiempo hace que se casó Elena?

—Cinco años.

—Apenas si me acuerdo. ¡Tantas cosas tengo en la cabeza!... Desde entonces, amigo mío, nuestra casa es un infierno: mi hija comprendió pronto que no era con ella, sino con su dote, con quien se había casado el marqués. Es altiva y se calla, y ha presentado, todo el tiempo que ha podido, á mal tiempo buena cara. Yo hubiera podido envenenar las cosas, porque llegan hasta mi chismes y cuentos por varios conductos; pero, lejos de eso, he tratado de animar á Elena y de restablecer la buena armonía que el marido se empeña, cada día más, en destruir; pero renunció ya: es preciso devolver al señor de Avoise una libertad de que nunca abdicó, para poder recobrar la nuestra.

—Perfectamente. Pero, en suma, ¿de qué le acusan ustedes?

—¿Cómo que de qué le acusamos? De todo.

—Precisemos.

—De gastos increíbles...

—Elena está protegida por el régimen dotal.

—Del abandono en que nos tiene.

—Enséñeme usted el artículo del Código en que se fija el tiempo que un marido debe permanecer en su casa.

—¡Y las queridas!

—¿Dónde están?

—Las orgías de que se habla.

—¿Quién habla de ellas?

—Todo el mundo.

—Eso es muy vago. No se puede citar á todo el mundo ante un tribunal: se necesitan nombres concretos: ¿los tiene usted?

—Ciertamente—dijo ella vacilando.

—¿Quiere usted mi consejo?

—Puesto que vengo á pedírselo...

—Tiene usted completa razón en lo que concierne al marqués; su desorden y sus culpas traspasan todo límite, y le aborrece usted con justicia.

—No lo sabe usted bien. Veo demasiadas veces á mi hija con los ojos encarnados, de llorar en secreto, para que no le detesté. Llego hasta aborrecerme á mí misma por haberme dejado engañar tan neciamente por ese infame. ¡Qué estupidez! Un aristócrata ajado, arruinado, y que sólo conservaba la apariencia de nobleza y lealtad, como sólo tenía de rico la apariencia, corrompido por una juventud de orgías, de placeres y de excesos, como esos enfermos desahuciados á quienes todo el Protomedicato no puede curar. ¿Qué hacer?—interrogó al abogado con ardiente mirada.

Él movió la cabeza.

—El señor de Avoise merece su indignación de

usted; pero es listo y astuto, y no tenemos bastantes armas contra él.

—¿Qué es necesario entonces para tenerlas, Dios mío?

—Sus acusaciones de usted no tienen cuerpo, y la justicia exige pruebas.

—¿Qué pruebas?

—Testimonios de sus faltas... por ejemplo, el marido sorprendido en flagrante delito de adulterio; bastarían cartas que probasen intimidación culpable.

—¿Cartas?

—En una palabra, cuanto constituye una prueba de la infidelidad del marido. Es casi lo único de que puede usted acusar al señor de Avoise. ¿Falta al respeto a su mujer?

—No le acuso de eso.

—Es demasiado bien educado para cometer violencias... tal vez valdría más tentar un esfuerzo y evitar escándalos y discusiones que diviertan al público. Una vez vendida su propiedad a los Nollet, no le queda ya más que usted. En fin, es una situación ésta de la cual hay que soportar las consecuencias... A lo hecho...

—Sí, sí; pero no se trata de eso: está envenenando la vida de mi hija, y no quiero que se muera: comprendo lo que dice usted, y tendrá esas pruebas que pide.

—¿De dónde las sacará usted?

—No lo sé, pero las encontraré. No tengo más que a Elena en el mundo, y sabré defenderla.

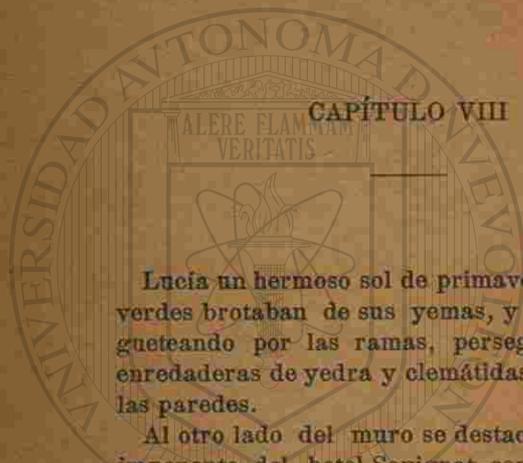
—Tenga usted calma. Usted es fuerte: ¿quién sabe lo que nos reserva el porvenir?

—Nada bueno.

Se levantó para marcharse.

El señor Peyral la acompañó por el jardín, que atravesaron juntos, y, en el momento de entrar en el suyo, la señora de Savignat estrechó la mano del abogado, repitiendo:

—He comprendido, tendrá usted las pruebas, las tendrá usted... Hasta muy pronto.



### CAPÍTULO VIII

Lucía un hermoso sol de primavera. Las hojas verdes brotaban de sus yemas, y los pájaros, jugueteando por las ramas, perseguíanse por las enredaderas de yedra y clemátidas que tapizaban las paredes.

Al otro lado del muro se destacaba la fachada imponente del hotel Savignat, con sus persianas blancas y sus tres altísimos pisos.

El señor Peyral se paseó un momento por la alameda con las manos á la espalda.

Estaba preocupado: aquel asunto le mortificaba.

Comprendía que la marquesa estaba perdida sin remedio en manos de un libertino incorregible, y la quería como si fuese pariente suya, como á una pupila cuyo porvenir estuviera obligado á defender. Los Savignat eran casi su familia.

Sus dedos se agitaban nerviosamente y no encontraba salida á esta situación crítica, que desafiaba á todos los jueces, abogados y argucias

de litigantes; maldecía interiormente á los insensatos que estropean su vida y la de los demás, cuando dos manos suaves se posaron sobre sus ojos y sintió el calor de la seda y de los brazos que cubría alrededor de su cuello.

Su rostro varonil se iluminó, y dijo dulcemente: —Quitate. ¡Si nos vieran, tonta!

La señora de Peyral tenía el genio de la coquetería permitida: ese genio que da tanto atractivo á las mujeres y realza sus encantos; con toda la diferencia que existe entre la más exquisita civilización y las groserías de la barbarie.

Estaba en traje de mañana; pero cuidado y pretencioso, como hecho para su hermosura delicada.

Medias de seda gris dejaban ver un pie, pequeño como el de una andaluza, aprisionado en linda zapatilla, mientras que sus brazos redondos y blancos salían de las mangas cortas de un peinador de raso.

La expresión de tristeza que se notaba en los retratos del despacho del señor Peyral, velaba su cara graciosa, á pesar de los esfuerzos que hacía la joven por disiparla.

Formaba, por decirlo así, parte integrante de su fisonomía, que participaba de la naturaleza misteriosa que presta á la Esfinge la leyenda.

Había un secreto bajo aquella máscara sonriente y, sin embargo, melancólica.

—¿No estaba ahora aquí la señora de Savignat?—preguntó.

—Sí.

—¿A qué venía?

El abogado se llevó un dedo á los labios.

—¡Chist!—dijo.—Secreto profesional.

—¿Tiene penas la señora de Savignat, á pesar de sus millones?

—Penas grandes.

—¿Y no puedes tú curarlas?

—Con gran sentimiento mío. ¡Debo tanto á su marido!

Se apoderó de las manos de su mujer, y clavó los ojos en los suyos.

—Fué él—dijo—quien nos acercó, sin saberlo. Si no me hubiese ayudado, habría ido á estrellarme en alguna provincia, donde, siendo el primero, es más difícil la vida que siendo en París el centésimo, después de haber corrido por los estudios llevando las carteras de los demás y persiguiendo inútilmente los negocios que sólo por casualidad se encuentran al principio de la carrera; y en esa provincia no hubiese encontrado en mi camino á la señorita Matilde Rigaud, aquí presente, que la calle de la Paz hubiese guardado con el mayor cuidado, como un objeto precioso, como su más preciado adorno.

—París no se ocupa de nosotros. De los adornos que se me parecen, ya se sabe el caso que

hace—murmuró la joven, no sin amargura.—Hubieras hecho tu camino de todos modos, á fuerza de energía, de talento y de voluntad. Figúrate... un hombre como tú. ¡Pero yo! Mi porvenir estaba marcado. Sola, sin parientes, sin protectores; obligada á buscar, no la fortuna, sino el pan de cada día; llegando apenas, después de años enteros de aprendizaje y de privaciones, á mantenerme, hubiese vegetado diez ó doce años en una medianía peor de la que supones, para acabar ¿cómo? ¡quién puede saberlo! Porque, en rigor, si llegaba á sostenerme, á pagar mi alquiler, por pequeño que fuese, mis vestidos y mi calzado, me hubiera sido difícil ahorrar algunos cientos de francos al año. La inquietud por el porvenir se unía, pues, á la preocupación del presente, cuando tú llegaste, rico ya y célebre en el foro. Tenías el derecho de escoger entre cien herederas y me has elegido á mí. Te lo debo todo: el reposo y la seguridad.

Le sonrió con profunda ternura, y añadió en voz baja:

—Más aún.

—¿Qué más?

—Demasiada dicha.

Él se inclinó sobre sus cabellos y los rozó con sus labios.

—¿De veras?—dijo.

—De veras.

—¿No deseas nada más?

—Nada.

—¡Ah, qué bien pagado estoy!—exclamó en un arranque nacido del corazón.—El pensar en ti me infunde valor; defendería diez causas diarias sin tomar aliento. Tu amor me hace olvidar las miserias humanas, me levanto sobre ellas, tengo alas y cruzo los espacios. Eres mi alegría y mi orgullo; cuando te veo en un baile, mi pecho se llena de satisfacción y de vanidad, y estoy tentado de gritar á todos esos miserables bípedos que me envidian:—Mirad bien á esa mujer, pero no la toquéis; es mía.

La felicidad brillaba en su rostro varonil.

—Podiera ser celoso á veces—añadió.—Todos esos señores mariposean alrededor de mi bien.

—No me entero, te lo aseguro.

—El señor de Avoise, por ejemplo.

—¿El señor de Avoise?

—El mismo. Anoche, en el baile de Savignat, uno de los últimos que, según creo, se darán allí, porque las cosas no van bien en casa de nuestros vecinos, bailó mucho contigo.

—¿Lo reparaste?

—¡Tres valsos! ¡Y valsos, señora! Los conté, y te hablé con una libertad...

—¿Estás celoso?—dijo ella vivamente.

—¡Dios me libre! Si estuviese celoso, ¿viviría acaso? No salimos una sola vez sin que sorpren-

da miradas y palabras lisonjeras, para ti se entiende; pero estoy tranquilo: te amo y tengo entera confianza en ti.

—Tienes razón; porque, si te engañase, sería indigna de vivir.

—Solamente que aborrezco á ese hombre. Es vicioso hasta la médula de los huesos, libertino, frívolo, ingrato. Lleva la prodigalidad hasta la tontería, sin ser un tonto, y el egoísmo hasta la crueldad. Debería vivir de rodillas delante de su mujer, y apenas si tiene por ella las atenciones más elementales de que no puede prescindir un hombre bien educado sin encanallarse. Es un hombre seductor por fuera, pero peligroso y despreciable en el fondo.

El brazo de la joven tembló bajo el de su marido, se puso muy encarnada y bajó la cabeza para ocultar su sonrojo.

El señor Peyral siguió su acusación sin volver la vista hacia su mujer.

Fustigó con su elocuencia al disipador, al esposo infiel, al libertino empedernido, arrebatado por el torbellino de una vida de desorden y de excesos, al jugador que llevaba su dinero y el de los demás á la bolsa de los Bookmakers y á todos los círculos y garitos del mundo, y terminó diciendo:

—Cuando se tienen tales vicios, no se casa uno; ó si se casa para rehacer una fortuna perdida sin mantener las obligaciones contraídas con la que

la trae, es un crimen para el que no hay castigo bastante.

La señora de Peyral se repuso poco á poco.

—¿Y por qué ir á su casa?—dijo con voz alterada.—Ya sabes que siento por el señor de Avoise una antipatía mayor aún que la tuya.

—No vamos á casa del marqués, sino á casa de esa pobre señora de Savignat. Le causaríamos demasiada pena dejando de ir. Si no fuera por eso, la casa en que vive el marqués no me cogería debajo si se hundiese, te lo aseguro. Hablemos de otra cosa: ¿qué haces esta tarde?

—¿Yo? Lo mismo que todos los días: me quedaré en casa y te esperaré cosiendo ó leyendo. ¿Y tú?

—Yo voy á informar.

—¿Un negocio importante?

—No, poca cosa.

—¿Volverás temprano?

—Creo que sí.

—El tiempo está hermoso: iremos á pasear al Bosque.

—Bueno: los dos juntitos, como dos enamorados.

Matilde levantó hacia él sus ojos negros, húmedos y brillantes, y él la cogió por la cintura y la abrazó, murmurando:

—¡Te adoro!

Pero ella se desasíó rápidamente diciendo:

—Ten cuidado, que vienen.

Era Sofía, que vino á avisarles que el almuerzo estaba servido.

Y se fueron juntos del brazo, arrastrando ella sobre la arena de los paseos el raso de su bata.

Era una pareja dichosa y bien escogida. Él, alto y robusto, la personificación de la fuerza, de ancho pecho y de enérgica cabeza, y ella, delicada y graciosa, de formas torneadas, cutis delicadísimo y boca fresca y linda con pequeños y blancos dientes.

El almuerzo estaba servido en un comedor espacioso, situado en el piso bajo del hotel, artesonado de maderas finas y con las paredes cubiertas de telas antiguas, regalo del señor Savignat á su amigo Peyral.

Era un retiro íntimo muy confortable, donde los señores de Peyral recibían todas las semanas algunos invitados: el señor Desroches, el comandante Labarre y otros íntimos.

La criada servía al matrimonio, andando sin producir ruido alrededor de la gran mesa cuadrada, estilo Enrique II, como el aparador y los trincheros, llenos de porcelanas preciosas y de vajilla de plata.

El abogado sonreía complacido á todas aquellas cosas bonitas ganadas por él, algunas de las cuales eran regalo de clientes á quienes habla he-

cho servicios de esos que los billetes de Banco no bastan á veces á pagar.

Y sonreía, sobre todo, á la más bonita, á la más preciosa, á aquella mujer por la que hubiese sacrificado con gusto á todas las demás, sin el menor disgusto, con tal de que le hubiese quedado ella: la compañera amada y deliciosa, la flor más linda de su jardín. Y tenía razón.

Hacia tres años que la había pretendido y que ella se había decidido, no sin vacilar, á pertenecerle, objetándole su pobreza, su juventud abandonada en medio del tumulto de París, donde había vivido sola, sin apoyo, luchando con trabajo, y hasta con desaliento, á veces, contra toda clase de dificultades, el fastidio de la soledad y sus tentaciones, debiéndole una de esas felicidades tan raras, que muy pocos maridos encuentran en la unión más privilegiada.

Se había conducido con él como esposa complaciente, sumisa, amoldándose á sus caprichos; pasaba esperándole horas y horas, queriendo lo que él quería, cuidando de su casa con una delicadeza minuciosa de ama de casa superior, sobre todo amante de su marido, al cual profesaba un verdadero culto; componiéndose coquetamente, cuando la llevaba á sociedad, para halagar su vanidad, y más vestida y hermosa aún para él solo cuando no había gente delante.

Así, el aldeano, civilizado, inteligente y enrique-

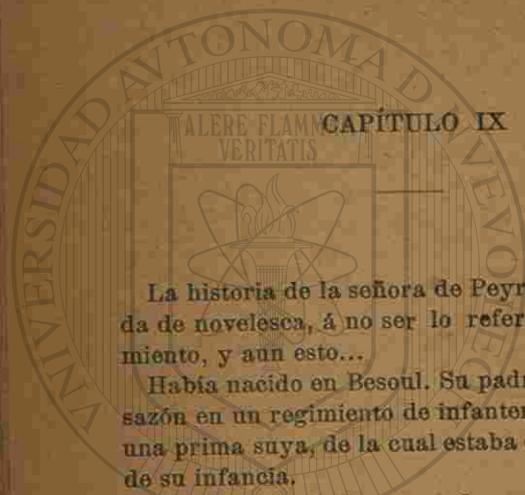
cido, que había llegado á la cúspide de los honores de su profesión, llevaba en la Audiencia ó en sociedad la fisonomía alegre del hombre que no tiene preocupación alguna, y la conversación indulgente y amable de un espíritu libre de inquietud que quiere compartir con los demás la tranquila serenidad de que disfruta.

El señor Peyral bebía, lentamente, como un hombre inteligente que no desdén los placeres de la mesa, en una taza de porcelana de Sajonia, llena de café humeante y aromático, cuando el reloj del hotel, que figuraba un sol, emblema del rey de la luz, dió doce campanadas.

—¡Oh!—exclamó.—Los negocios.

Y corrió á su cuarto, se puso apresuradamente el gabán, bajó á su despacho, donde metió varios papeles en su cartera, y, dando á su mujer un sonoro beso en la frente, se lanzó á la calle.

Matilde se quedó un instante inmóvil, escuchando el ruido de sus pasos, y entró en la biblioteca, donde escogió un tomo, con él en la mano subió lentamente la escalera, se encerró en su cuarto, se tendió en un sofá y trató de leer; pero pronto, vencida por el cansancio de una noche pasada en el baile, en el silencio de su cuarto, pensativa y soñolienta, dejó caer el libro sobre la alfombra, se recostó en los almohadones del diván y se quedó dormida.



## CAPÍTULO IX

La historia de la señora de Peyral no tenía nada de novelesca, á no ser lo referente á su casamiento, y aun esto...

Había nacido en Besoul. Su padre, teniente á la sazón en un regimiento de infantería, se casó con una prima suya, de la cual estaba enamorado desde su infancia.

Los dos eran de los alrededores de Blois, y casi tan pobres el uno como el otro. Fué imposible á la novia llevar el dote acostumbrado; pero hecha la ley, hecha la trampa, y un amigo complaciente prestó la suma necesaria, que se le devolvió después de la ceremonia, y todo se arregló de ese modo.

No es difícil de adivinar las consecuencias de este amor. Los Rigaud—el oficial se llamaba así—llevaron en el regimiento una vida de privaciones.

El teniente terminó á los cincuenta y cuatro

años su carrera, llegando á comandante, después de haber luchado valientemente con la vida, para sostener su posición y educar lo menos mal posible á una niña, que fué una verdadera hija de amor.

Á los diez y seis años, esta niña quedó sola en el mundo; su educación, empezada en el Colegio de San Dionisio, hubo de interrumpirse muy pronto por la necesidad de cuidar al oficial, que había enviudado y padecía una enfermedad que no tardó en llevarle á la tumba.

¿Qué hacer?

Matilde Rigaud reunió los restos de su modesta fortuna, y, después de pagadas todas las deudas, se encontró con la suma de 1.300 francos, que le sirvieron para tomar el tren de París y para los primeros gastos.

Alta, y ya robusta, trabajadora, llena de valor y diestra en toda clase de labores, gracias á las lecciones de su madre y á las necesidades de su juventud, que la obligaban á servirse ella misma de costurera y de modista, tuvo la suerte de entrar, en cuanto llegó, en un obrador de segundo orden, desde el cual, salvando rápidamente los grados de la carrera, pasó al cabo de un año á la calle de la Paz, que es á las modistas lo que la Academia á los escritores.

Allí se perfeccionó en todos sentidos su hermosura de veinte años, alcanzó un grado que le hizo

ser objeto de envidia para sus compañeras y de deseo para los seductores gastados que se pasean por grupos entre la avenida de los Italianos y la Magdalena, en cuyos alrededores vivía esta perla sin defecto.

Matilde Rigaud llegó en algunos años á la cumbre que pueden alcanzar las privilegiadas de esos obradores célebres que sostienen la fama del buen gusto parisiense en los dos hemisferios.

Á los veintidós años ganaba doscientos francos al mes; y á menos de establecerse por su cuenta, para lo cual era necesario un capital de que carecía, no podía aspirar á más.

Por lo demás, de cada cien modistas que ponen tienda, las tres cuartas partes sólo viven gracias á ingresos de otra clase, y á Matilde le repugnaba el acudir á ese medio de prosperar.

Á no ser por eso, el camino de hacer fortuna fácilmente se le presentaba bien claro, y de seguro no le hubieran faltado ocasiones de seguirlo. Pero nadie le conocía amorios.

De pronto dejó la calle de Godat, donde vivía, para mudarse á la de Saint-Honoré, donde se instaló en un sotobanco, en el fondo de un patio.

Esta pequeña habitación, que se componía solamente de un cuarto grande abuhardillado y un tocador, estaba amueblado con sencillez, en armonía con las rentas de la propietaria.

Y, sin embargo, todo era en él alegre, elegante y cuidado.

Cuando se entraba, la cretona de flores de las cortinas, la cama baja y colgada de la misma tela, el escritorio, las butacas y la alfombra de moqueta encarnada, lisa, causaban una impresión de bienestar.

Las paredes estaban cubiertas de Andrinópolis, y dos grabados de buen gusto y con bonitos marcos alegraban la vista.

Allí fué donde, un domingo por la mañana, día de descanso para los empleados y los operarios, se presentó el abogado con un estremecimiento de placer y una emoción que no podía dominar.

Estaba enamorado: enamorado de su inquilina, porque Matilde Rigaud se había refugiado en su casa.

Desde su buhardilla veía los árboles del jardín de Savignat, más altos que el tejado del hotelito de su casero, al cual conocía también desde hacía más de un año, pero sólo de vista, por haberle encontrado en la portería como un vecino, lo cual no quiere decir como un indiferente.

Cada vez que el abogado pasaba junto á ella, se inclinaba saludándola atentamente.

Desde el primer día, una corriente de simpatía se había establecido entre ellos: nunca el señor Peyral, por de prisa que fuese, la encontraba sin quitarse el sombrero y dirigirle una mirada llena

de afectuoso respeto, y á veces una amable sonrisa. Matilde acababa por devolverle, no sólo su saludo, sino su sonrisa también, pero nunca se habían dirigido la palabra.

Sin embargo, por la portera, que arreglaba el cuarto de la joven, sabía quién era aquel hombre cordial que se interesaba por ella aun cuando no la hablase.

La portera encomiaba los méritos del propietario.

La fama de un abogado es de las que más ruido meten.

En casa del señor Peyral había un verdadero desfile de causas célebres, y todos los días iban al hotelito una porción de hombres de negocios, de personas de gran posición y de artistas famosos, y una parte de las glorias del amo se reflejaba sobre la casa, y de la casa sobre los humildes funcionarios de la portería, que se mostraban orgullosos de ello.

Algunas veces los periódicos celebraban los éxitos del abogado, y la portera no dejaba nunca de comunicar el artículo encomiástico á la medista, de la cual se había declarado pronto protectora.

Así, pues, la joven conocía los títulos y cualidades de su admirador cuando se presentó en su casa.

Pero, ciertamente, no sospechaba lo que iba á

oir, porque, si el abogado había formado algún proyecto acerca de ella, no se lo había comunicado á nadie.

Eran las once de la mañana, y brillaba un sol espléndido de primavera.

La joven, que no tenía intimidad con ninguna de sus compañeras de obrador, aunque era amable con todas, se disponía á salir para almorzar en algún café, sin duda, que es el comedor de los que no tienen muchas rentas.

Estaba vestida con ese cuidado que una mujer joven y bonita no abandona nunca.

Llevaba una chaqueta negra, forrada de seda roja, y admirablemente cortada; estrenaba aquel día su vestido de muselina de lana, y tenía ya puesta sobre sus cabellos, su capota de tul encarnada, con esa coquetería que tanto realza las gracias del sexo á que debemos nuestras madres, y que trastorna tantas cabezas, aun entre las más sesudas.

El traje completo no valía doscientos francos, y la que lo llevaba parecía una duquesa.

Se deja adivinar la conversación que se entabló entre estos dos seres tan distintos de edad y de posición, y á los cuales parecían separar barreras casi infranqueables.

—¿Sale usted, señorita?—empezó diciendo el señor Peyral.

—Sí... sí, señor... sin duda... ya comprende usted que hay que comer... y, por desgracia, no

tengo cocinera á mi servicio. Los demás días tenemos la mesa del almacén, pero el domingo no tengo más remedio que ir á la fonda.

—Sola... ¡es bien triste!

—Se acostumbra una. Al principio es penoso, pero á la larga... la costumbre...

Había cierta cortedad entre el visitante y la modista.

La señorita Rigaud se preguntaba qué iría á decirle, y su corazón se agitaba ante esta idea.

El abogado la admiraba.

Concedió algunos instantes á su éxtasis, y la modista, muy intrigada, le miraba de soslayo.

Se decía, no sin tristeza, que iba á recibir ofrecimientos parecidos á los que algunas veces llegaban á sus oídos, con más mesura tal vez, porque el señor Peyral tenía un pedestal en su pensamiento; ¡pero en el fondo!...

Por fin, el abogado rompió el silencio, que empezaba á ser embarazoso; solicitó algunos instantes de atención; se sentó, un poco turbado también, á pesar de su aplomo, prometiendo no abusar de la amabilidad de la joven, y de pronto abordó la cuestión ardiente que le llevaba allí.

—Usted habrá adivinado, de seguro, que una viva simpatía me arrastra hacia usted—empezó diciendo;—las mujeres comprenden fácilmente la impresión que producen. Desde hace tanto tiempo como la veo á usted en esta casa, llevando una

vida admirablemente ordenada, he reflexionado que usted está sola... y yo también.

—¡Oh, caballero, qué diferencia!

—No tan grande como usted cree. Usted hace sombreros durante el día, riza usted plumas, hace lazos de cinta; yo informo, recibo á mis clientes, doy consultas de palabra y por escrito, voy á la Audiencia, veo á los jueces y á los hombres de negocios; pero, cuando llega la noche, entramos el uno y el otro en nuestra soledad, aislados el uno y el otro en nuestro cuarto... Muy bonito el de usted, por lo que la felicito, y la juro á usted que este aislamiento me pesa tanto como á usted, pues no me quedan parientes ni nada que me ligue á la vida.

—Tiene usted sus amigos, sus éxitos...

—Superiores á mi mérito, seguramente...

—Fortuna...

—Inesperada. Si me hubieran dicho hace veinticinco años, á mí, aldeano de la Auvernia, que figuraría algún día en una ú otra esfera, me hubiesen sorprendido grandemente. Pero nada de eso me basta: soy más exigente. Lo que yo necesito es una mujer, lo mismo que á usted le hace falta un marido: la he buscado tranquilamente, sin precipitarme, y no la he encontrado...

—¡Ah!

—Hasta el día en que vi á usted. En aquel momento se me ocurrió de pronto una idea, tuve una

especie de revelación. Me dije á mí mismo que nada en este mundo ocurre por casualidad, y que no nos encontrábamos sin razón en el mismo camino. Desde entonces he venido observando á usted, la he seguido, he admirado su valor y su formalidad, y hoy, con entero conocimiento de causa, vengo á preguntar á usted: ¿Quiere usted ser mi mujer?

Á estas palabras, Matilde Rigaud experimentó una sensación deliciosa y un verdadero asombro. Pero al mismo tiempo su corazón se contrajo violentamente.

El abogado sorprendió aquella impresión, sin comprender la causa. Creyó que la joven vacilaba, y quiso tomar la plaza por asalto.

De todos los negocios que había defendido en su carrera ya larga, ninguno le había interesado tanto como éste; estuvo, pues, elocuente, hablando largo rato con gran fuego, y como la veía turbada é indecisa, á pesar de sus esfuerzos, la preguntó bruscamente:

—¿Ama usted á alguien? Contésteme usted francamente, como á un amigo.

—¿Amar á alguien yo?—exclamó ella.—No por cierto.

Había una extraña amargura en este grito de un alma herida.

Si no amaba á nadie, se podía suponer al menos que aborrecía á alguno y guardaba en el

fondo de sus recuerdos un rencor, quizás una decepción.

El señor Peyral no comprendió de esta exclamación sino lo que revelaban las palabras, y su pecho se dilató de alegría.

—Era libre...

Insistió sobre la posición que preparaba á su elegida, formó mil proyectos, trató de seducirla con la pintura de la vida en común que harían, tan diferente de la que llevaban solos en medio de una ciudad, en la cual, sin familia y sin amigos, se está tan abandonado como en las arenas del desierto.

—No me responda usted—dijo,—y reflexione: después me escribirá usted una sola palabra: sí ó no. Haga usted como los jueces, que vacilan y se toman tiempo. Hasta dentro de ocho días, si usted quiere; pero no olvide que espero con la mayor impaciencia la contestación.

Al marcharse, le besó las manos y pudo ver en los hermosos y dulces ojos de la modista, en donde brillaba una lágrima, que su causa estaba casi ganada.

Y, en efecto, era así. Al día siguiente, después de una lucha que se trabó en secreto en un alma que sólo á sí misma podía pedir consejo, el abogado recibió estos renglones, que le colmaron de alegría:

«Puesto que tiene usted la generosidad de elevarme hasta sí, trataré de justificar el honor que me dispensa, y le prometo ser una esposa buena y honrada.

MATILDE RIGAUD».

Su casamiento se celebró seis semanas después, sin el menor aparato, y cerca de dos años más tarde que el del marqués de Avoise con Elena Savignat.

El marqués viajaba con su mujer por Argelia, y no vino.

La marquesa escribió una carta en la que ofrecía á la mujer de su amigo una amistad que no debía desmentirse jamás.

La señora de Savignat la sirvió de madre, y la colmó de regalos y de pruebas de cariño.

Desde aquel día, el abogado vivió en el séptimo cielo. Arregló para aquella mujer ideal el nido de la calle de Saint-Honoré, su hotelito, con gran esmero, y fué ayudado en su tarea por el buen gusto de la modista.

Allí fué donde pasaron su luna de miel, que no había terminado en el momento á que llega nuestro relato.

Por el contrario, había ido creciendo el cariño del marido por aquella mujer que tanta felicidad le daba.

Pronto, sin embargo, iban á sufrir una prueba terrible.

## CAPÍTULO X

Á eso de las dos de la tarde se despertó la señora de Peyral, y se puso á reflexionar en aquel pasado, que se le representaba tan claramente como si aquel período de su vida estuviera iluminado por un foco de luz eléctrica, al encontrarse sola en su cuarto, donde se había refugiado después de salir su marido.

Este cuarto daba por un lado al del señor Peyral, y por el otro comunicaba con un lujoso tocador, un cuarto de baño y la escalera de servicio que daba al jardín.

Tan sencillo y severo como era el cuarto del abogado, era de lujoso y de lindo el de la joven.

Nada chocaba á la vista; ni una nota falsa en aquella armonía de colores, ni un tono falso, y en aquel día hermoso de primavera, el sol, que entraba por las ventanas abiertas, hacía resaltar más el conjunto de telas vistosas escogidas entre las más artísticas que ha tejido Lyon.

«Puesto que tiene usted la generosidad de elevarme hasta sí, trataré de justificar el honor que me dispensa, y le prometo ser una esposa buena y honrada.

MATILDE RIGAUD».

Su casamiento se celebró seis semanas después, sin el menor aparato, y cerca de dos años más tarde que el del marqués de Avoise con Elena Savignat.

El marqués viajaba con su mujer por Argelia, y no vino.

La marquesa escribió una carta en la que ofrecía á la mujer de su amigo una amistad que no debía desmentirse jamás.

La señora de Savignat la sirvió de madre, y la colmó de regalos y de pruebas de cariño.

Desde aquel día, el abogado vivió en el séptimo cielo. Arregló para aquella mujer ideal el nido de la calle de Saint-Honoré, su hotelito, con gran esmero, y fué ayudado en su tarea por el buen gusto de la modista.

Allí fué donde pasaron su luna de miel, que no había terminado en el momento á que llega nuestro relato.

Por el contrario, había ido creciendo el cariño del marido por aquella mujer que tanta felicidad le daba.

Pronto, sin embargo, iban á sufrir una prueba terrible.

## CAPÍTULO X

Á eso de las dos de la tarde se despertó la señora de Peyral, y se puso á reflexionar en aquel pasado, que se le representaba tan claramente como si aquel período de su vida estuviera iluminado por un foco de luz eléctrica, al encontrarse sola en su cuarto, donde se había refugiado después de salir su marido.

Este cuarto daba por un lado al del señor Peyral, y por el otro comunicaba con un lujoso tocador, un cuarto de baño y la escalera de servicio que daba al jardín.

Tan sencillo y severo como era el cuarto del abogado, era de lujoso y de lindo el de la joven.

Nada chocaba á la vista; ni una nota falsa en aquella armonía de colores, ni un tono falso, y en aquel día hermoso de primavera, el sol, que entraba por las ventanas abiertas, hacía resaltar más el conjunto de telas vistosas escogidas entre las más artísticas que ha tejido Lyon.

Fuera, el verde tierno de los brotes hacía forjarse la ilusión de un escondite amoroso en un rincón del parque á dos pasos de la avenida, mientras que el ruido sordo de la calle iba á morir en el umbral de aquel cuarto, como el murmullo lejano del mar.

Matilde, envuelta en una atmósfera de bienestar, vivía allí como en un sueño: su existencia parecía un cuento de hadas.

Desde una vida estrecha, incierta, había sido transportada por el golpe de mágica varita á un interior encantado, al abrigo de los infortunios, opulento y seguro.

La comparación anticuada de un pescador sacudido por las olas en una frágil barca, y que se durmiera con el remo en la mano después de una noche de fatiga, rendido, sombrío y miserable, para despertarse en una isla encantada en medio de flores y de jardines, y á la entrada de un palacio cuyas llaves le ofreciese una huri, no podría aplicarse mejor que á esta joven, expuesta á todos los azares de la lucha en la inmensidad de París, y á quien un capricho de la suerte había sacado de la multitud para colocarla en el rango de los privilegiados de la fortuna.

Hubiera debido ser enteramente feliz, puesto que además estaba orgullosa de su marido, que era demasiado modesto para pedir amor, habiendo sólo pedido tímidamente una franca amistad á cambio de su pasión. Sin duda que en él había pa-

sado ya el encanto de la primera juventud: el señor Peyral tenía cuarenta y cinco años; pero en el apogeo de su naturaleza fuerte, con su buena presencia y hermosa cabeza, con la serenidad que le hacía tan simpático, era de aquellos en quienes, unos cuantos años de más ó de menos, tienen poca importancia.

Matilde lo tenía, pues, todo: la fortuna más allá de sus deseos, la seguridad, el amor, en fin; el amor permitido, conquistado por sus gracias, el amor legítimo de un hombre superior, del brazo del cual podía presentarse en todas partes ostentando con orgullo su nombre.

Y, sin embargo, el pintor que había firmado su retrato, el autor de su busto de mármol, hasta el aparato fotográfico, el objetivo implacable que fija nuestras facciones con sus defectos, habían estado de acuerdo en echar sobre las suyas un velo de tristeza; y aun en aquel momento se conocía, en el pliegue de su frente y en la contracción de sus labios, que aquella melancolía se acentuaba, degenerando en ansiedad creciente.

De cuando en cuando levantaba la cabeza y fijaba una mirada sombría, casi de odio, sobre las ventanas del hotel Savignat. De pronto se estremeció al ver aparecer en un balcón del segundo piso á un personaje que le hacía señas, en el hueco que mediaba entre dos copas de árbol,

hueco que parecía hecho para favorecer la correspondencia entre las dos habitaciones.

Era el marqués de Avoise.

Envio atrevidamente á su vecina con la mano un saludo que se parecía extraordinariamente á un beso.

Matilde se sonrojó hasta la raíz del cabello, levantóse y cerró la ventana, terminando bruscamente aquella escandalosa escena.

Después volvió á echarse sobre el sofá.

Y así estuvo algunos instantes, con la cabeza oculta entre las manos, abismada en reflexiones que nada debían tener de agradables, á juzgar por la expresión de su fisonomía; se abrió la puerta sin que siquiera levantase la cabeza, porque creía que era su doncella quien entraba; pero casi al momento se incorporó apresuradamente, ahogando un grito.

—¡Usted aquí!—dijo, con las facciones contraídas por la cólera.

—Sí, yo.

—¡Caballero!...

—Vengo á usted, puesto que usted rehúsa el ir á mí. ¿No se lo había advertido?

—Es verdad.

—Pues entonces...

—¿Podía yo creer que tuviese usted valor para cumplir sus amenazas?

—¿Por qué no?

El marqués de Avoise tenía la apariencia tranquila de un vecino que visita á una amiga.

El barón Nollet parecía inquietarse más de sus asuntos que él mismo.

No se hubiera sospechado, al ver aquella fisonomía ligera y burlona, que se estaba hundiendo en profundas dificultades de dinero, y que sus acreedores extendían ya la mano para apoderarse de los restos de su fortuna.

No era, ciertamente, un jugador arruinado, un deudor sin recursos y devorado de inquietudes el que invadía el cuarto de la joven, sino un amante despreocupado, de airosa presencia, seguro de sí mismo.

—¿Por dónde ha entrado usted en esta casa?—preguntó la señora de Peyral.

—Sencillamente por la puerta, en vista de que la naturaleza no me ha dotado de alas. Conozco perfectamente esta finca desde la cueva hasta el tejado, por haberla visitado mil veces, durante sus ausencias de usted, en las vacaciones de tribunales, cuando acompaña usted á su ilustre esposo, al campo ó á los baños, pues que viven ustedes como seres felices. ¿No es la buena de mi suegra quien cuida de este nido de amor? Hoy he atravesado la frontera con la ayuda de una llave, puesto que está convenido que todos somos unos; es muy cómodo. La escalera interior da al cuarto de baño de usted, el cuarto de baño al tocador, y el tocador á

este cuarto. ¡Encantador gabinete! Estaba seguro de encontrar á usted aquí; su marido está en la Audiencia defendiendo viudas y huérfanos, y yo tenía preparada una excusa por si hubiese encontrado á sus criados; así, pues, no hay el menor peligro, y todo resulta natural. Esta visita, que me hace tan dichoso, no puede comprometer á usted: nuestras familias se tratan con bastante intimidad para justificarla, y además tengo una noticia importante que comunicar á usted.

—¿Cuál?

—Que me vuelvo juicioso. Está firmemente decidido.

—¿Y á mí que me importa?...

—Le importa á usted más de lo que se figura.

—Explíquese usted.

—No ocultaré á usted que estoy, como se dice en términos de montería, acorralado. He malgastado los recursos de que podía disponer. El señor Peyral, apasionado por los intereses de las señoras de Savignat, me ha encerrado en toda clase de lazos y de tranquilas incómodas, más aún, humillantes, y no me es permitido tocar á un céntimo de la fortuna por la cual he vendido mi nombre. No vacilo en decir que esto es indigno, ¡absolutamente inicuo! Me resigno, sin embargo, de mala gana, pero me resigno, lo cual no deja de tener mérito; solamente que esa malicia de curial

tiene un resultado que el ingenioso hombre de ley no ha previsto.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que, justamente exasperado contra el señor Peyral, usaré del medio que la casualidad ha puesto en mis manos para vengarme; y, como se dice en la Audiencia—en este punto concreto,—me prometo magníficas represalias.

El marqués hablaba con gran soltura y con un acento mordaz que no dejaba de ser armonioso, esforzándose por que fuesen cariñosas las miradas de sus ojos negros.

—En una palabra—repuso,—gracias al señor Peyral, se acabaron el juego, el desorden y las noches agitadas por las violentas emociones de la banca; pero para consolarme me queda el amor, del cual no debiera haber olvidado las dulzuras. ¡Si supiera usted—añadió sentándose—hasta qué punto soy feliz al volver á encontrarme á su lado, tendría usted compasión de mí!

Y, al decir esto, se alteró su voz profundamente.

Matilde se levantó, y, con las manos apoyadas en el respaldo de su butaca, miró al marqués con indecible angustia.

—¿Es decir, que se ha propuesto usted perderme?—dijo.

El marqués hizo un gesto para tranquilizarla, y contestó:

—¿Perder á usted? ¿Cómo puede usted suponer que quiera causarla el menor disgusto? ¿Acaso no ve usted cuánto me esfuerzo por contener el amor que me devora? ¡Y aun lo irrita usted, dejándome ver la dicha de otro! Parece que se complace usted en exasperarme con sus desdenes, y se me acaba la paciencia. He resuelto tener con usted una explicación, y vengo á pedírsela.

Visto de cerca, justificaba el marqués su reputación de elegancia. Solamente algunas arrugas cerca de la sien, denotaban al libertino de violentas pasiones que solía pasar las noches en claro; su cutis aparecía ajado, y el cabello empezaba á estar claro; pero estos ligeros defectos desaparecían en la armonía del conjunto.

El marqués había debido vencer sin trabajo muchas veces. Las mujeres adoran á esos egoístas burlones que se ríen de todo, no creen más que en el placer y las conquistan más fácilmente con sus desdenes que otros, que valen cien veces más que ellos, con su respeto y sus ruegos.

—¿Por qué huye usted de mí?—repuso después de un corto silencio.

—No huyo de usted: mi marido me lleva á menudo á casa de su amiga la señora de Savignat, donde estoy segura de encontrar á usted, y no me opongo á ir.

—Sería difícil.

—Voy tan á menudo como quiere.

—No juguemos con las palabras: ¿por qué me trata usted con tanto rigor?

—Me figuro que no supondrá usted que debo echarme en sus brazos. Le trato á usted como á otro cualquiera, como á un extraño, ó como á un indiferente.

—Eso es lo que me ofende.

—¿Qué quiere usted que haga?

—¿Qué es lo que quiero?

—Sí; explíquese usted claramente, si se atreve.

—Sea: escúcheme usted con calma. ¿Sabe usted—repuso con su acento ligero de antes, y acercándose á la joven—que es usted muy fuerte, mi querida y siempre hermosa Matilde?

—No sea usted...

—Sí; es usted asombrosa en verdad, y me veo frente á usted avergonzado de mi debilidad y de mi insuficiencia. Se le hacen á usted indicaciones y finge no entenderlas; hablo un lenguaje bastante claro y es chino para usted. Cualquiera otra mujer, después de lo que ha pasado entre nosotros, en aquellos días que no puedo recordar sin que me palpíte el corazón, sería amable, graciosa, atenta, para domesticar á la fiera celosa y cruel que existe en el corazón de todos los enamorados, de los verdaderos, de los apasionados, de aquellos para quienes el amor y sus delicias son los únicos goces envidiables, sin los cuales la vida del hombre no vale más que la del sapo. Y usted

se envuelve en una virtud arisca, y me agobia con su indiferencia, y, según su propia confesión, me trata usted, no solamente como á un extraño, sino como á un enemigo; ¡pero tenga usted entendido que no quiero serlo de usted!...

Y añadió en voz más baja:

—No lo quisiera al menos, y usted me obliga á ello.

Esta frase contenía una amenaza, y la señora de Peyral lo comprendió así.

Se reconcentró en sí misma, manteniéndose á la defensiva, y esperó.

—¿Su marido de usted tardará aún?—preguntó Gaetano.

—Espero que sí; y de todos modos, puesto que está usted aquí y ha sonado la hora de las explicaciones, vale más acabar de una vez. Hable usted claramente, y si debo temer alguna maquinación contra mi tranquilidad, dígalo usted con franqueza, sin reticencias y sin ambages. Prefiero la guerra declarada á la incertidumbre en que me tienen sus continuas alusiones á una falta estúpida, cobarde, que el honor, su honor de caballero, debiera hacerle olvidar, aun cuando yo la recordase. ¿Qué pretende usted?

—Es muy sencillo.

No lo era, sin duda, tanto como pretendía el señor de Avoise, porque se detuvo buscando una frase.

—Ande usted—dijo la joven, estimulándole con voz áspera.—Los instantes son preciosos.

Fué el espolazo dado al caballo, el agujón que hace arrancar al buey detenido en su trabajo.

El señor de Avoise saltó la barrera, ante la cual vacilaba aún.

—No comprende usted verdaderamente lo que hace con sus sequedades—dijo;—con ese odio, que no oculta bastante, irrita usted los deseos que trato yo de refrenar. Ese ardor en el juego de que me acusa el señor Peyral; esos desórdenes de otra clase que me cierran el corazón de la marquesa; esa disipación que ha devorado los restos de mi fortuna, aminorando la dote de mi mujer y comprometiendo las rentas de que puedo disponer, todas esas locuras no han tenido más que un objeto: aturdirme. Quería olvidar unas relaciones que la fatalidad que nos dirige me obliga á romper. ¡Me detesta usted! Yo, por el contrario, la he querido á usted demasiado para no guardar en mi corazón una profunda herida; la quiero á usted más que nunca, la quiero con el ardor de las primeras ilusiones, con el recuerdo irritante de los goces que la debo, los mayores goces de mi vida. ¿Cómo me infiere usted la injuria de pensar que se la pueda querer y renunciar luego á usted? ¡Sería imposible! No lo crea usted. No hay un hombre en el mundo capaz de ello. Dios me es testigo de que he luchado con energía contra ese re-

cuerto; que viéndola á usted feliz, ó por lo menos tranquila, no hubiese querido alterar una felicidad que respetaba. No he buscado á usted: es la fatalidad que nos persigue, la que nos ha acercado, como una tentación cada día más fuerte. Cuando me casé, usted me cerró su casa, aunque yo no hubiese aceptado sino como una necesidad el casamiento; estaba absolutamente arruinado y era preciso rehacer mi fortuna; tal vez lo diga brutalmente; pero ¿para qué ocultar con hipocresía el pensamiento? Que me tiren la piedra los que no piensen como yo. Sólo me atraían los millones de la señorita de Savignat, bien lo sabe usted, y no he hecho de ello un misterio. Un Avoise no puede condenarse á vivir como un tendero del Marais, sujeto tras un mostrador como las fieras del Jardín Zoológico. Me he restaurado, como los Borbones en 1815. Los Savignat han estado destinados siempre á esos revoques por la Providencia, que vela por las razas antiguas. Esa joven lleva mi nombre, que me ha robado gracias á la sagacidad de su marido de usted, puesto que ya no tengo su bolsa; ese abogado nefasto la ha cerrado y ha puesto un candado á la caja de los Savignat, con precauciones, eficaces tal vez, pero odiosas. Sin eso estaríamos en paz, y cada uno de nosotros tendría la parte que ambicionaba; he hecho un mal negocio y lo advierto demasiado tarde. No oculto á usted que esto me irrita profundamente.

—¿Y quiere usted que lo pague yo?

—No, por cierto. Más feliz que yo, ha encontrado usted un hombre de buen gusto, que se ha enamorado, como yo, de su hermosura, y que no necesitaba dote. Le aborrezco por el mal que me ha hecho, y le envidio por lo que me ha quitado. Él gana más que usted con su aparente generosidad, porque todo el oro del mundo no bastaría para pagar la joya inestimable de una hermosura cuyo valor conozco mejor que nadie. Durante años enteros he sufrido en silencio mis celos, y mis ojos han revelado á usted muchas veces los tormentos que sufría; pero mis labios han guardado silencio. He hecho cuanto he podido. La paciencia tiene sus límites, y la mía está al cabo de ellos. ¿Por qué ha acercado usted á mi á ese imprudente, exponiendo así ante mis ojos la imagen provocativa de su posesión? ¿Es culpa mía si, á pesar de mis esfuerzos, que debe usted agradecerme, siento renacer en mí, violentamente, los deseos que en otro tiempo sabía usted tan bien despertar? Cerca de usted, Matilde, veo renacer el pasado; y cuando esta noche pasada la tenía á usted entre mis brazos, valsando, no era sangre, sino fuego, lo que corría por mis venas. Me he jurado volver á empezar aquel amor que no debía concluir, recuperar á usted á pesar de ese rival que estimo y aborrezco, y renovar los gozos divinos cuyo sólo recuerdo me desespera y las demás mujeres no

pueden darme. En una palabra: la amo á usted, me ha pertenecido usted, y no quiero renunciar á su amor: no puedo... es más fuerte que yo.

Se expresaba con un calor que no era fingido, animándose poco á poco, en presencia de aquella mujer admirable que le había querido y cuyo encanto le subyugaba.

Le cogió una mano, que ella retiró suavemente.

—¿Me ha comprendido usted?—preguntó.

—Perfectamente.

Le había escuchado sin hacer un movimiento y sintiendo sólo indignación por aquel hombre que jugaba con su seguridad, con su reputación, penetrando como un amo en aquel cuarto, su refugio, donde un criado podía sorprenderlos, y ¡quién sabe! entrar tal vez su marido de improviso, por una de esas casualidades tan frecuentes en la vida y que desconciertan todas las previsiones.

Al cabo de un momento preguntó con acento breve:

—¿Es eso todo?

—¿Qué más podría añadir?

—Poca cosa, en efecto: le comprendo á usted muy bien.

—Entonces...

—¿De qué se queja usted? He sido su querida, es verdad. Yo era libre entonces, y usted también. ¿Quién rompió esas relaciones, usted ó yo? He re-

cobrado mi libertad: ¿qué es lo que tiene usted que reclamar? ¿No es usted acaso hoy un hombre como los demás? Como el señor de Tallerande, su amigo, como el señor de Fresnes, que me hace la corte, discretamente, pero sin invocar pretendidos derechos que ninguno de ustedes tiene. No le atiendo á usted más que á los otros, ni afecto resentimiento ni satisfacción al ver á usted. Anoche me obligó usted á bailar diez veces, con una insistencia que no podía engañarme, y no me opuse á conceder á usted cuanto pude, aunque violentándome, no se lo niego á usted. El día en que la situación se me haga demasiado penosa pediré á mi marido, bajo cualquier pretexto, que no me vuelva á llevar á casa de la señora de Savignat: eso es todo.

—¿Es odio entonces lo que siente usted hacia mí?

Matilde hizo un esfuerzo sobre sí misma.

—No—dijo;—pero he prometido ser fiel á mi marido, y cumpliré mi juramento, aunque me costase la honra;—y animándose añadió:—¿Habla usted de un amor que quiere volver á empezar?

—¿No tengo razón?

—¿Es realmente amor de lo que se trata?

—He tenido la ingenuidad de creerlo.

—Pues se ha equivocado usted.

—¿Cómo?

—Equivocado groseramente, se lo aseguro.

—Explíquese usted.

—Yo estaba sola en París, sin amigos ni parientes, y trabajaba para ganarme la vida. Ustedes, los que tiran la fortuna por todas las ventanas de su capricho, no conocen esas necesidades. Por la mañana me levantaba en mi cuarto, sin fuego en el invierno y caliente en verano como un horno, y me iba al almacén, al obrador mejor dicho. Allí encontraba otras muchachas como yo; algunas más felices, porque tenían padre, madre ó amante: trabajaba mucho por poco dinero, y por la noche volvía á mi casa sola, desalentada á veces, y me ocurría á menudo echarme á llorar en aquella celda desde donde sólo veía paredes sucias y un bosque de chimeneas, apenas un pedazo de cielo. Usted se preguntará que por qué lloraba: no lo sé: de fastidio, de aislamiento, de mortal tristeza. La soledad es un suplicio y lleva hasta la locura.

—¿Y no ha querido usted volverse loca?

—Búrlese usted; le he dado á usted derecho para ello. Había luchado cinco años, desde los diez y siete hasta los veintidós: me hago esa justicia. Piensa usted, sin duda, que me alabo: ¡hubiera querido verle en mi lugar!

Había recobrado su sangre fría y se expresaba con frases cortas y agresivas. Irguiéndose en presencia del enemigo, por tanto tiempo temido, aceptaba la lucha con el valor de la desesperación.

—Yo, cuando pienso en ello—repuso—y cuento

mis días de resistencia, me encuentro disculpable. Muchos, fuera de usted, me condenarán, sobre todo entre esas mujeres nacidas bajo una buena estrella y que han crecido al amparo de sus madres en casas donde nada falta. Esas no saben, no pueden saber lo que eso es. Si hubiesen sufrido nuestras pruebas, comprenderían que hay momentos en que una muchacha está tentada de echarse en los brazos del primer hombre que pasa y la murmura al oído una proposición, no por el placer. ¡Oh, ese placer, cómo se desprecia entonces y cómo se odia después! Por odiosidad, por desaliento, por fastidio de esa soledad que nos enloquece y nos mata. Pues bien, señor de Avoise, por brillante, por seductor que fuese usted, por mucho realce que le diera su título y su audacia de libertino, yo no le hubiese escuchado, á no llegar en una de esas horas nefastas. Era usted agradable y generoso, y las parroquianas de la casa le llenaban de elogios cuando hablaban entre ellas. Venía usted á caracolear bajo nuestras ventanas en magníficos caballos, y sus coches paraban en la puerta cuando traía usted á la tienda á sus amigos de todas clases, porque Dios sabe cuánto ha hecho usted por deslumbrarme. Durante más de un año me pretendió usted en vano; sus palabras y sus promesas se deslizaban por mi pensamiento como el agua por un tejado: le juré á usted que no me tentaban; pero una no-

che me encontró usted, cuando iba á la ventura, descorazonada, decidida á todo, hasta el suicidio tal vez, y me dije: «Probemos este remedio: siempre estaré á tiempo de tirarme al Sena». Y le tomé á usted, como hubiera tomado á otro si se hubiese encontrado allí: su amigo Tallerand, que me perseguía con sus galanteos; Defresné, que me ofrecía coche y hotel. Le dejé á usted entrar en mi pobre cuarto de la calle de Godot, y fui su querida sin entusiasmo, sin pasión, como esas desgraciadas, más dignas de lástima que de censura, que ceden por la misma razón: obreras sin familia, sin apoyo, sin amigos; muchachas desesperadas y aburridas todo el día por amos exigentes, rendidas de cansancio y que esperan encontrar consuelo vertiendo en un corazón de hombre sus fastidios y sus disgustos. ¡Pobres locas! ¡Y llama usted á nuestra novela, novela de amor! ¡Es un error, señor marqués! Llámela usted novela de la miseria, del aburrimiento y de la cobardía.

Á medida que se animaba la fisonomía del marqués, se volvía dura y sombría.

Después continuó con más calma.

—Nuestras relaciones empezaron demasiado mal para durar mucho tiempo. No crea usted que le acuso, y, si mis palabras le parecen amargas, recuerde usted las dificultades de mi situación y esta esena que usted ha provocado y que puede perderme: piense usted en los temores que me

han causado sus audacias haciéndome temer por mi tranquilidad, que tanto estimo y que sus imprudencias pueden hacerme perder. Nunca he tenido malos sentimientos hacia usted: ha hecho usted el papel de sus semejantes, de los felices desocupados para los cuales todo es pretexto de distracción y de placer. Ni me quejo ni me disculpo; digo las cosas como son; á mí me tocaba defenderme, fui cobarde y débil, y si sucumbí, como se dice, fué libremente. Ni usted me hizo violencia ni era yo una niña; tenía veintidós años, y nuestro amor—pronunció esa palabra con entonación singular—duró seis meses. Le veía á usted poco; sin duda estaba usted ocupado en otra parte, y es hasta probable que desde aquella época honraba usted con una corte asidua á la joven que poco tiempo después debía ser marquesa de Avoise. No le he costado á usted más que algunas cenas en el café de París ó en el Inglés, en compañía de sus inseparables. Llegaba muy tapada, como una señora que no quiere ser reconocida. Ellas defienden su reputación; yo lo hacía de vergüenza, aunque á nadie tenía que dar cuenta de mi persona; era libre como el aire, y en el oficio que había tomado tienen el buen sentido de no pedir virtudes inmaculadas, pagándolas como lo hacen; pero bien puedo confesárselo á usted: me sentía avergonzada de mi degradación, de mi caída, en la cual el amor, lo con-

fieso con rubor, no entraba para nada. Por fin, una noche, al cabo de ese tiempo, y en un gabinete particular donde estábamos cenando, siempre con sus amigos Defresne y Tallerande, que me ofrecieron en seguida sus consuelos, rehusados por mí, me anunció usted su próximo casamiento. Era una noticia á la cual, como usted sabe, no estaba preparada, y, sin embargo, no debe usted haber olvidado cómo la acogí.

—Sin un grito, sin quejas, con la más admirable indiferencia. Le hago á usted esa justicia.

—Es que nuestra ruptura me libertaba.

—La palabra no es amable—dijo el marqués mordiéndose los labios.

—No hay nada en ella que pueda ofender á usted; quiero decir que no me sentía con fuerzas para esa vida de desorden, para esos placeres amargos que es preciso ocultar, para ese vil oficio que consiste en entregarse sin pasión, fríamente ó por cálculo. Sólo el amor puede absolver á la mujer que cae: así experimenté yo una sensación de bienestar por nuestra separación, que se verificó aquella misma noche, á pesar de sus últimas súplicas, que sin duda no eran sinceras. Rehusé el recuerdo que tuvo usted la generosidad de mandarme, no queriendo dar á nuestras cortas relaciones las apariencias de un negocio, y á la mañana siguiente, para romper completamente con aquellos meses, que hubiese querido borrar de mi existencia, dejé

mi casa de la calle de Godot para ir á esconderme en otro sitio, bien decidida á no renovar una experiencia que deploraba y á soportar el fastidio del aislamiento que tanto me había pesado, pero que, después de todo, valía más que los remordimientos de una culpa así. Esos son juramentos que generalmente no se cumplen.

Usted, sin embargo, ha cumplido el suyo. Y no ha sido por falta de pretensiones. Sus amigos de usted, á quienes sin duda había elogiado su conquista, me han aburrido con sus ofrecimientos. Tresieres me proponía establecerme. Tallerande quería crearme rentas, y los demás pujaban las proposiciones. El abandono de usted hubiera hecho mi fortuna si hubiese querido escucharles. Cada noche me los encontraba por bandadas en mi camino. Era una persecución, pero fué inútil; había estado cinco años sola antes de conocer á usted, y hubieran sido precisos sin duda algunos más para vencer un valor fortalecido con tan deplorable prueba. Para evitar la tentación y despistar á mis perseguidores cambié de tienda, á pesar del perjuicio que pudiera resultarme, y al cabo de algún tiempo logré por fin el reposo por que suspiraba: me olvidaron y olvidé. Entonces fué cuando, por una casualidad inesperada, tropecé con un hombre honrado, acostumbrado á las miserias de la humanidad, y que se asombró de mi virtud. (Pronunció esta palabra con triste ironía.) Durante cerca

de un año me vigiló sin que yo lo advirtiese, y un día entró en mi cuarto como usted. Hubiera podido hablarme del mismo modo, ¿quién se lo impedía? No hay por qué contenerse con muchachas de mi especie, y simplemente, sin frases, me pidió que me casara con él, lo cual me dejó estupefacta. En el primer momento perdí la sangre fría. Hubiera debido rehusar, ó confesárselo todo, contar mi historia y mi falta, y se hubiera marchado, abandonándome á mi suerte. Había sido débil con usted y fui cobarde con él en otro sentido; me callé, y cuando hubo salido no tuve tampoco el valor que me había faltado en su presencia. Me dije que, después de todo, no preguntándole nada de su pasado, no tenía para qué hablarle del mio; que mi compromiso sólo se refería al porvenir; que usted es ligero, disipador, pero caballero; que sus amigos tendrían la generosidad del silencio; que usted destruiría una correspondencia que no le interesaba, y, por lo demás, corta é insignificante; que aquella aventura no traería consecuencias, y que usted tendría la delicadeza de no recordarla ni aun á mi misma. Me he equivocado, puesto que está usted aquí; pero, verdaderamente, ahora que me ha oído usted y que le he dado la explicación pedida, ¿qué espera usted aún?

—Todo.

—Francamente, me asombra usted.

—Todo—repitió,—porque la amo á usted.

—¡Mentira!

—No, Matilde, se lo juro; la amo á usted, única y ardentemente.

—¿Desde cuándo?

—¡Desde el día en que la perdí!

Se quedó un momento desconcertada, tan sincero era el acento del marqués.

—¿Y si yo amo á otro?—dijo.

—¿Á quién?

—Á mi marido.

—Eso es imposible.

—Eso es cierto.

—Sea: no se lo niego á usted, por mucho que me sorprenda; pero ¿no puede ocultar el más profundo secreto nuestras relaciones? Se lo ruego á usted, Matilde: sea usted buena; acuérdesse usted del pasado. Aunque seamos otra vez el uno del otro, ¿quién lo puede saber? Un mal ignorado ¿es un mal? Las faltas que nadie conoce ¿son faltas? Es mi salvación lo que pido á usted de rodillas.

La señora de Peyral meneó la cabeza.

—No seré de usted, ni en secreto ni de ningún otro modo—dijo.—El día en que di mi mano me juré que, no habiendo sabido ser una muchacha juiciosa, sería una mujer honrada. Si en otro tiempo pude excusar á mis propios ojos mi falta, con ayuda de subterfugios, ¿cuáles inventaría hoy, cuando debo á mi marido una si-

tuación inesperada, una seguridad á la cual no podía aspirar? ¡Tiene en mí una confianza ciega, y sería la última de las mujeres si cometiese la infamia de engañarle. Me ha redimido y no volveré á caer: ¡antes morir!

— ¡Palabras!...

— Digo lo que pienso, y haré lo que digo.

— Escúcheme usted á su vez—dijo el señor de Avoise con ira mal reprimida.—Seré breve: el señor Peyral debe á menudo empezar sus informes con esta promesa. Le digo á usted que la amo, y es verdad; nunca lo he sentido tan bien como en este momento. Es usted la única mujer que me ha inspirado ese sentimiento. Su recuerdo me persigue sin cesar, y, si me he dejado arrastrar á mil locuras, ha sido para distraerme de esa idea que me domina. No he destruido sus cartas, como no he borrado su imagen de mi corazón, y las leo á menudo: pudiera recitárselas á usted de memoria, y cada vez que las leo encuentro como un perfume de usted, como una huella de los placeres y el tiempo que me recuerdan. ¡Oh, no tenga usted miedo! Las tengo en sitio seguro, continúan en la calle de Lisboa, en aquel nido misterioso todo lleno de su recuerdo. Esto que digo no es amenaza: me moriría de vergüenza si tuviese solamente la idea de emplearlas en hacerle á usted daño ó en atraerla contra su voluntad. Sólo las guardo como restos y cenizas de un amor demasiado corto—

¿se hace acaso lo que se quiere?—como se guarda una flor marchita, como se guarda una joya, un recuerdo de lo que se ha amado. Soy coleccionista, como los que buscan medallas, monedas y vasos antiguos: sólo que lo que yo prefiero son esas reliquias, reliquias de amor, de placer, de goces divinos, que son la vida toda. Mis preferidas son las de usted, Matilde. Ha sido usted mía, y ese recuerdo hace arder mi sangre. El único remedio que tendría mi mal, sería el alejamiento, y la veo á usted todos los días. En todas partes está usted ante mis ojos, aquí como en casa de la señora de Savignat. Desde mi ventana veo la de usted; y, si el destino se complace en acercarnos así, ¿puede usted creer que sea por capricho? ¿No es más bien que está escrito que hemos de querernos?

La joven estaba turbada. Nunca había conocido al marqués tal y como se revelaba á ella en aquel momento; y su acento denotaba bien claramente que era sincero. Siempre le había visto escéptico, burlón, incapaz de un sentimiento tierno, ó verdaderamente apasionado, y se preguntaba con indecible sorpresa cómo había podido cambiar hasta ese punto.

Estaba, en efecto, vencido y transformado, y la vista de aquella preciosa mujer que le había pertenecido y ahora era de otro, en su misma presencia, le causaba un dolor intolerable, disimulado bajo la apariencia de ligereza que afectaba.

Poco á poco su pasión se iba exaltando celosa y exagerada: le dominaba la hermosura de la señora de Peyral, y un deseo violento é irresistible de reconquistarla se apoderaba de él. Al cabo de un instante se acercó á ella y, cogiendo su mano derecha, murmuró:

—¿Digame usted que no será inflexible, se lo ruego!

—Y si rehúso...

—Trataré de convencerla, basta que ceda: éste será, de hoy en adelante, el único objetivo de mi vida...—y añadió suspirando:—ya que, gracias al señor Peyral, no puedo aturdirme de otro modo.

—Renuncie usted á semejantes planes—dijo ella;—á mi vez se lo ruego. ¿Tiene usted una mujer adorable!

—Usted sola es la que quiero.

—¿Es una infamia el engañarla!

—Entonces... ¿cuántos maridos infames hay! Mire usted á su alrededor. ¿Qué idea se forma usted del mundo? Es muy diferente de lo que usted piensa. ¿Puede usted creer que se condena uno por un instante de abandono? ¡Vamos, Matilde! Sea usted indulgente y buena como en otro tiempo, débil si quiere usted; pero ¿acaso no disculpa el amor esas debilidades?

—¡Cállese usted, por Dios!

—Acuérdese usted de aquellas noches, radiantes

para mí, y para usted también, en que me decía: «Te amo». No me aborrecía usted entonces, no; no puedo creerlo: la fatalidad es la que nos ha separado.

—Si me tenía usted, ¿por qué no me conservó?

El marqués rozó sus cabellos y la repitió por dos veces: «Te adoro». Pero ella retiró bruscamente la mano que aquél le cubría de besos, y dijo con voz alterada:

—Merezco lo que me sucede, y sufriré las consecuencias de mi falta. Quiero creer que acabará usted este juego cruel y renunciará por siempre á esperanzas imposibles. Puede usted perderme, si tal es su capricho; para ello bastaría con pocas audacias como ésta: mi marido es perspicaz, y si supiese que ha entrado usted aquí en su ausencia, me moriría de vergüenza; haga usted lo que quiera; pero seguro, en todo caso, de que nada puede obtener de mí. Matilde Rigaud ha tenido la desgracia de ser su amante: la señora de Peyral no será la de nadie.

—¿Nunca?

—¡Nunca, adiós!

—No, hasta la vista.

Se levantó con el corazón oprimido por una inmensa decepción, pero sonrió á la joven, que estaba inmóvil, y dió un paso hacia la puerta.

Al echar una ojeada sobre el jardín vió á la doncella parada delante de un macizo de tulipanes.

—¡Diablo!—dijo con calma.—Está cortada la retirada.

La señora de Peyral, furiosa, dió un salto, diciendo:

—¡Ya ve usted en qué abismo me ha hundido!

—¿Es usted tan cobarde que tiembla por tan poco? Decididamente no será usted nunca una verdadera parisiense.

Y diciendo esto se sentó tranquilamente delante del *secrétaire*, dobló una hoja de papel metiéndola en un sobre, y dijo á la joven:

—Ponga usted ahí una dirección cualquiera: «Señora Arnold-Shezam, plaza de Colonia, 25, Strasburgo (Alsacia-Lorena)»; pegue dos sellos, uno para Francia y otro para Alemania, á fin de que todo el mundo quede contento, y llame usted. He aquí una carta que va á correr el mundo y que no volverá á poder de usted, seguramente. Carece usted en absoluto de imaginación y de intriga, amiga mía. ¡Ah, qué fácil es engañar al prójimo, y cómo la formaría yo á usted, si usted quisiera!

—Pero no quiero.

—Eso es un decir. Ahora llame usted—dijo el señor de Avoise, ocultándose detrás de una cortina.

La señora de Peyral obedeció, temblando como la hoja en el árbol.

—Sofía—dijo;—pronto, esta carta al buzón más

inmediato; vaya usted en seguida. ¿Dónde está Justino?

—Justino ha salido, señora.

—Bien.

El marqués salió de su escondite sonriendo, y dijo á la señora de Peyral:

—¿Lo ve usted? Esa muchacha sencilla no tiene ni la más ligera sospecha, y ya hay un misterio más entre nosotros. Acuérdesse usted de mí, que la amo con locura.

Y salió, envolviéndola en una mirada llena de fuego.

Ella le vió anhelante desde el balcón atravesar el jardín, abrir la puertecilla y desaparecer: dejóse caer en el sofá, sobre el cual quedó anodada, con la cara cubierta por sus manos heladas.

## CAPITULO XI

Las buenas resoluciones del marqués de Avoise, si realmente las había formado, no debían resistir á la decepción que acababa de experimentar. Esperaba otro resultado de su visita, tan atrevida, á la señora de Peyral; pero las explicaciones de la joven destruyeron todas las esperanzas que su amabilidad resignada, durante sus frecuentes encuentros, le hizo concebir: encontraba en ellas un fondo de verdad y se hacía justicia.

Había tenido, en efecto, la debilidad de ceder á sus instancias, á sus persecuciones; pero él la había tratado lo mismo que trataba á sus demás conquistas de ordinario, y, pensando en ella, se veía obligado á reconocer con cuánta dignidad había soportado la pobre muchacha las consecuencias de su falta y rehusado las ofertas de fortuna que sus amigos, prendados al igual de su hermosura y de su carácter, se habían apresurado á hacerle. No le debía, pues, nada, y sentía, bajo las formas atentas

que revestía su negativa, una fuerza de resistencia inmutable; así es que, cuando salió de su cuarto necesitaba más que nunca aturdirse y apeló á los medios que empleaba de ordinario para ello.

Los chinos sólo conocen el opio, y á él piden, en la borrachera y en las delicias de las alucinaciones, el olvido de los aburrimientos de este mundo.

El marqués de Avoise se lo pedía al juego, y la música del oro le parecía divina. El movimiento de la raqueta sobre el tapete verde, llevando con la impasibilidad del destino la fortuna á unos y la ruina á otros, le encantaba, y no había mentido al afirmar á la señora de Peyral que era ella, en parte, la causa de sus locuras.

No se necesita más á veces para salvar á un hombre, que un amor, como, más á menudo aún, sólo hace falta otro para perderle. Desorientado al salir del hotel Peyral, se fué á su círculo preferido, uno de los más aristocráticos de París, y le obligaron—realmente, no se hizo de rogar mucho—á quedarse allí por la noche, excusando su ausencia acerca de la marquesa, como lo hizo en una esquila muy galante, porque él en la forma era siempre irreprochable, y, después de una comida entre amigos en el *restaurant* más en boga, los elegantes comensales hicieron una aparición en la opereta, para acabar la noche en uno de los clubs donde el bacarrat reúne á sus fanáticos, y el conde Pablo tuvo la alegría de asistir á una

partida soberbia, en la cual su discípulo; después de una lucha brillante, acabó por ser derrotado, soportando su mala suerte con admirable sangre fría.

A las dos de la madrugada volvió descontento el marqués a su casa, donde todo el mundo parecía descansar.

Para llegar a su cuarto debía pasar por delante del de la marquesa, separado por una antesala del corredor que atravesaba, y vió con sorpresa que la antesala y el cuarto de Elena estaban abiertos, y por entre las cortinas, que estaban recogidas, a su mujer sentada cerca de la chimenea, donde el fuego ardía lentamente sobre la ceniza.

El marqués reprimió un movimiento de mal humor, adoptó una actitud tranquila y, entrando en el cuarto, dijo con interés, casi con ternura:

—¿Qué haces, Elena?

Ésta levantó la cabeza y contestó:

—¿Yo? Ya lo ves: poca cosa: te esperaba.

Gaetano se mordió los labios. El día era de explicaciones, y, después de la que había tenido con su antigua amante, no podía evitar la que su mujer planteaba.

El cuarto en que acababa de entrar era realmente digno de una princesa.

Daba por un lado a un saloncito donde la marquesa recibía a sus íntimos, y por el otro a un

gran tocador cuyas paredes cubría un brocado Pompadour, de flores pálidas, y adornado con un sinnúmero de objetos de valor acumulados por la madre para aquella niña adorada.

Este tocador separaba las habitaciones de la joven de las de su marido y comunicaba con el piso de la señora de Savignat por una escalera en forma de espiral, disimulada en uno de los ángulos por un endeble tabique.

La escalera principal servía para los tres pisos del hotel.

El cuarto estaba artesonado con maderas blancas, tomadas por el contratista, que demolía a veces antes de construir, en algún antiguo palacio de la época de Luis XVI. Los artesonados bordeaban las sedas más ricas que se han tejido en Lyon. Nada había parecido demasiado bueno para aquel ídolo de los Savignat.

Elena, recostada en una gran butaca, muy baja, estaba envuelta en una bata de seda color Habana, adornada de felpa más oscura. Apoyó el codo sobre el brazo del sillón y dijo con acento seco:

—¿No esperarás que pueda durar siempre una vida semejante?

—Pero...

—¿Te sorprende, acaso, diciéndote que se me ha acabado la paciencia? Supongo que no me acusarás de haber tenido poca.

—Es tarde — observó cariñosamente el mar-

qués:—mañana hablaremos cuanto quieras; pero no quisiera que te fatigaras.

—Muchas gracias; no temas nada: he pasado más de una noche en los bailes y no me he muerto por eso. Además, lo que tengo que decirte es grave, y, durante el día, los amigos ó mi madre pudieran interrumpirnos: siéntate.

El marqués obedeció en silencio.

Acercó un sillón á la chimenea, en la cual echó más leña; se instaló cómodamente, cruzando una pierna sobre la otra y dijo por fin, con un suspiro de resignación:

—Vamos á ver: ya te escucho.

—¿Has tenido algo que censurarme desde que nos hemos casado?—repuso Elena.

—Dios me guarde de ello.

—He llevado tu nombre menos brillantemente tal vez de lo que hubieras deseado; pero, al menos, no lo he deshonrado.

—¡Elena!

—Puedes, además, hacerme la justicia de confesar que no te he molestado con mis quejas. Gaetano se inclinó.

—Cuando me pediste en matrimonio, no cabe duda que te dirigías más bien á mi fortuna que á mi persona, y no debo extrañarlo, pues otros hubieran obrado como tú le hiciste; pero creo, sin embargo, que hubieras pedido guardarme ciertas atenciones, como el no continuar tu vida de solte-

ro, por ejemplo, rompiendo ciertas relaciones y no abandonando tu casa tan públicamente como lo haces.

—Y...

—Déjame hablar, te lo ruego. Si la vida que llevamos puede serte agradable, lo cual me permito dudar; si conviene á tus gustos, ó, mejor aún, á tus costumbres, debes comprender que para mí no tiene ningún encanto.

—Entonces...

—Quisiera evitar un escándalo.

—¿Cuál?

—La separación, que se impone, sin embargo... ¿No es acaso el solo remedio á una situación como la nuestra?

—¿Estás en tu juicio?

La marquesa apoyó la barba sobre su mano izquierda, miró friamente á su marido y contestó:

—Sí.

El señor de Avoise movió la cabeza con una sonrisa ligeramente desdeñosa.

—Ya veo lo que es—dijo;—has recibido esta noche la visita de la señora de Savignat.

—¿De mi madre?

—De mi suegra—corrigió el marqués con un dejo de ironía;—y el señor Peyral te habrá dado también algún pérfido consejo.

—Te equivocas: como estaba sola, he subido, en

efecto, á comer con mí madre, y el señor Peyral estaba allí; pero te juro que ni aun se ha pronunciado tu nombre.

—No me quiere la señora de Savignat, y la perdono: ¡tengo tantos defectos! Pero sé muy bien que, cuando no estás influida y te guías por ti misma, eres buena como un ángel, y á veces generosa hasta el sacrificio.

—Si; buena como una víctima, como una mártir—replicó violentamente Elena;—y te advierto que es un papel que no me conviene desempeñar por más tiempo. Mi madre, á quien acusas, deseaba quererte; pero, en verdad, no se lo haces fácil.

—En suma, querida Elena—dijo el marqués acercándose:—¿de qué me acusas? Precisemos.

—¿De dónde vienes?

—Seré sincero: de un sitio donde siento haber puesto los pies.

—Comprendo. ¿Has jugado también esta noche?

—Tal vez. En todo caso, y para contestar á tu pregunta, vengo del Casino, como todo el mundo.

—Conozco personas que ignoran hasta el camino por donde se va á él y se contentan con los goces de la familia.

—¡Hombres caseros! Son una antigualla: la especie es cada día más rara, y tiende á desaparecer, como los mastodontes y demás animales antidiluvianos.

—Existen, sin embargo, y ¡ojalá que hubiese encontrado yo uno de éstos en mi camino!

—El señor Peyral, por ejemplo.

—¿Por qué pronuncias ese nombre?

—Porque es el de un íntimo de la casa, un amigo de tu madre, y un oráculo cuyos consejos acoge con devoción.

—El señor Peyral es un corazón de oro, un hombre honrado que siempre nos ha demostrado la más leal amistad, con tanta abnegación como delicadeza, y los consejos de que hablas con tanta acritud no pueden ser malos viniendo de quien, como él, ha sabido alcanzar una consideración...

—Distinguida...

—Y una vida feliz, lo cual no es nuestro caso.

—¿Qué quieres, hija mía! Esos abogados no tienen que sufrir las tentaciones de la ociosidad, esa detestable consejera. Les envidio por ello; y, por otra parte, ese señor Peyral ha tenido una gran fortuna. La casualidad le ha deparado una joya cuya posesión crea muchos envidiosos. Ese hombre de ley, rico y considerado, como tú misma afirmas, ha tenido el buen acuerdo de hacer un casamiento de amor.

—Mientras que el marqués de Avoise, arruinado por excesos de más de un género, se ha visto en la necesidad de recurrir á un matrimonio de dinero...

—No he dicho eso—replicó vivamente el marqués;—y en verdad...

—Te dispenso de precauciones: no estamos ya en los días, escasos y lejanos, en que podíamos engañarnos uno á otro. He abrigado ilusiones, lo confieso: cuando me casé contigo, seducida por tu elegancia, por tu porte altanero, tus maneras de gran señor, y también, ya ves que soy franca, por tu nombre y tu título, que halagaban mi pobre vanidad de muchacha, me decía que, á fuerza de sumisión, de complacencia, de deseo de agradarte, y haciéndome ayudar, en mis deseos de hacerte feliz, por mi madre, que, por más que digas, es una mujer de talento y bondadosa, llegaría á tenerte á mi lado, á hacerte olvidar tu vida pasada, tus antiguas relaciones, los casinos, de los cuales no pretendía privarte, sino obligándote á encariñarte con tu hogar, á encontrarte bien en él y sentirte orgulloso de tenerle. He aquí cómo yo entendía ser marquesa; tenía fe, pero mis esperanzas duraron poco; y, sin embargo, ni mi madre ni yo hemos omitido sacrificio alguno para llegar á ese resultado. ¿Es esto cierto?

Elena se había expresado con gran viveza, y miró frente á su marido, que guardó silencio.

—No lo hemos conseguido—repuso.—Cinco años de esfuerzos inútiles me han enseñado que no tengo nada que esperar, y que el resultado que perseguía no está á mi alcance. Tres meses después de casada, me habías abandonado por queridas que nunca dejaste.

—¡Elena!

—Lo sé.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo sé todo.

—¿Pero, en fin, qué pruebas?...

—¿Necesito otras que esta soledad en que me abandonas, que las señas de inteligencia cambiadas en mi presencia en el teatro, en sociedad, en paseo, en todas partes? ¿Piensas que soy ciega y quieres los nombres de esas queridas, de la última por lo menos? La baronesa de Nollet.

—Te juro...

—Sería inútil.

—Sin embargo...

—Dejemos esta discusión—dijo con desaliento.—No me rebajo á espiarte, créelo; pero, si no sé bastante para darte esas pruebas que me pides, sé demasiado para dudar. Renuncia, pues, á una empresa inútil; y si te he esperado esta noche...

Vaciló un momento.

—¿Es?...

—Para declararte que, de hoy en adelante, no habrá nada de común entre nosotros.

La fisonomía del marqués expresó una especie de cariñosa lástima.

—Escúchame á tu vez.

—¿Para qué?

—¿Qué vida te preparas?

—La que tú me has preparado.

Y continuó más friamente y con acento alterado:

—No trates de que renuncie á mi resolución; sería inútil: casi siempre sola aquí, poco aficionada á la sociedad, he tenido tiempo de reflexionar, y encuentro la existencia que llevo desprovista de dignidad. Yo deseaba un marido, si no ardientemente enamorado—reconozco que no soy una belleza que excite pasiones,—que me estimara al menos lo bastante para compartir conmigo su vida, para tenerme al corriente de sus negocios, de sus intereses, de sus penas y de sus alegrías. Pensaba que el hombre que consentía en darme su nombre, no juzgándose indigna de llevarlo, y se aliaba á mí, me asociaría á su existencia; pero me he equivocado, y no veo por qué he de continuar abriéndole mi cuarto cuando él me ha cerrado su corazón. No tenemos hijos; es un lazo que nos falta, y el otro, medio deshecho por tu voluntad, no es difícil de romper, que es lo que hago con mi propia autoridad, sin ruido y sin escándalo. Á partir de esta noche, encontrarás mi puerta cerrada; eres, pues, libre. Yo tengo á mi madre, y viviré con ella, puesto que, dispuesta como estaba á amarte, y siendo fácil de contentar, has hecho todo lo posible por que te aborrezca.

—¿Y me aborreces?

—No—dijo; y añadió en un tono que le hizo estremecer:—El odio es un sentimiento que nun-

ca podré comprender: me atengo por hoy á la indiferencia.

Á estas últimas palabras, Gaetano palideció ligeramente, y, no queriendo hablar, cogió las tenazas de la chimenea y empezó á mover los leños, que se consumían lentamente, cubriéndose de una ligera capa de ceniza. Nada hasta entonces, en la conducta de Elena, le había hecho temer una ruptura tan claramente planteada, y, mientras removía el fuego, estudiaba la actitud de la marquesa.

Ésta se había recostado sobre el respaldo de su sillón y esperaba, sin preocuparse al parecer, la contestación de su marido.

Por fin se decidió á defenderse, y lo hizo usando infinitas precauciones y tratando de curar con palabras cariñosas las heridas de aquel corazón dolorido.

Se mostró arrepentido, dulce, sumiso; pero, al cabo de dos minutos, su mujer le interrumpió bruscamente, preguntándole:

—¿Cuánto has perdido esta noche?

—¿Á qué viene esa pregunta?—murmuró él.

—Es que he reparado que nunca estás tan agradable como cuando necesitas pedir algo.

Gaetano se levantó, con las manos crispadas por el despecho, y se apoyó sobre la chimenea.

—Eres cruel—dijo.

La marquesa calló.

—Vamos á ver—continuó;—haces mal en tra-

tar de herirme en el único punto vulnerable que aun tengo, el orgullo. He arreglado mal mi vida, convengo en ello; pero mis faltas pueden tal vez repararse...

Y bruscamente preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiséis.

—¡Y quieres, á los veintiséis años, romper con tu porvenir!

—Ya está roto—replicó.

El marqués se estremeció, porque sentía que se estrellaba contra una voluntad implacable.

—Comprendo tu enojo—repuso;—está muy justificado. Sé que he cometido faltas graves contigo, y á veces me acuso por ellas con más dureza de lo que puedes suponer. Nuestro casamiento se concertó bajo malos auspicios: tú querías un nombre, yo buscaba un dote, y un notario nos juntó. Yo creí que, satisfecha con ese cambio de estado, te dejarías arrastrar por el torbellino de la sociedad, como lo estaba yo mismo, en el círculo de mis relaciones antiguas y de las pasiones á la moda, en las cuales naufragó mi patrimonio.

Te juzgaba mal, pensando que eras como otras tantas mujeres, deslumbradas por su fortuna, y cuya frivolidad se contenta con paseos, teatros, reuniones y visitas á tiendas y modistas.

Para ellas, el día se pasa como un sueño entre probarse trajes y la chismografía de sus amigas:

á veces, una rifa de beneficencia, dándoles algo qué hacer, viene á romper la monotonía de sus diarias distracciones. No se ocupan en lo más mínimo de sus maridos, y ambos gozan de una libertad casi completa. Tú, Elena, y lo digo en tu elogio, eres de otra pasta. Concebias el porvenir con horizontes mejores y más caseros. Nuestro punto de vista era distinto, y, al emprender caminos tan diferentes, era natural que nos alejásemos el uno del otro.

Además, yo soy un gastador que no sabe echar cuentas: es una cosa que no me han enseñado, desgraciadamente, y no tengo en mis venas sangre de traficante ni de industrial. Por otra parte, la guerra se ha reducido á un arte mecánico que ni me entusiasma ni me tienta. No se sabe, pues, en qué emplear la actividad, y se sucumbe al ocio. Esta es mi historia. Me guardas rencor, y tienes razón: tu educación y tu carácter hacen que me encuentres odioso, y, sin embargo, sólo nos separa una mala inteligencia: vales mucho más de lo que yo pensaba, y ¡quién sabe si podríamos aún volver á empezar la vida y entendernos, puesto que todavía es tiempo! ¿Qué me responderías si, confesando mis culpas, te prometiese con entera sinceridad repararlas en cuanto de mí dependiera?

El acento del marido, seco en un principio, había descendido hasta la súplica, y añadió, inclinándose sobre los cabellos negros de su mujer:

—¿Quieres?

Elena levantó la cabeza lentamente, le dirigió una mirada sombría y, con la voz enronquecida por la emoción, replicó:

—Te he preguntado cuánto has perdido. La cantidad debe ser fuerte, porque nunca te he visto tan meloso: ¿la cifra?

El señor de Avoise retrocedió instintivamente, como, si en un asalto de florete, su adversario le hubiese tocado en el pecho.

De ordinario Elena le trataba como una bondadosa hermana de la Caridad, dispuesta á la indulgencia, y le había acostumbrado á una gran tolerancia y á una verdadera conmiseración por sus defectos; pero ahora se encontraba enfrente de una metamorfosis extraña que le llenaba de asombro, y no reconocía á la marquesa.

Aquella masa maleable y tierna se había vuelto de pronto dura y resistente, y, á pesar de las negativas de la joven, veía detrás de ella, como entre bastidores, al señor Peyral y á la señora de Savignat; pero se engañaba: era la sangre de los Savignat la que se revelaba al fin.

—¿No me respondes?—dijo Elena.

—Es que estoy profundamente sorprendido.

—¿De qué?

—No te reconozco. ¿Quién te ha cambiado hasta ese punto?

—¡Tú, tú solo! ¡Estoy harta! Esta es la verdad:

no perdamos tiempo en frases inútiles. ¿Cuánto debes?

El marqués bajó la cabeza, dominado por el acento imperioso de su mujer, y dijo:

—Sesenta y cinco mil francos.

No había acabado de pronunciar la frase, cuando hubiese querido recogerla para dulcificarla con algunas explicaciones; pero ya era tarde, y el mal estaba hecho. Con una sola palabra acababa de destruir el efecto de su confesión y de sus súplicas, que habían impresionado á Elena más de lo que le dejó comprender.

—Ya lo ves—dijo—es de dinero de lo que se trata. ¡Ah! Te conozco demasiado; soy un espíritu observador, aunque no tengo más talento que hermosura...

—Te calumnias...

—No; sólo me reconozco algún buen sentido: ¡sesenta y cinco mil francos en algunas horas! No vas mal, cuando estás absolutamente arruinado; cuando tu hacienda de Avoise está gravada de hipotecas por más de lo que vale y nuestras rentas están empeñadas por diez y ocho meses.

—¿Qué sabes tú!

—¡Niégalo, si te atreves! ¿Estarías acaso aquí si así no fuese?

—¡Elena!

—¡Ten cuidado! No es ya su dinero lo que se juega el marqués de Avoise; es su honor.

—¡Señoral—gritó pálido de coraje.

—Tanto peor—replicó Elena;—y, puesta á ello, prefiero decirte todo. ¡Cuando pienso que hace un momento estuve á punto de dejarme engañar por tus muestras de arrepentimiento y de sinceridad!... ¡Tú cambiar de vida, tú sentir remordimientos! ¡qué doblez! Lo que acabo de oír me lo has repetido veinte veces, con más ó menos calor, según la importancia de la cantidad que necesitabas; y esta noche, desde tus primeras palabras, debí adivinar que el desastre era de los que forman época: pues bien, con gran sentimiento, te digo que me es imposible ayudarte: desde hace seis meses, si pago á los criados, es gracias á mi madre...

Una lágrima de despecho y de vergüenza se desprendió de sus ojos.

—Dirigete á ella—dijo dulcemente el marqués:—te quiere demasiado para rehusar.

—¡También ella está harta! El dinero de los Rothschild se fundiría entre tus manos como la cera.

—¿No quieres hacerme ese favor?—dijo secamente el marqués.

—No puedo.

—Sea. Suspende entonces tus recriminaciones. Encontraré eso mismo en otra parte. Dices que arriesgo mi honor; aun no; pero ten presente que, el día en que peligrase, le queda siempre un me-

dio al que es caballero para salir del paso y pagar una deuda de honor.

—¿Y cuál es ese medio?

—Saltarse la tapa de los sesos.

—¿Y tú lo harías?

—Sin vacilar.

La marquesa reprimió un estremecimiento.

En aquel momento se abrió la cortina del tocador y apareció la señora de Savignat.

—¡Usted aquí!—exclamó el señor de Avoise.

—La doncella me ha dicho que Elena no se había acostado, y, suponiendo que tendría algún disgusto ó estaría quizás enferma, he subido. Acabo de llegar.

—Y ha oído usted...

—Solamente algunas palabras, por las cuales comprendo que se trata de pérdidas de juego. Mi hija tiene razón; arriesga usted su honor, porque llega un día en que el jugador, falto de todo recurso, como usted lo está, tiene que saltarse la tapa de los sesos. Usted no ha llegado aún ahí, porque, sea cual fuere la suma que le hace falta, la tendrá usted mañana. Supongo que la necesita usted para antes de medio día, como siempre.

El marqués bajó la cabeza.

—Esté usted tranquilo: sólo que, como no quiero que se evapore una fortuna ganada con tanto trabajo, le aconsejo que evite nuevas locuras, porque estoy decidida á no hacer más concesiones:

todo tiene su límite. Por otra parte, debo decir á usted, aun cuando la hora no es á propósito para tratar de asuntos, que los Nollet exigen la devolución de la suma que les debe usted.

—¡Ah!

—El barón Luis, que es amigo de usted, á lo que parece, no era de esta opinión, pero sus hermanos quieren cobrar; ¿puede usted pagarles?

—No.

—Entonces, será preciso vender la finca de Avoise.

—¿Á quién?

—El barón se ofrece á tomarla á cambio de una cancelación completa de su deuda: ¿acepta usted?

—Como á usted le parezca.

—Usted es el que ha de decirlo, puesto que se trata de sus intereses. Yo he prometido al barón una contestación mañana por la mañana. ¿Qué le digo?

—Lo que usted quiera.

—Ya ves —dijo amargamente la marquesa— que siempre es de dinero de lo que se trata en esta casa.

—Elena—dijo su marido,—¿persistes en tu resolución?

—Sí.

—¿Serás inflexible?

—Me considero viuda.

—Así, pues, ¿no me perdonarás nunca?

—El porvenir lo dirá. Déjame sola con mi madre.

Y añadió con más dulzura:

—Te lo ruego.

Eran las tres de la mañana, y la luz de las lámparas, que empezaba á amortiguarse, hacía aparecer aún más pálida á la joven.

Cuando se encontró sola con la señora de Savignat, Elena rompió á llorar.

Su madre la desnudó, cerró las puertas, la acostó en su magnífica cama y se sentó á su lado reflexionando.

Había asistido á la escena entre el marqués y su hija, desde el principio hasta el fin, y Gaetano había opuesto las mismas objeciones que el señor Peyral á la posibilidad de una separación... la falta de pruebas, que el señor de Avoise era demasiado hábil para proporcionar á sus adversarios; y, sin embargo, era una existencia intolerable de la cual se hacía necesario salir; pero ¿cómo? ¿de qué modo?

El marqués había tenido un instante para obtener su gracia. Si se hubiese arrojado á los pies de las dos mujeres, era tiempo aún de convencerlas y arrancar, si no su perdón, la esperanza al menos de conseguirlo, poniendo término á sus desórdenes; pero el orgullo y la imagen de la señora de Peyral le habían detenido.

No se atrevía á aventurar promesas, que com-

prendía que eran falsas, cuando sólo el acento de la sinceridad hubiese podido triunfar de las dudas de Elena y de su madre: ese momento no debía presentarse más.

A las tres y media, la señora de Savignat se levantó y contempló a su hija, que se había dormido, vencida por el cansancio.

La besó tímidamente, por miedo á turbar su sueño, y se fué por donde había venido.

Cuando entró en su cuarto, la amenaza del marqués le sonaba en los oídos. ¡Suicidarse por una deuda de juego! ¡Saltarse la tapa de los sesos! Era una solución, era la libertad para Elena, y la tenía en su mano, puesto que no tenía que hacer más que cerrar los cordones de la bolsa; pero rechazó con horror este pensamiento.

—¡Ah, no!—dijo en alta voz.—Sería horrible; y—pensó interiormente—le aborrezco, es verdad; pero ¿por qué no se arrepiente?

Y se durmió, triste por las penas de su hija, pero con la tranquilidad de una conciencia recta.

## CAPÍTULO XII

El despacho de los señores Nollet se hallaba situado en el entresuelo de un inmenso hotel, cuyos jardines, que asombra el encontrar en esta época en el centro de París, son tan vastos, que bien pudiera instalarse en ellos una pequeña explotación agrícola.

Desde las ocho de la mañana, y más temprano aún algunos días, uno de los hermanos se instala en aquel despacho alhajado al gusto del primer Imperio, del cual es uno de los más puros ejemplares, y que los Nollet conservan con religioso respeto.

Aquel despacho ha sido honrado durante cuarenta años consecutivos, que empezaron en 1802, por la presencia del fundador de su dinastía, Luis Anselmo Nollet, el verdadero Nollet, el verdadero autor de su fortuna, y abuelo de los tres Nollet actuales.

A las nueve en punto, de la mañana siguiente á

la entrevista nocturna de la marquesa de Avoise con su marido, paró á la puerta del hotel Nollet una berlina, de la cual se apeó una señora que atravesando el patio principal, que se halla delante de las habitaciones ocupadas por los banqueros, entró en las oficinas y preguntó:

—¿El señor barón Luis Nollet?

Esta señora, que, á pesar de la sencillez de su traje, no tenía el aspecto de una cliente ordinaria, fué recibida inmediatamente.

—Soy yo—dijo,—y le traigo á usted la respuesta consabida.

El banquero, que estaba sentado delante de su bufete, adornado de cabezas de esfinge, de bronce cincelado y cubierto de legajos arreglados con un cuidado meticuloso, se levantó, adelantándose á aquella visita esperada, con toda clase de demostraciones amistosas.

—¡Y bien!—preguntó.—¿Qué han decidido ustedes?

La señora de Savignat, pues era ella, se sentó en un sillón de brocado verde con flores pálidas, y dijo:

—Estaba dudosa ayer, y casi decidida á un nuevo sacrificio...

—Y esta mañana...

—He cambiado de opinión. Una escena entre mi hija y su marido, á la cual asistí anoche, ha disipado mis buenas disposiciones.

—Su yerno de usted es incorregible, y, en confianza, aquí para entre nosotros, diré á usted que preveo una catástrofe....

—El marqués ha perdido al juego, como siempre.

—¿Una gran cantidad?

—Sesenta y cinco á setenta mil francos.

—Una bagatela—dijo hipócritamente el banquero.—Por lo general, las diferencias entre esos señores son de más importancia.

—Buen consuelo. ¿De modo que está usted decidido á tomar la finca de Avoise?

—Si usted no la quiere...

—Elena no tiene hijos, y puede suceder que el marqués sea el último de su raza, y que una calaverada de las que le sugiere su poco seso le arrastre á un desastre final.

El barón Nollet inclinó la cabeza con aire de profunda compasión.

—Es de temer—articuló.

—Mi yerno no tiene ya recursos. No creo que pueda contar con amigos bastante desinteresados para ayudarle en un caso desesperado, y esta noche hablaba nada menos que de suicidarse, si por acaso no podía satisfacer alguna deuda de honor.

Los ojos del banquero, sus ojillos de color de acero, que parecían tan fríos como la piel de un reptil, lanzaron un relámpago.

—¡Oh! El marqués ha dicho... que se... si no podía pagar... ¡Imposible!

—Lo he oído yo misma.

—Ese sentimiento le honra—afirmó el banquero.

—¿En qué?

—Porque prueba que la antigua sangre de los Avoise no está demasiado degenerada.

Y mirando bien de frente á la señora de Savignat añadió:

—¿Pero usted cree que lo haría de veras?

—Yo no lo sé.

—A veces se dicen cosas... por hablar; pero cuando se trata de dar un paso semejante... se retrocede... ¿no cree usted?...

—Parecía muy decidido.

—Pero, en fin, ¿usted qué opina?

—Yo creo—replicó la señora de Savignat—que el señor de Avoise, mejor inspirado, y comprendiendo que, una vez vendida su propiedad, no le queda nada, se resignará á ser juicioso, evitando el arriesgar en el juego sumas que no podría pagar, y no le niego á usted que, en esa esperanza, voy á liquidar sus deudas por última vez.

—¿Dice usted que por última vez?

—Sin duda: mi bolsillo no es inagotable, y sus locuras me exasperan. Así, pues, voy á pagar la suma que ha perdido anoche.

—Bien.

—Y le ofrezco á usted Avoise.

—¿Á cambio de su débito?

—Es demasiado poco—declaró la suegra;—quie-

ro conservar á mi yerno una cantidad para su bolsillo. Si la emplea mal, peor para él.

—¿Qué cantidad?

—En números redondos, cien mil francos.

—¡Diablo!

—Es mi proposición decidida.

—Voy á sorprender á usted.

—¿Aceptándola?

—Tal vez.

—No me sorprende, y aun gana usted, porque Avoise vale millón y medio por lo menos.

—Se forja usted ilusiones.

—Ninguna. ¿Está convenido?

—No puedo rehusar á usted nada... á usted—dijo el banquero con marcada intención.—Voy á llamar á mi notario, la escritura estará lista esta tarde y se firmará mañana temprano. Los cien mil francos serán entregados al marqués en el acto del otorgamiento.

—Está bien.

La señora de Savignat se levantó.

—¿No lo sentirá usted después?—preguntó el banquero.

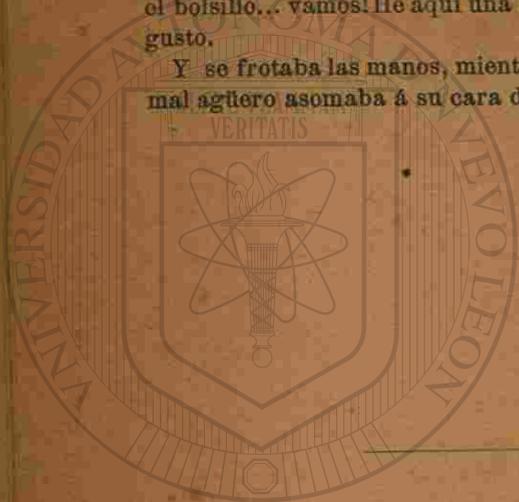
—De ningún modo.

—Hasta mañana, pues. Es usted una verdadera mujer de negocios, y me ha sacado usted una cantidad que pensaba guardarme.

Quando se vió solo el banquero, pensó en si el marqués hablaría sinceramente.

—Tengo mi desquite. ¡Renunciar él á las emociones del tapete verde con cien mil francos en el bolsillo... vamos! He aquí una suma que doy con gusto.

Y se frotaba las manos, mientras una sonrisa de mal agüero asomaba á su cara de zorro.



### CAPÍTULO XIII

La señora de Savignat volvía entre tanto á su casa; iba humillada y furiosa del papel que le imponía su yerno obligándole á dar pasos que la disgustaban, y á los cuales no estaba acostumbrada.

Durante toda su vida, los Savignat sólo habían tenido victorias comerciales, ganando dinero sin cesar, y ahora, á cada instante, era preciso desmembrar el capital adquirido con tanto trabajo para pagar deudas, para acallar acreedores, para llenar los abismos abiertos por aquel derrochador.

Estaba exasperada; pero su dignidad la hacía contenerse, y no mostrar su exasperación.

Sus sirvientes lo adivinaban en cierto brillo de los ojos pardos de la *patrona*, como seguían llamándola en la intimidad de la cocina; en su frente, que dividía una arruga vertical que hacia juntarse sus espesas cejas, y sobre todo en sus labios apretados por un mohín especial.

Rabiaba de su impotencia para evitar el mal y recobrar á su hija, mientras su excelente caballo trotaba á lo largo de los bulevares en la animación de la mañana, la hora de los negocios.

El marqués había tenido las mismas reticencias que el abogado en su conversación con Elena.

—¿De qué me acusas?—decía.

Asimismo se expresaba el señor Peyral, y las palabras *pruebas, pruebas*, zumbaban en los oídos de la suegra con una insistencia burlona.

¿Para qué sirven los millones, la riqueza sólida, si los padres no tienen el derecho de decir á un yerno que causa la desgracia de su hija única y que la atormenta con disgustos y decepciones: «Sepárennos: devuélvemé esa hija que te he dado por error: todo se ha acabado?»

Había además un hecho que la sublevaba y la estremecía hasta la médula de los huesos, y era la disipación enorme, monstruosa á sus ojos de aldeana, y contra la cual se levantaba su espíritu de ahorro.

¡Ah! ¡Qué caro costaba comprar un nombre sonoro, el tener una hija marquesa, con derecho á poner un blasón en la punta de sus pañuelos y en la portezuela de sus coches!

Y aun si esa disipación desordenada fuera su sola queja contra aquel marido de otra esfera social; si hubiese rescatado con cuidados y atenciones aquel defecto capital á los ojos de una mujer

prudente, incapaz de tolerar un desarreglo en la balanza del debe y haber; si se hubiese mostrado encantador en su desorden y cariñoso con la pobre muchacha que arruinaba cuanto podía, arrancándola concesión tras concesión; si hubiese tratado de obtener su perdón á fuerza de caricias, la madre hubiera podido disculpar ese vicio, á pesar de lo que la contrariaba, y hubiese tratado de remediar el daño, tratando al delincuente con relativa indulgencia; tenía el alma grande y generosa; pero el marqués había cometido otras culpas, y la señora de Savignat tenía resentimientos muy fundados contra él. Había oído alusiones, recibido confidencias, y Gaetano no se tomaba ni aun el trabajo de desempeñar para con Elena la comedia del amor; la desdeñaba, y ni siquiera había roto sus antiguas relaciones al casarse con ella, probando descaradamente con su conducta, con su actitud, con las lecciones dadas á veces á la joven con una altanería mal disimulada, que la consideraba de una sangre inferior á la suya.

Ciertamente que en él la forma salvaba el fondo; pero Elena y su madre tenían demasiada inteligencia para no comprender á media palabra una alusión picante, y, por estar revestida de precauciones, no dejaba de herirlas.

En suma: el marqués trataba al dinero con un desdén insultante, y á la marquesa como á una colegiala cuya educación no está terminada.

— Así, pues, Elena parecía destinada á arrastrar su vida, que debía ser tan hermosa, en aquella lucha y aquellos disgustos que cada día eran mayores. Cinco años de esfuerzos, de concesiones, de tentativas, no probaban acaso que el mal no tenía remedio? Era preciso acabar; pero ¿cómo? Dando al señor Peyral las pruebas que exigía, y esas pruebas era preciso alcanzarlas, costase lo que costase.

En un momento, durante el trayecto desde la calle Poissonnière á la plaza de Vendome, el plan de la *patrona* se formó en su pensamiento claro y preciso.

Daría á su abogado lo que pedía, y en seguida se ocuparían del porvenir.

Bien armados contra el marqués, usarían de sus armas ó las tendrían en reserva, según su conducta.

Al llegar á su casa, se encerró en su gabinete y reflexionó. Su yerno le costaba una vez más ochenta mil francos en una sola noche; pero gastaría el doble ó el triple, si fuese necesario, para deshacerse de él.

Se había sentado delante de su *secretaire*, medio escondido por un biombo, y se disponía á llamar en un timbre eléctrico, que estaba al alcance de su mano, cuando una ligera tos le hizo volver la cabeza, é inclinándose un poco vió á Elena, que la examinaba con curiosidad.

El dedo de la madre se quedó en el aire, y le preguntó:

— ¿Qué haces ahí?

— Esperando.

— ¿Á qué?

— ¡Ya lo sabes!

— ¡Ah! Sí, dinero. Es verdad, lo he prometido.

Arrancó violentamente una hoja de un libro talonario, escribió rápidamente dos renglones y, después de firmar, se la alargó á su hija, diciendo:

— Toma— y añadió:— de hoy en adelante no más deudas: ¿comprendes?

— Sí.

— Porque no las pagaría. Anda.

Elena iba á marcharse; pero su madre la detuvo.

— Espera un momento— dijo.— ¿Dónde está tu marido?

— En mi cuarto.

— Ya sabes que no tiene nada.

— Tiene Avoisé.

— Está vendido.

— ¿Desde cuándo?

— Desde esta mañana. Vengo de la casa de banca Nollet, donde debía 1.200.000 francos. El barón Luis me ha ofrecido tomar su finca por su deuda, y como me autorizó para arreglar este asunto según me pareciese, he admitido su proposición.

Elena suspiró.

—Es el fin de su patrimonio, el último resto de sus bienes—continuó la madre,—y lo ha devorado, como todo lo demás. Se acabó todo. La escritura se otorgará mañana temprano. Si los Avoise ven desde el fondo de sus tumbas lo que pasa, deben estar contentos de su descendiente. Avisale.

—Está bien.

—El señor Nollet dará cien mil francos; los he obtenido para tu marido; y, aunque pudiera guardármelos para reembolsarme algo de lo que me debe, se los dejo. Repítele mis palabras de anoche. Es el último sacrificio: no quiero en adelante dar ni dinero ni consejos: estoy harta: tu marqués malgasta el dinero y no sigue los consejos. Si vuelve á caer en sus tonterías, habrá que llevarle á los Incurables.

Y al decir esto contemplaba con una irritación nerviosa las dulces facciones de su hija, aquel rostro juvenil que había conocido tan alegre y sobre el cual un aburrimiento profundo, una especie de repugnancia y de desaliento, habían impreso su huella, y sus dedos se contraían en una muda explosión de indignación y de rabia. Haber trabajado tanto y con un éxito que ni el marido ni la mujer podían soñar en sus montañas; haber desgastado su cuerpo y su alma con un trabajo incesante, pensando en la dicha de aquella hija única, educada con tanto mimo, rodeada de una ternura ex-

clusiva, para verla más desgraciada que si, pobre y simple aldeana, hubiese al menos tenido la dicha de poseer el apoyo de un corazón amante y de un compañero dedicado á su felicidad.

—¿Á qué altura estáis?—preguntó brusca-mente.

—¿En cuanto á dinero?

—Sí, en cuanto á dinero, del cual se habla sin cesar en esta casa.

—El señor Chapuset nos ha adelantado cerca de diez y ocho meses de nuestras rentas, y no quiere dar más.

—Tiene razón. Yo le he dicho que guarde sus fondos. ¿Entonces estás sin un céntimo?

—¿Qué me importa?...—Y dos lágrimas rodaron por sus mejillas; pero no era la falta de dinero lo que las hacía correr.

Su madre la atrajo violentamente hacia sí, y la besó.

—No temas nada, que estoy yo aquí. Hemos cometido una tontería, y la repararemos.

—¡Ay!

—Tú podrás juzgar á fondo á tu marido de aquí á algunos días: ya están sus negocios arreglados. No posee nada, pero tampoco tiene deudas, y esto ya es algo. Tiene una ocasión magnífica de convertirse; pero morirá impenitente, y temo que sus 100.000 francos se evaporen com<sup>o</sup> todo lo demás.

—¿Has visto ayer á Peyral?

—Sí.

—¿Qué dice?

—Nada bueno.

—¿Acerca de mí?

—¡Naturalmente! ¿De quién quieres que le hablé?

—¿Es difícil de obtener una separación?

—Es casi imposible, pero la conseguiremos.

Elena palideció, y su rostro expresó una tristeza que no se escapó á la mirada de su madre.

—¿Le amarías aún?—dijo, frunciendo el entrecejo.

—No.

—Sería una cobardía.

—Pero no posee ya nada; tú lo has dicho, y no es posible abandonarle así.

—Ya he pensado en ello.

—Entonces... ¿qué será de él?

—No tengas cuidado; le aseguraremos una renta suficiente. Llevas su nombre, y todos los jueces y abogados del mundo no pueden evitar que hayas sido su mujer. No le faltará nada. Por lo demás, déjame obrar á mi antojo. Sólo exijo de ti una promesa.

—¿Cuál?

—Júrame que no te prestarás á ninguna concesión, puesto que de nada sirven, y que me consultarás antes de tomar cualquiera resolución.

—¿No lo he hecho siempre?

—Anda, hija mía.

La señora de Savignat cogió entre sus manos la cabeza de Elena y la besó por largo rato.

En el portal se oía el rodar de un coche: era la victoria del marqués, preparada para salir.

—Adiós—suspiró Elena,—y gracias. Está esperando.

—Una salida más que cuesta bastante dinero—dijo la suegra.

Hay presentimientos, y la joven subió á su cuarto con el corazón oprimido; presentía una catástrofe; el barón Nollet había pronunciado la palabra y flotaba en el aire.

La situación estaba demasiado tirante: se acercaba el rompimiento, y el corazón de Elena se aferraba aún á su sueño por alguna fibra.

## CAPÍTULO XIV

Después que se hubo marchado su hija, la señora de Savignat esperó un momento y llamó.

Un criado con frac negro, el mayordomo de la casa, antiguo mozo de oficinas en la época de los negocios, se presentó tan pronto como si hubiese estado de centinela á la entrada del gabinete.

—Cierre usted la puerta, Lorenzo—ordenó la patrona.

El criado obedeció.

Era un hombre como de cincuenta años, bajo, grueso y cuadrado de espaldas, de aspecto honrado y servicial, con la cara afeitada y la mirada viva.

—¿Lorenzo!—dijo la señora de Savignat:—estoy cansada de ver á mi hija triste y llorando de la mañana á la noche.

—¿Por culpa del señor marqués?

—Por lo que quiera que sea. Por culpa del señor marqués, tal vez: nos hemos equivocado, y es preciso atajar el mal.

Lorenzo sabía escuchar, y miraba fijamente á su ama, tratando de adivinar su pensamiento.

—Para remediar el mal, hay que conocerlo—continuó ella.—Quiero, pues, en dos palabras saber lo que hace mi yerno todos los días, adónde va, qué sociedad frecuenta, y las casas en que pierde su tiempo y su dinero. ¿Se le puede seguir sin que lo note?

—Sí, señora, con algunas precauciones...

—Necesito un hombre seguro; usted, por ejemplo, Lorenzo.

—Pero á mí me reconocerá el señor marqués á treinta pasos.

—Se quedará usted á cincuenta, y eso es todo.

—Si la señora lo manda...

—Y me dará usted cuenta de sus pasos.

—Bien, señora.

—No economice usted nada, si necesita tomar datos reservadamente: ¿me comprende usted?

—Perfectamente. ¿Cuándo debo empezar?

—¿Cuándo? Ahora mismo; cuanto antes mejor.

Y añadió para sí misma la señora de Savignat:

—Así no esperará mucho ese buen Peyral.

Luego, tomando un rollo de monedas de oro de un cajón, se lo dió al mayordomo y le dijo:

—Para los primeros gastos; y no lo economice usted. Quiero saber—añadió con autoridad;—y lo que quiero, lo quiero bien.

Lorenzo no lo ignoraba, pues desde hacia más de

treinta años que estaba al servicio de los Savignat, conocía y á fondo la energía de la patrona que ordenaba este espionaje, como en otro tiempo hacia un pedido de piedra á la cantera, ó contrataba sacos de yeso ó de cemento para una construcción.

—Vaya usted, Lorenzo—dijo,—y entremos en campaña.

El marqués esperaba, en efecto, con impaciencia en su saloncito á Elena.

Tenía el respeto de las deudas de honor; y él, que á poder, hubiera hecho esperar diez años al zapatero ó al sastre, pagaba en el acto sus deudas de juego.

Hasta entonces, aunque la fortuna le iba abandonando y se retiraba de él poco á poco, como una marea que baja, nunca le habían faltado recursos. Primeramente, desde su juventud había tenido siempre bienes considerables á su disposición, y tiraba la fortuna como quien deja correr el agua de una fuente, pensando que el manantial no ha de agotarse nunca. Se agotó, sin embargo; pero entonces había encontrado en la fortuna de los Savignat un nuevo filón que explotar, del cual había dado cuenta en cinco años.

Sin duda que la marquesa era rica y continuaba poseyendo sus magníficas fincas, defendidas por las precauciones de que el señor Peyral las había rodeado, como una fortaleza á la cual protegen murallas y rastrillos; pero ni aun la misma

marquesa podía disponer de su capital, y, en caso de pérdida imprevista é importante, no podían serle de ninguna utilidad, puesto que el señor Chapuzet, su administrador general, después de haber tenido la debilidad de adelantar grandes sumas á cuenta de las rentas, negaba nuevos anticipos, tanto por prudencia cuanto por no disgustar á su poderosa cliente la suegra del marqués, que así lo deseaba.

Por otra parte, la finca de Avoise acababa de ser vendida y no había ya medio de tomar dinero sobre ella, y la señora de Savignat, que, en caso de una catástrofe, hubiera podido ayudarle, declaraba que su caja estaba cerrada como la de Chapuzet.

El marqués, pues, tiranizado por sus dos pasiones, la que sentía por las mujeres, y que ahora se reconcentraba por completo en la señora de Peyral, y su terrible afición al juego, se daba cuenta exacta de que le habían rechazado hasta su última trinchera, y, cuando la noche anterior, Elena le había dicho «ten cuidado, es tu honor el que arriesgas», le había sacudido un estremecimiento, cruzando por su mente la idea de que era ya tiempo de poner orden en su vida.

Lo que su mujer se había atrevido á decirle, se lo había dicho él mil veces, y tenía algunos momentos de lucidez en los cuales parecía un caballo desbocado que se para de pronto, estremecido,

al borde de un precipicio; pero bastaba un espulazo, un capricho del conde Pablo, su ángel malo, ó el encuentro de alguno de sus amigos de otros tiempos que permanecían solteros, como Tallerrando ó de Fresne, para que se lanzase otra vez á la carrera.

Cuando Elena entró en el saloncito, su marido, que estaba apoyado sobre la chimenea, la acogió con esta interrogación:

—¿Qué hay?...

La joven le entregó el *cheque* firmado por su madre, diciéndole, tan friamente que atajó las palabras de agradecimiento que iba á pronunciar su marido:

—Ya sabes que es el último.

Y añadió en el mismo tono:

—¡Ah! Una noticia.

—¿Cuál?

—Avoise está vendido.

El marqués palideció de vergüenza y guardó silencio.

—El barón se quedó con la finca por complacencia—añadió Elena.—No queriendo mi madre pagar tus deudas, era el único medio, y yo no la he pedido que te conserve ese último resto de tu fortuna porque creo que no debes apreciarlo en mucho cuando por dos veces te has expuesto á perderlo. La escritura estará lista mañana, y, al otorgarse, el barón te entregará cien mil francos

que mi madre ha conseguido para ti. Es lo último que puedes esperar de nosotros.

Y diciendo esto pasó á su cuarto, cuya puerta cerró.

El marqués tuvo aún un segundo psicológico á su disposición. Elena se ahogaba de pena, y, si su marido se hubiese arrojado á sus pies, hubiese obtenido un perdón que tal vez deseaba otorgarle; pero dejó pasar ese momento, no sin alguna vacilación. Los cien mil francos de su enemigo secreto le deslumbraban.

—¡Bah!—pensó.—Es poco para tentar á la suerte, pero lo bastante para ser libre algunos meses... Después ya veremos.

Un instante después, su victoria le llevaba, arrogante, con una rosa en el ojal y la sonrisa en los labios.

## CAPÍTULO XV

El marqués no era un hombre ordinario, afortunadamente para él y aceptaba los desagradados á que le exponían su frivolidad y su ligereza con una gran filosofía.

Entregado por completo á la impresión del momento, pertenecía á la pasión, que, más fuerte, triunfaba durante una hora en aquel corazón vulnerable.

Libre de sus preocupaciones de dinero, gracias á la generosidad de su suegra, no pensó ya más que en los medios de recobrar á su antigua amante.

Era, en verdad, tentadora, aunque tal vez hubiera podido librarse de su encanto y de la seducción que de ella se desprendía, como el perfume de una flor, un hombre á quien antes no hubiese amado: no era éste el caso del marqués, porque nada iguala al frenesí de un amor mal apagado por las contrariedades que separan á los amantes.

Cuando este fuego se aviva, algunos meses ó algunos años más tarde, por una aproximación que hace brotar la chispa, el incendio es mil veces más violento. Por lo demás, el marqués no dudaba de llegar á sus fines. Es difícil que una mujer no ceda al hombre á quien ha dado las primicias de su amor, para el cual no tiene secretos, y que se arroja á sus pies rogándola que le conceda favores que ya ha gozado y contra el cual el pudor, vencido una vez, no la defiende.

El marqués tenía demasiada experiencia para ignorar esto, y se prometía que la señora de Peyral, á pesar de sus juramentos, se dejaría convencer y no provocaría con sus rigores á un antiguo amante, cuyas audacias podrían perderla.

Ésta fué una desgracia para él. Dominado por este retroceso de pasión en el cual entraba de todo; deseo avivado por la presencia continua de aquella hermosa mujer; celos envidiosos al verla en poder de otro; amor propio ajado y, en fin, un deseo de represalias contra el hombre que suponía su adversario natural y encontraba frente á él en todas partes, olvidó lo que debía á la marquesa, como de costumbre, sin sospechar siquiera que sólo deseaba salvarle.

En cuanto á la señora de Peyral, cuando el marqués se hubo marchado, pudo respirar y entregarse á la reflexión; el peligro había pasado; pero la audacia de su amante le aterraba, y veía

desvanecerse sus tres años de tranquila felicidad, de los cuales sólo le quedaba el recuerdo, y que en un instante se perdían en las profundidades del pasado, como una puesta de sol que se esconde tras de las montañas ó se precipita en los profundos abismos del mar.

En adelante, proveía la lucha entre ella y aquel amo que en otro tiempo se dió voluntariamente.

Durante sus cortas relaciones con él, cuando buscaba una afección, un apoyo, dispuesta á entregarse por completo, sin cálculo ni otro móvil que distraer su soledad, no había tardado en replegarse sobre sí misma, herida por la sequedad de corazón de aquel egoísta que ni aun se tomaba el trabajo de disimular sus vicios, vanagloriándose, por el contrario, de ellos, y ahora se sentía en peligro, á pesar de las protestas de cariño con que velaba sus amenazas.

Sentía realmente asco al pensar que en aquel cuarto, donde ella encerraba su dicha; en aquella casa que pertenecía al hombre generoso á quien se lo debía todo, hacía un momento que otro hombre cínico le había hablado de amor como á una perdida, proponiéndole una traición, una infamia, y que se había visto obligada á bajar la cabeza ante aquel hombre que tenía en su poder las pruebas de una falta que se arrepentía amargamente de no haber confesado, y cuyo peso caía todo so-

bre ella. Su honor, su porvenir, su tranquilidad, todo estaba á merced del marqués.

Continuaba inmóvil en el mismo sillón en que se sentó para escribir la dirección grotesca que su antiguo amante le había dictado, con la frente inclinada sobre el *secretaire* y sus dedos crispados entre sus cabellos, cuando sintió sus manos delicadas cogidas por otras de hombre, y una cabeza que se inclinaba sobre la suya, al mismo tiempo que su marido murmuraba en su oído:

—No temas, soy yo.

Era, en efecto, el señor Peyral, y el corazón de la joven dió un salto en su pecho al pensar que algunos minutos antes hubiera sorprendido al marqués violando aquel retiro íntimo que jamás debía pisar.

¿No valía más acaso decirlo todo, confesar sus faltas, que vivir constantemente en la más horrible inquietud, en continua alarma, y por fin, ¿quién sabe!, tener tal vez que soportar las insolencias de aquel amante que pretendía reinar de nuevo después de haberla abandonado por su sola voluntad?

Á esta idea levantó hacia su marido los ojos, que estaban húmedos y que brillaban por la fiebre.

El abogado notó con sorpresa su expresión temerosa.

—¿Qué tienes?—la preguntó.

—¿Yo?—dijo ella con un estremecimiento.—Tengo miedo.

—¡Miedo! ¿De qué?

—Tengo miedo—repitió ella lentamente—de que se acabe nuestra felicidad.

—¡Extraño temor, que no me asalta! Yo no temo á nada en el mundo si no es á perderte, y espero que te conservaré toda mi vida, porque, en el orden natural de las cosas—añadió con su acostumbrado buen humor,—yo soy el que debe morir antes, ¡y lo más tarde posible! ¡Lucharé, qué caramba!...

Y la llevó hacia el diván diciendo:

—Que nunca sea mi vida mejor ni peor que es hoy, y en el resto de la humanidad no habrá un solo hombre que me inspire envidia. Jamás he estado mejor inspirado que el día en que subí á tu buhardilla, que me parece ver aún con su cretona alegre y el perfume de tus veinte años.

—Veinticuatro—dijo ella.

—¿Crees tú eso? Me parece que echó mal la cuenta el sacristán de tu pueblo; si ahora mismo no tienes más que veinte, ¿cómo es posible que tuvieses veinticuatro en aquella época? Siempre los tendrás á mis ojos; no me interrumpas: ya he perdido el hilo de mi discurso por culpa tuya.

—¡Oh! Un abogado de tu talento...

—Decía, pues, que jamás estuve mejor inspirado que cuando fui á pretenderte, porque ni soñada puede haber una compañera más buena, más cariñosa y mejor que tú. No tengo ni un solo mo-

mento de mal humor ó impaciencia de qué acusarte, y si San Pedro, el portero del Cielo, no te abre de par en par las puertas de la gloria, le pondré pleito. Así es que, cuando comparo nuestro modesto hogar con el de nuestros opulentos vecinos, me parece que el uno es el paraíso y el infierno el otro.

—Eso es precisamente lo que me da miedo.

—¿Por qué?

—Porque soy demasiado feliz.

En un arranque de entusiasmo la levantó como si fuese una pluma, la estrechó sobre su corazón henchido de elocuencia, como solía decir en sus accesos de alegría, y dijo:

—¿Vámonos á paseo?

—Aun no—murmuró Matilde, preocupada é indecisa.

¿Debía turbar aquella alegría, arrancar á aquel hombre la absoluta confianza en que vivía? ¿Y para hacerle saber, qué cosa? La historia vergonzosa de una debilidad cuyo solo recuerdo hacía brotar amargo llanto á sus ojos. ¿Cómo empezar esta lamentable confesión? ¿De qué modo conven-  
car á aquel marido, tan locamente enamorado, de que había tenido amores con el marqués sin quererle? Y, sin embargo, era verdad, pero presentaba mil objeciones.

¡Si creyese—los corazones amantes tienen esas locuras—que las relaciones no se habían inte-

rrumpido! ¡Si fuese á caer en la terrible obsesión de los celos, y atando cabos; las audacias del marqués, sus maquinaciones, sus apartes con ella, llegase á creer que, falsa y disimulada cuando debía hablar, lo hacía ahora sólo por ocultarle una parte de la verdad y engañarle mejor!

¡Ah, no! Era imposible; no podía hablar, porque entonces aquella vida tranquila y dichosa quedaría rota en mil pedazos, como un vaso que se arroja contra el suelo, y sería sustituida por otra de desconfianza, de temor, de quejas y de riñas.

¡Y si, lo que era peor aún, su marido fuese á suponer que no era aquélla su única aventura, si llegase á creer que no se había dado, sino vendido! ¡Si quisiera conocer detalles y profundizar aquel asunto, como los demás, saber dónde y cómo habían ocurrido las cosas, someterle á un interrogatorio como un juez, cuyos derechos tenía!

Tendría entonces que confesar también aquellas noches de orgía en los gabinetes del Café Inglés con los amigos que el marqués invitaba, y que el señor Peyral encontraba en sociedad, hasta en casa de la señora de Savignat, el barón de Tallerrande, el conde de Fresnes y otros; de modo que, aun cuando perdonase, la existencia en París no sería tolerable.

¡Estar expuesta á cada paso á sonrojarse delante de los testigos de su vergüenza! Jamás lo sufriría su marido.

Todas estas reflexiones, confusas y rápidas, pasaron en un momento por su acalorada imaginación.

En suma: lo que comprendía, sobre todo en aquel fugitivo instante, es que iba á matar, no solamente su felicidad, á la cual se aferraba con la desesperación de un naufrago al madero que le sostiene, sino también la de su marido, y que todo se destruiría en un instante, desapareciendo, para nunca más volver, aquel sueño de dicha en que vivía hacia ya tres años.

Su angustia era tan visible, que el abogado la observaba en silencio sin alcanzar á comprender la causa, y, estrechando las manos de su mujer, las sentía temblar entre las suyas como en un acceso de fiebre.

Por fin levantó Matilde la cabeza, y fijando en su marido una triste mirada murmuró, como si cediese á una fuerza superior:

—No, es imposible; no puedo, no puedo.

El señor Peyral, con su clarísima inteligencia, sufría una especie de sobresalto, preguntándose, en el perfecto conocimiento que tenía de las miserias humanas, si aquella extraña turbación no ocultaría uno de tantos misterios cuya confidencia recibía diariamente; pero, rechazando la duda que le asaltaba, se dijo á su vez: «es imposible», y, volviendo á sentarse al lado de su mujer, trató de tranquilizarla.

—¿Qué es lo que tienes?—dijo con cariñosa solicitud.—Nunca te he visto así.

—No lo sé—murmuró ella.

—¿Sufres?

—Sí, de un malestar repentino:—y llevó la mano á la cabeza.—Aquí—añadió, dichosa de que se le hubiese ocurrido aquella mentira.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace algunos días.

—¿Y me lo ocultabas?

—Por no alarmarte.

—¿Quieres que se llame á un médico?

—¿Para qué? Ya se me ha pasado.

El señor Peyral lanzó un suspiro de satisfacción.

—Ibamos á salir—repuso;—pero si lo prefieres...

—Al contrario—replicó ella vivamente.—Vamos. ¿Tienes coche?

—Sí.

—Pues pronto, mi abrigo y vámonos.

Se envolvió apresuradamente en una capa de pieles, se puso una capota, tanto más elegante cuanto que era obra suya, y en un momento estuvo lista.

Acababa de tomar una resolución: la de luchar con todas sus fuerzas, de extremar sus cuidados para con su marido y defender aquella felicidad á la cual no quería renunciar.

Al pasar por delante de un espejo vió, por rápida mirada, su imagen pálida como la cera, y se dijo:—No puedo: es superior á mis fuerzas.

Dos minutos después, una berlina de alquiler les llevaba hacia la calle Real y los Campos Elíseos.

El señor Peyral estaba inquieto y reflexionaba. Era la primera vez que Matilde parecía experimentar una emoción ó incomodidad de importancia, y al atravesar la plaza de la Concordia le dijo tímidamente:—¿Qué susto me has dado!

Matilde quiso borrar aquel instante de duda, y, acercándose al oído de su marido, le murmuró con acento de profunda ternura:

—Entonces, ¿es que me quieres mucho?

—Sí, te quiero...

—También yo te quiero—le dijo ella,—y te juro quererte siempre, y sólo á ti; pero quisiera vivir lejos del mundo, los dos solos, en un rincón del paraíso... ¡qué sueño!

Su marido la atrajo hacia sí, y, sin preocuparse en lo más mínimo de los transeúntes que le velan por las ventanillas, la besó con pasión. Luego, mirándola bien de frente, vió que tenía los ojos enrojecidos y que resbalaban por sus mejillas dos lágrimas, que recogió con sus labios, diciendo:

—¡Las pagaría con mi vida!

darse este nombre á las efímeras intrigas en las cuales una mujer de posición tiene tanto qué perder y nada qué ganar.

La baronesa había pensado, en un día de aburrimiento ó de lluvia, que no era posible circunscribir los deseos de toda la vida á las distracciones que procura la intimidad de un hombre de negocios, preocupado constantemente con los números y el movimiento de sus capitales, y como consecuencia de este pensamiento profundo había probado á estudiar seriamente las alegrías que se pueden obtener de un hombre de la buena sociedad lanzado en el torbellino de una existencia de placeres y voluptuosidades refinadas y misteriosas.

Al escoger al marqués para esta experiencia, no obraba sin reflexión. El banquero y el pródigo eran los dos polos opuestos del juicio y del desorden, de la inflexibilidad y de la gracia; así es que esperaba encontrar en aquel devaneo dichas inefables; pero le bastaron pocos días para sufrir el mayor de los desengaños, como sucede comunmente á los extraviados en busca de placeres desconocidos, que la mayoría de las veces les proporcionan, sin encontrarlos ellos mismos, y por una ley natural de contrastes, á medida que el marqués perdía en su estimación, el marido se realzaba á sus ojos, no tardando en advertir que el encanto de una aventura de ese género no valía el trabajo que costaba y los peligros á que expone, pues la última escena de la comedia pudo

## CAPÍTULO XVI

El barón de Nollet había recobrado sin la menor dificultad la posesión de su legítima propiedad, gracias al perdón tácito y magnánimo concedido á la hermosa rubia que llevaba su nombre y se prestaba á encantar sus ocios. Para administrar completa justicia á cada cual, debemos consignar que las relaciones de la baronesa con el marqués de Avoise no habían tenido más base que la curiosidad. Bien es verdad que casi siempre ceden las mujeres á ese sentimiento, engañadas por las redes que les tienden los hombres, como caen engañadas por los espejos las alondras.

La baronesa no era lo que puede llamarse una mujer de pasiones: se ocupaba con preferencia de modas, de reuniones, de bailes y de teatros.

Las modistas, las sombrereras y las visitas á los grandes almacenes ocupaban una gran parte de su vida, y, una vez terminada esta tarea, le quedaba muy poco tiempo para el amor, si puede

degenerar en drama, con un hombre de otras condiciones que el barón.

Este desenlace tuvo por resultado el decidir á la baronesa á una formalidad definitiva y á una expiación cuyos beneficios recogía el banquero.

Á partir de aquel día, sólo tuvo un deseo: borrar las huellas de aquella corta aventura, de modo que no quedasen pruebas ni documentos con los cuales pudiera entretenerse la crónica escandalosa; y tenía tanto más empeño en ello, cuanto que su marido, con una malicia excusable en su situación, la enteraba diariamente de los reveses de fortuna y contratiempos de su antiguo amante.

Así, pues, el hombre de negocios ofreció á su mujer con alegría triunfante la última finca, la tierra patrimonial de su rival.

—Afortunado en amores...—le dijo al darle la noticia.—Es el último resto del naufragio: de hoy en adelante, las mujeres tendrán que quererle por su linda cara.

Luis Nollelet dejó comprender, además, que, á menos de una conversión milagrosa en los anales del juego, el marqués corría á su perdición como si fuese presa de un vértigo. Se enajenaba el amor de su mujer y se atraía el odio de su suegra, con la cual, el día en que viniera una mala racha en el juego, no le quedaba más que un recurso, «inútil decir cuál, puesto que es hombre de buena raza, añadió el banquero saboreando su venganza. Es

seguro que no soportará un desastre que atente á su honra como caballero».

Una noche contó á la baronesa, mientras comían, que sus amigos del club, Tallerande y otros, aseguraban que coleccionaba los retratos y las cartas de sus amantes, y que tenía tantas como aventuras se atribuyen á D. Juan Tenorio.

Esta colección debía estar en un entresuelo que el marqués había conservado, á pesar de su matrimonio.

—¡Dios sabe—añadió—lo que se descubrirá en aquellos cajones, si acaba mal, ó su suegra descubre el nido!—Éste era un aviso indirecto, y la baronesa lo comprendió así.

Su marido ponía empeño en mostrarle á su amante arruinado por completo y sostenido únicamente gracias á la fortuna de una mujer á quien engañaba, y de una suegra irritada que procuraba un rompimiento inmediato.

Tanto hizo el barón, que acabó por amedrentar á su mujer, temiendo verse comprometida en una catástrofe que la pintaba como inminente; y sólo pensó ya en el medio de recobrar sus cartas, que pudieran ir á parar algún día á manos indiscretas.

Mejor que nadie sabía cuál era aquel entresuelo donde también ella había dejado recuerdos.

Tres días después de la entrevista del marqués con la señora de Peyral se fué á la calle de Lisboa, vestida de oscuro y con la cara cubierta por un velo.

Conservaba aún una llave de la habitación del marqués, y pasó por delante de la portería sin preguntar, como quien sabe adónde va.

El portero, instalado cómodamente en su celda y tranquilo por el buen porte y elegancia de la hermosa rubia, ni aun se movió, continuando la lectura de un folletín, que parecía interesarle en alto grado.

Pasado este escollo, el resto del camino era fácil, y, una vez llegada á la meseta del entre-suelo, la baronesa llamó, deseando ardientemente que no salieran á abrir, como sucedió en efecto. No había nadie, y la irrupción podía hacerse sin el menor obstáculo.

Entró, pues, en la antesala, á la cual daban varias puertas.

La habitación se componía de un salón, un comedor y dos alcobas, y el marqués la había amueblado con exquisito gusto.

Es difícil imaginar un cuarto á la vez más elegante y más confortable, á pesar de sus pequeñas dimensiones. La alcoba principal, sobre todo, era una obra maestra; un nido encantador, cuyos colores artísticos, así como el perfume de que estaba impregnado, provocaban deseos voluptuosos.

La cama, grande y baja; los sillones, la gruesa alfombra y la inmensa piel de oso blanco, en la cual se hubiera podido dormir; la figura de bronce del reloj de sobremesa; los espejos artísticamente combinados; el techo pintado de amorcillos

que se abrazaban entre nubes, y las paredes recubiertas de damasco con rosas, como asimismo las cortinas, formaban un conjunto armonioso en el cual no había una sola nota discordante.

La baronesa lanzó una mirada rencorosa á todos aquellos objetos, testigos de una debilidad que juzgaba estúpida, y, sin perder tiempo, se puso á buscar lo que pretendía recoger.

Estaba decidida á todas las violaciones; pero ¿dónde estaban las cartas? En vano registró todos los rincones del cuarto, abrió los cajones, miró en los armarios; nada.

Corrió al salón, y lo revolvió por completo, sin mejor éxito. Ya empezaba á desesperar, cuando, en otro cuarto, destinado á tocador, descubrió en un rincón bastante oscuro, á causa de las cortinas corridas y las persianas cerradas, un mueblecito, especie de *secretaire*, y el único que le quedaba por registrar; pero estaba cerrado.

Dando vueltas por el cuarto, acabó por descubrir, en una copa de jaspe, y entre varios objetos pequeños, guantes olvidados, sortijas y gemelos de camisa, un llavero, entre cuyas llaves tuvo la suerte de hallar la que buscaba, y abrió con ella el mueble, que encerraba una cantidad fabulosa de recuerdos amorosos.

Tuvo la curiosidad de examinar una á una las muchas fotografías que allí había revueltas sin el menor orden, y leyó las impresiones del marqués acerca de los originales que había tenido el capri-

cho de anotar, y algunos de los cuales no eran galantes. La mayoría de los retratos sólo tenía una fecha, y por fin, después de repasar toda la colección, algunos de cuyos ejemplares conocía, lanzó un suspiro de satisfacción, murmurando:

— ¡Al fin!

Acababa de encontrar su propio retrato.

Pero su alegría fué de corta duración, y de pronto arrugó el entrecejo. En el revés del retrato dado á su amante en un momento de exaltación, acababa de leer algunos renglones que fijaban las impresiones del marqués.

« Hermosa como el día, fría como el Spitzberg, enamorada de sí misma, é incapaz de inspirar un capricho de más de cuarenta y ocho horas. Buena para el diario de un hombre de negocios, burgués mezquino. Sólo conoce de la depravación el deseo, y del amor el nombre. Encantada de tener rentas. No haría dinero en la plaza ».

Y debajo una fecha: 15 de Enero de 1887.

La baronesa estaba livida de coraje, tanto más cuanto que, al lado de su retrato, encontró otra con la siguiente nota:

« El propio amor: la mujer ideal que nunca se olvida ».

— ¡La señora de Peyral! — murmuró. — ¡También ella!!! — y le ahogaba la indignación. Es fácil de suponer su despecho y su furor después de la sangrienta herida que había recibido su amor propio.

Veía y juzgaba, no sin razón, que aquel amante á quien había sacrificado su orgullo de mujer recta la pagaba con extraña ingratitud, y se veía burlada, blanco de sus sarcasmos, no solamente secretos, sino públicos, en las conversaciones con sus íntimas, en las confidencias entre hombres, en que la licencia de la frase llega al cinismo, y un deseo furioso, irreflexivo, de vengarse la acometía ante esta idea: vengarse; sí, pero ¿cómo? La casualidad le proporcionaba el medio y la tenía en su mano.

Los cajones del mueblecito estaban llenos de esas reliquias que siempre es imprudente, y á veces culpable, el conservar: había paquetes de cartas, retratos, cintas arrugadas, flores secas, recuerdos de todas clases: era un verdadero comenterio del amor, en el cual encontró sin trabajo sus propias cartas, más blancas que las demás. Debía haber sido uno de los últimos caprichos del marqués.

Reconoció en el acto su papel perfumado aún con la suave esencia que ella usaba, y leyó apresuradamente aquellas cartas, en las cuales se asombraba de encontrar aún las huellas de una fiebre tan pasajera. Era preciso destruirlas, único objeto de su visita, y estaba bien pronto cumplido.

El papel satinado ardía en la chimenea, se cubría de mil chispas, se puso negro como las tinieblas, y después gris, del color de la ceniza, volando por fin, tela impalpable arrastrada por una corriente de aire casi insensible.

La destrucción era completa, y la baronesa Nollet acababa de recobrar el derecho de marchar con la cabeza alta y no bajar su frente ante nadie, pudiendo negar una debilidad de la cual no quedaba prueba alguna.

Esto era bastante para su seguridad, pero insuficiente para su rencor. Se aseguró de que las cartas, entre las cuales estaban las suyas, eran también cartas de amor, é hizo con ellas un paquete, mezclándolas unas con otras; añadió una porción de retratos tomados á la casualidad, sin pararse á escoger, y lo encerró todo junto en un gran sobre, escribiendo sobre él, con letra fingida, esta dirección: *Señora de Savignat*.

Hecho esto, cerró el mueble con cuidado, arrojó las llaves á la ceniza de la chimenea, honró con una última mirada aquel tocador que sólo le recordaba una vergüenza y una decepción, y salió, sin dejar más huella de su paso que la llavecita dorada que recibió del marqués, bien á la vista, en la copa de jaspe, como señal de ruptura: era su tarjeta.

Volvió á pasar por delante del portero, entretenido aún en la lectura del periódico, y en la esquina de la calle de Bacelay vió un mozo de cuerda, al cual entregó el paquete y una pieza de cinco francos.

—Lleve usted esto en seguida—le dijo:—es importante, y se lo entregará usted á la señora en propia mano: no tiene contestación.

El buen hombre, encantado de la propina, echó á correr, y la baronesa se fué al boulevard Malesherbes, á casa de una de sus amigas, para justificar su ausencia, que había sido corta.

No sintió el menor remordimiento por su acción, y la sola idea que bullía en su cabeza era ésta.—Quiero que el señor de Avoise sepa que es á mí á quien debe sus disgustos.—Vengarse no era nada, si el marqués no reconocía de qué mano recibía el golpe. El orgullo de la baronesa, su vanidad de mujer ultrajada, le sugerían las ideas más feroces. Ningún castigo le parecía bastante para aquel amante pérfido que la juzgaba tan mal, y puede asegurarse que, si hubiera tenido el poder de un señor feudal y al marqués en sus manos, no habría tormento que no le aplicase, ni cepo ni mazmorra bastante horrible para expiar el crimen de haber escrito aquellas frases insultantes que le hacían subir la sangre al rostro como una bofetada: «Buena para el diario de un burgués. No haría dinero en la plaza».

Este descubrimiento debía, al menos, tener un efecto seguro. La baronesa Nollet estaba curada para toda su vida de la tentación de recurrir á nuevas experiencias, pero iba á ser vengada más cruelmente de lo que suponía, ni tal vez deseaba.

Cuando el mozo, cargado con su paquete, más peligroso que un cartucho de dinamita, se presentó en la puerta del hotel Savignat, el portero ha-

blaba en la entrada con el confidente de la *patrona*.

Lorenzo no estaba satisfecho del resultado de sus pesquisas. En los dos días que hacía que vigilaba al marqués, encargo que sólo había aceptado por complacer á una mujer á quien no se atrevía ni quería negar nada, y también, preciso es confesarlo, por antipatía hacia el yerno, á quien acusaba, no sin motivo, el fiel servidor de las desgracias de la casa, no había sorprendido ni el más ligero indicio que pudiera interesar á la *patrona*.

En vano había tomado un *simón* con un buen caballo para no perder de vista ni un momento la berlina del amo: nada sospechoso había observado.

El marqués había entrado en varios clubs, había pasado una noche en un gran casino de extranjeros, situado en la plaza de la Ópera. Una mañana había hecho una visita en la calle de Lisboa, pero sin pasar de la portería, para almorzar después con algunos amigos, todos hombres, en el Café Inglés.

Tal era el resultado conseguido por el antiguo dependiente, y no había, seguramente, sobre qué fundar una queja, por mucho que se deseara.

Á pesar de eso, Lorenzo, aunque algo desalentado, esperaba ojo ávizor, dispuesto á seguir su obra con tanto celo como poca fortuna.

Cuando se presentó el mozo, preguntando con

marcado acento del país:—¿La señora de Savignat?—el mayordomo sonrió.

El acento de la Auvernia era como una emanación de las montañas en que vivía antes de venir á París, llamado por su compatriota el antiguo albañil.

—¿Usted es de allá, amigo?

—Sí que soy; ¿y usted?

—También yo.

No se necesita más para trabar conocimiento entre paisanos.

—¿Qué quiere usted?—le preguntó.

—Entregar á la señora este paquete.

—Démelo usted.

—Es que me han encargado que lo entregue en propia mano, y debe ser importante, porque la persona que me lo entregó me ha pagado muy bien la comisión.

—¡Diablo! ¿Y quién es esa persona?

El mozo no era menos discreto que otro cualquiera; pero con un paisano es diferente; así es que contestó:—Una señora rubia, muy guapa y muy bien vestida.

Lorenzo tomó el paquete y lo acercó á la nariz.

—Huele bien—dijo muy intrigado.—Venga usted.

Y llevó á su compatriota por la gran escalera monumental, de roble macizo y ancha como un salón.

—¡Qué hermoso es esto!—dijo el mozo.—¿Es también del país esa señora Savignat?

—Sí.

El mozo se dió una palmada en la frente, diciendo:

—Ya caigo: es la señora Savignat de Pontgi-baud. Soy del mismo cantón.

—Justamente.

—He oído hablar de ella.

—Ya lo creol—dijo Lorenzo con legítimo orgullo.

—¿La señorita se casó con un marqués?

Lorenzo no contestó; el matrimonio en cuestión no era el mejor florón de la corona de sus amos.

Un momento después hizo entrar á su paisano en el gabinete de su señora, que estaba de pésimo humor. Había contado con algún cambio en la conducta de su yerno y alguna señal de arrepentimiento á consecuencia del nuevo sacrificio que acababa de hacer y de la dura lección que había recibido; pero el marqués continuaba su vida habitual sin la menor modificación, y estaba tan alegre, tan burlón y tan dispuesto á abandonar la casa como si nada hubiese ocurrido.

Ni había tratado de desenfadar á Elena, ni de franquear la puerta que le cerraba, á su pesar tal vez.

La casa estaba tranquila, pero en un estado de paz armada que se extendía hasta á los criados.

El cochero y el ayuda de cámara del marqués miraban de reojo á los servidores de las señoras, y en el fondo se consideraban superiores á los au-

tiguos criados de los Savignat, que no tenían las maneras ni el estilo tan correcto como los del marqués.

La *patrona* acogió á su compatriota con una mirada dura, considerando un instante al mozo, que, en su opinión, debía traer alguna mala noticia.

Desde el casamiento de su hija no estaba acostumbrada á recibir otras.

—¿Qué ocurre?—preguntó secamente.

—Un paquete que me han encargado que entregara á usted en persona.

—¿Quién?

—Una señora joven.

—¿Dónde?

—En la calle de Lisboa.

Lorenzo aplicó el oído, y la *patrona* siguió su movimiento. El marqués había ido la víspera á aquella calle.

—¿No conoce usted á la señora?

—No.

—¿Y no se equivoca usted? ¿No será para el marqués de Avoise el paquete?

—No, señora: es para usted.

La suegra comprendió instintivamente que se trataba de su yerno. ¡¡¡Alguna reclamación tal vez!!!

Rompió el sello y vió con sorpresa salir del sobre una porción de cartas y retratos de mujeres. Era, por lo menos, extraño, y le pareció inútil tratar de penetrar aquel misterio delante del mozo.

—¿No tiene contestación?—preguntó.

—No, señora de Savignaf.

—¿Me conoce usted?

El mozo sonrió amablemente.

—Soy del país—dijo:—del cantón de Pongibaud.

—¿Le han pagado á usted?

—Sí, señora.

—Tome usted una pequeña gratificación—dijo poniéndole cuatro duros en la mano.—(Adivinaba que los papeles que traía valían mucho.)—Y si más adelante necesita usted algo, acuda á mí. Puede usted retirarse.

Cuando la vinda se quedó sola, empezó á hojear con anhelo—como la baronesa—aquella correspondencia acusadora que le deparaba la casualidad.—Venganza de mujer—pensó.

Algunas de las cartas conservaban aún el sobre, y en él la dirección: «Señor marqués Gaetano de Avoise, calle de Lisboa».

Las había de todos los estilos, desde el de la señora de sociedad con sus giros elegantes, hasta la prosa de la vulgar horizontal que pide uno de esos préstamos que rara vez se obtienen y nunca se devuelven.

Al cabo de un instante rechazó, hastiada, aquella correspondencia libre, y á veces cinica, enriquecida con el retrato de las autoras, diciendo: Peyral es quien debe examinar esta basura.

Miró al reloj, que señalaba las siete menos cuarto, hora de la comida, cuando se abrió la puerta, en-

trandola marquesa, que fué á abrazar á su madre.

Con un movimiento rápido cogió ésta los papeles y los encerró en un cajón del *secretaire*, del cual quitó la llave.—Lo haré mañana—pensó.

—¿Qué haces ahí?

—Nada bueno.

Los de Peyral comían en el hotel, y el marqués se excusó pretextando una invitación que no podía rehusar; pero llegó á las diez, muy preocupado al parecer.

Mientras que Elena tocaba en el piano una sonata de Mozart, que el abogado escuchaba con atención, recostado en el respaldo de una butaca, se acercó el marqués á la señora de Peyral y la dijo rápidamente al oído:

—Es preciso que vea á usted mañana á las dos en la calle de Lisboa: nos amenaza un gran peligro: no tema usted nada de mí.

En el mismo instante decía al abogado la señora de Savignaf:

—Mañana á las nueve en su despacho.

—¿Hay alguna novedad?—preguntó él.

—Sí.

—¿Cuál?

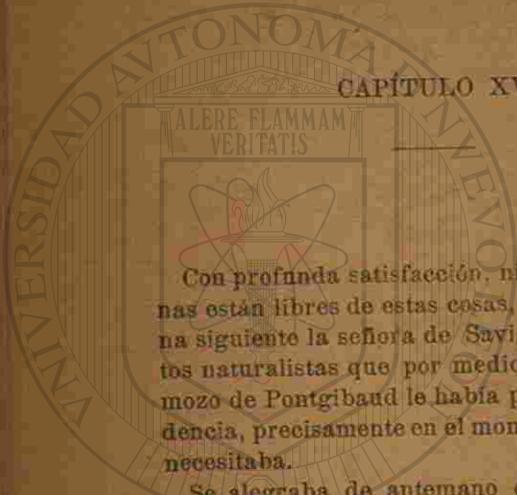
—Cosas que asombrarán á usted.

—¡Está bien!—contestó simplemente.

Y la joven marquesa pensaba, observándoles con disimulo:

—¿Qué les pasa esta noche y por qué tantos misterios?

## CAPÍTULO XVII



Con profunda satisfacción, ni aun las almas buenas están libres de estas cosas, reunió á la mañana siguiente la señora de Savignat los documentos naturalistas que por medio de su paisano el mozo de Pontgibaud le había procurado la Providencia, precisamente en el momento en que más los necesitaba.

Se alegraba de antemano de la sorpresa del abogado cuando la viese llegar á su casa con las manos llenas de aquellas pruebas que pedía, deseando en el fondo que no se le pudieran proporcionar.

La pobre señora no estaba lejos de pensar que si excelente amigo Peyral no defendía con mucho calor los intereses de su hija y suyos, porque, feliz en su matrimonio, cuya paz nada turbaba, se abandonaba como los soldados de Anibal á las delicias de Capua, encontrando muy bien arreglado todo en un mundo en que tan bien le iba.

No era ya un abogado de combate, sino de conciliación; especie rara sin duda, y que en ningún caso podía convenir á la suegra del marqués, en la situación en que estaban las cosas.

Gracias á Dios iba á anular sus objeciones, tapándole la boca con aquellas pruebas que no admitían discusión, puesto que eran bastante claras.

Salió, pues, orgullosa del efecto que iba á producir, atravesando el jardín en una mañana espléndida, y después de mirar hacia los balcones de su hija, que aun estaban cerrados, atravesó la puertecilla que separaba las dos casas, y por la ventana, que estaba abierta, de su despacho, vió al abogado, ya en su bufete, hojeando un legajo.

Dejó ver por la ventana su regocijada fisonomía, y dijo:

—Soy yo.

El abogado levantó la cabeza, y quedó sorprendido de la expresión triunfante de su amiga. ¿Qué cambio podía haber ocurrido en la marcha de sus asuntos?

Se apresuró á abrir la puerta que daba al jardín, é introdujo á su amiga, á quien instaló en la gran butaca de los clientes.

—Está usted muy alegre—dijo.—Luego hay buenas noticias.

—¡Hum!—dijola viuda;—buenas noticias... no sé qué decir á usted: depende del punto de vista en que uno se coloque.

—Explíquese usted.

—Para una separación necesita usted hechos... graves.

—Sin duda.

—Y ciertos... por ejemplo, cartas.

—Cartas, si se quiere...

—En fin, algo que pruebe á los jueces, muy difíciles de convencer, que el marido engaña á su mujer y que tiene intrigas... con... individuos.

—Usted lo ha dicho. En otro tiempo hubiese sido insuficiente, y se exigía que las relaciones tuviesen un carácter particular...

—¿Particular?—dijo preocupada la señora de Savignat... —¿De qué modo?

—La ley exigía que la querida habitase en el domicilio conyugal.

—¿Qué horror!

—Era condición precisa.

—¿Y ahora?

—Ahora, viva donde quiera; basta que se haga constar el adulterio del marido.

—Entonces, si ese marido tiene una casa para esos casos, si recibe allí á sus queridas y su correspondencia, que prueba la vida que hace, no tiene ya objeción alguna que hacer.

—Ninguna.

—Pues bien, ahí la tiene usted—dijo la señora de Savignat echando sobre la mesa su voluminoso paquete.—Lea usted eso y quedará edificado

acerca de la conducta de su amigo el marqués de Avoise... un verdadero Sardanápalo.

—El marqués no es mi amigo.

—Si lo es, puesto que usted le defiende.

—No se puede discutir con las mujeres, ni aun con las más razonables—dijo sonriendo el señor Peyral.—Veamos esos papeles.

Ya iba á coger el paquete, cuando dijo, mirando á su cliente:

—Pero, ante todo, ¿cómo se ha procurado usted estas cartas?

—¿Qué le importa á usted?

—¿No habrá sido con soborno ni violación de domicilio, supongo?

—No hubiese tenido el menor escrúpulo en ello.

—¡Oh!

—Todos los medios son buenos cuando se decide la guerra.

—El principio es lato.

—Pero ni aun el trabajo he tenido de violar el domicilio del delincuente.

—¿Dónde está situado ese domicilio?

—En la calle de Lisboa.

—Buen barrio; pero, en todo caso, esas cartas no han venido por sí mismas á manos de usted.

—Casi, casi; me las ha entregado un pobre diablo de mi país.

—¿Y de dónde las había sacado?

—Lo ignoro.

—Es un verdadero prodigio.

—Dice que se las había dado una señora rubia en la calle, con cinco francos de propina y mi dirección.

—¿Y no sabe usted quién es?

—Absolutamente.

—Es raro.

—Alguna querida celosa, sin duda, que ha querido vengarse del marqués.

—¡Ah! Es posible.

—No sé más.

—¿Y no ha visto usted la casa?

—No he salido de la mía.

—Me extraña, dada la actividad de usted.

—¿Y qué iba á hacer yo allí? Cuando haya usted leído las cartas comprenderá que no falta nada, y no tengo necesidad de molestarte.

—¿Las ha leído usted?

—¡Dios me libre! He visto algunas por encima... horrores...

—¿Tanto como eso?...

—¡Ay, amigo mio! ¡Vivimos en una época bien corrompida y en una ciudad donde pasan unas cosas!...

Y la señora de Savignat hizo ademán de taparse la boca.

El señor Peyral se decidió por fin á hojear el cartapacio galante que ponían ante sus ojos, pero lentamente y con indiferencia. Sabía muy bien lo que iba á encontrar en él, y hubiese podido dictar, con los ojos cerrados, las cartitas que de

bía haber recibido á docenas el galante marqués.

Desde el momento en que tenía una habitación particular era para usar de ella, y el abogado no encontró en las primeras cartas nada de extraño.

La que abría la marcha estaba concebida en estos términos:

«Mi adorado Gaetano:

Ya sabes que no soy mujer interesada, y que me repugna pedir limosna, sobre todo á mis amigos del corazón; pero estoy agobiada de deudas, y sé por Talleraud que has estado de vena esta noche.

Enviame cien luises; es un dinero que no perderás, bien lo sabes, mientras que, si me lo niegas...

Te abraza y te besa

NINIE».

Debajo de la firma había escrito Gaetano con lápiz:

«Enviados: vale más, y no lo siento».

El marqués era un hombre ordenado, á su manera.

La segunda estaba concebida en términos menos vulgares, y el papel, muy perfumado, estaba timbrado con una corona condal, debajo de la cual campeaba un lema bien conocido en la nobleza francesa.

«Has pisoteado cuantos sentimientos buenos había en mi corazón.

Yo esperaba que la grandeza de mi sacrificio te impondría, al menos, alguna reserva, impidiéndote torturar un alma amante y ávida de complacerte, que se te había entregado por completo; pero me has hecho pagar bien caro un momento de debilidad, que me censuro amargamente, y que voy á expiar por toda una vida de soledad y de arrepentimiento...»

Y así seguían cuatro páginas llenas de quejas, ruegos y amenazas.

El señor Peyral buscó la firma, que no tenía la carta, como tampoco fecha, y solamente encontró al pie de ella esta crítica del marqués, á modo de comentario:

«No es mujer, sino una oveja baladora con uñas bajo su lana sedosa... Para traspasarla á de Fresno, que la consolará... El amor suaviza las costumbres...»

—Nos falta una cosa—dijo el abogado.

—¿Todavía?

—Se trata tal vez de relaciones anteriores al matrimonio...

Esta observación sacó de quicio á la señora de Savignat. Entonces ¿era preciso flagrante delito? Para eso habría que poner en campaña á la policía y provocar un escándalo horrible... Más valía entonces tomarse la justicia por su mano, ya que la ley exigía tantas formalidades y agravios.

Todo lo que ella sabía era que su Elena era desgraciada y que, costase lo que costase, era preciso acabar con aquella situación.

El señor Peyral la dejaba hablar y continuaba tranquilamente el examen de la curiosa correspondencia que tenía delante; pero, de pronto, la señora de Savignat le vió palidecer horriblemente, examinando con ojos extraviados una carta que leyó por tres veces, y sus facciones descompuestas expresaban tal angustia, que la viuda se levantó vivamente y, poniendo una mano sobre su hombro, le dijo:

—¿Qué tiene usted?

—¿Yo? Nada...

Y doblando el papel que tenía en la mano, como si hubiese querido ocultárselo á su amiga, añadió:

—Un mareo; pero ya ha pasado.

Se pasó la mano por la frente, y haciendo un violento esfuerzo de voluntad, que no escapó á la mirada penetrante de la señora de Savignat, repuso:

—Hay cosas que requieren reflexión: si le parece á usted, voy á leer detenidamente estos papeles, que son, en efecto, muy importantes, y luego daré á usted mi opinión. Creo que con ellos podemos llegar á una solución y obtener lo que usted desea.

—Tiene usted razón—dijo la viuda;—hay tiempo, y se cansa usted demasiado. Le dejo á usted. Tómese usted todo el tiempo que necesite, y sobre

todo no vaya usted á caer malo. ¿Qué nos quedaría entonces, Dios-mío?

El abogado movió la cabeza.

—No tema usted—dijo.—Yo no sé lo que me ha dado, pero soy muy fuerte.

Sentía ansia por estar solo, y acompañó á su vecina por el jardín, volviendo apresuradamente á su despacho no bien cerró la puerta medianera; y después de zerrar con llave todas las puertas, se sentó delante de su mesa, tomando con mano trémula la carta que había ocultado á la mirada de la señora de Savignat.

—Quisiera dudar—murmuró entre dientes, después de mirarla con atención y volverla en todos sentidos;—pero es su letra y su nombre. ¿Cómo es esto posible?

La carta decía:

«Mi querido Gaetano:

Me preguntas si soy feliz, y no sé qué contestarte; todo lo que puedo decirte es que siento una gran turbación y estoy como arrepentida de mi debilidad. Esto que experimento debe llamarse, creo yo, remordimiento, y, sin embargo, te amo, te amo.

MATILDE.

No había fecha.

Todas las demás cartas desaparecieron ante la vista del abogado, y empezó á buscar febrilmente las que tenían la misma letra, encontrándolas fácilmente.

Eran cuatro, y muy significativas.

En una, cuyo membrete, que decía: «Fanny Llande, modas, calle de la Paz, 19», dejaba comprender la época en que fué escrita, leyó el señor Peyral estos renglones: «Hasta la noche, pues; nos reuniremos en el boulevard á las nueve; pero ¿para qué llevas amigos? ¿Quieres que me muera de vergüenza? Te abrazo».

Las últimas, aunque probaban la existencia de relaciones íntimas, eran insignificantes: la mujer que firmaba «Matilde» contestaba en ellas á su amante que estaría ocupada hasta muy tarde, y que no podía salir, pidiéndole que no la esperase; pero el conjunto era bastante claro para convencer al más incrédulo.

El abogado, sin embargo, quería dudar aún, y sacó del cajón de su mesa algunas que conservaba cuidadosamente, acercándolas á las otras. El parecido de la letra era extraordinario, innegable; y, por otra parte, el señor Peyral la conocía muy bien, puesto que leía á menudo aquellas frases de amor que le dirigía su mujer cuando á veces tenía que ausentarse de París por algunos días. Las devoraba, lejos de ella, con todo el ardor de su pasión, y no podía desconocer las otras; aquellas cartas infames que la casualidad había puesto en poder suyo.

Pronto vino el retrato de Matilde á disipar sus últimas dudas, y fué el golpe final, porque la nota expresiva del marqués era terminante.

¡La había amado, fué su querida, y la amaba aún!

Este rayo de luz destumbró al señor Peyral como si hubiese brotado de un relámpago, trayendo con él el rayo, y le parecía que todo se derrumbaba en torno suyo, cayendo desde una altura de luz y de flores hasta el fondo de un abismo de fango y de tinieblas.

Encerró en un cajón el legajo fatal que su amiga le había traído, se guardó en el bolsillo la llave y llamó á su criado, al cual dijo:

—Mi abrigo, pronto.

—¿Volverá el señor para almorzar?

—No; tengo que hacer. Avise usted á la señora que no podré volver hasta por la noche.

Puso en su cartera varios legajos que necesitaba en la Audiencia, y salió precipitadamente.

Una vez en la calle, respiró ruidosamente. La ira es mala consejera, y quería estar solo para reflexionar.

Para él, estar solo significaba no encontrarse frente á frente de aquella mujer que había representado á sus ojos el mundo entero, y á quien no sabía ahora si debía amar ó aborrecer.

## CAPÍTULO XVIII

Quando bajó Matilde de su cuarto, á eso de las diez de la mañana, con el corazón oprimido por las palabras que la dirigió el marqués, la noche anterior, entró en el despacho de su marido, tèmerosa de afrontar su presencia, puesto que era evidente que el peligro de que la advertía su antiguo amante debía provenir del señor Pyral, y se preguntaba con terror si no se había cometido alguna indiscreción y si la casualidad, terrible á veces en sus combinaciones, no habría hecho caer en manos de aquel hombre, su esposo y su amigo, pero también su dueño y su juez, algunas de aquellas fatales cartas tan imprudentemente conservadas por el marqués.

La imaginación calenturienta le creaba mil fantasmas amenazadores, y, al encontrar desierto el despacho, experimentó un sentimiento de alivio: era una tregua.

Justino, que estaba echado en una butaca leyen-

do tranquilamente un periódico, se levantó de un salto al ver á su ama.

—¿No está mi marido?—preguntó la joven.

—No, señora: ha salido.

—¿Hace mucho rato?

—Hará un cuarto de hora.

—¿Para negocios?

—Para negocios sin duda: el señor tenía mucha prisa y me encargó que advirtiera á la señora que no vendrá á almorzar ni volverá hasta la noche. El señor habló de una cita...

—Está bien.

Matilde casi se alegraba de esta ausencia. Había resuelto no ir á la calle de Lisboa, y, sin embargo, experimentaba una angustia terrible. Quería saber cuál era aquel gran peligro suspendido sobre su cabeza. Era una idea fija, y hubiese dado dos años de vida por conocerlo.

Trató de distraerse de aquel terror que la paralizaba: después de todo, no se creía culpable.

Desde su casamiento había cumplido con sus deberes con una abnegación que debía borrar las faltas de un pasado lejano ya; había sido dulce y sumisa para su marido, perteneciéndole exclusivamente en cuerpo y alma, sin que jamás cruzase por su imaginación la idea de una infidelidad. ¿Qué más podía pedirle? ¿Qué promesa había hecho que no hubiese cumplido? El destino sería realmente muy injusto si no la tenía en cuenta su resistencia y sus esfuerzos, y estaba tentada de

rebelarse contra la suerte que, en el momento en que vivía tranquila y arrepentida de una debilidad, fácil de comprender, y aun acaso de disculpar, echaba todo el peso de ella sobre su cabeza.

Se preguntaba con despecho cuántas, de entre las de su clase, hubieran rechazado las proposiciones de los amigos del marqués, el barón de Tallemande y el conde de Fresnes, dispuestos á asegurarle un porvenir brillante, mientras que ella se condenaba, por virtud, á una existencia pobre, á las tentaciones de la soledad y á las privaciones penosas, que son el lote de las muchachas abandonadas, obligadas á ganarse la vida en la inmensa batalla de París, donde los débiles son aplastados por los fuertes en la aspiración general de abrirse camino pronto.

Era también posible que aquel aviso del marqués ocultara un lazo, en el cual no debía ella caer, puesto que le conocía. Le había declarado que quería recobrarla y no omitiría medio de reanudar las relaciones rotas. ¡Si fuese éste el que había escogido!

Pero al mismo tiempo pensaba que no podía haber hombre de tan mal corazón que la torturase por una debilidad cuyas ventajas había disfrutado: sería inicuo, y el señor de Avoise no tenía el alma tan baja.

Es verdad que era egoísta, aficionado al placer, inerédulo y burlón; tenía mil defectos, una gran ligereza y un desdén increíble por los intereses ó

los sentimientos de los demás; pero era, ella al menos lo creía, incapaz de descender á maquinaciones vergonzosas para obligarla á volver á él contra su voluntad.

Si le suplicase que respetara su tranquilidad, jurándole que en ningún caso obtendría nada de ella, le arrancaría tal vez la promesa de renunciar á su persecución...

Poco á poco fué haciéndose á la idea de acudir á la cita, para acabar de una vez, y durante el almuerzo acabó por decidirse á ello.

La ausencia de su marido era providencial: una ocasión que tal vez no volvería á presentarse y era preciso aprovechar.

Trató de ver al marqués en sus balcones, pero no se asomó.

Á las dos luchaba aún indecisa; pero de pronto formó su resolución; vistióse apresuradamente con un traje oscuro, y con la cara cubierta por un tupido velo, bajó y salió á la calle con paso rápido.

Sofía, que se hallaba en la portería de la calle de Saint-Honoré, dijo al verla pasar tan de prisa:

—No sé lo que tiene la señora desde esta mañana: le pasa algo raro.

Á pocos pasos de su casa llamó la joven un coche de alquiler que pasaba vacío, y dijo al cochero:

—Boulevard Malesherbes, en la esquina de la calle de Lisboa.

El caballo tenía una calma excepcional, aun para ser de coche de alquiler, y no llegó al lugar indicado hasta las tres menos cuarto.

El marqués debía haberse cansado de esperar, y la habitación estaría, sin duda, desierta.

La señora de Peyral salvó con ligereza la distancia que la separaba de la casa, y en su precipitación no reparó en otro coche de alquiler; una berlina amarilla, que estaba parada en la acera de enfrente, algunas casas más allá de la del señor de Avoise.

De otro modo, hubiera podido ver al mayordomo de la señora de Savignat oculto en aquel coche, como un acorazado delante de un puerto enemigo, y observando curiosamente la fachada de la casa á que se dirigía.

El buen hombre cumplía militarmente su consigna.

Gaetano había salido á la una y media de la plaza de Vendome, y Lorenzo se había apresurado á seguirle los pasos.

La señora de Peyral, azorada, como una perdiz perseguida por un ave de rapiña, se precipitó en el portal de la casa, que conocía de antiguo, después de haber echado á derecha é izquierda una de esas rápidas ojeadas que delatan á la mujer culpable, y preguntó al portero con voz trémula, sonrojándose bajo su velo:

BIBLIOTECA UNIV. DE NUEVO LEÓN  
14

"ALFONSO RIVERA"

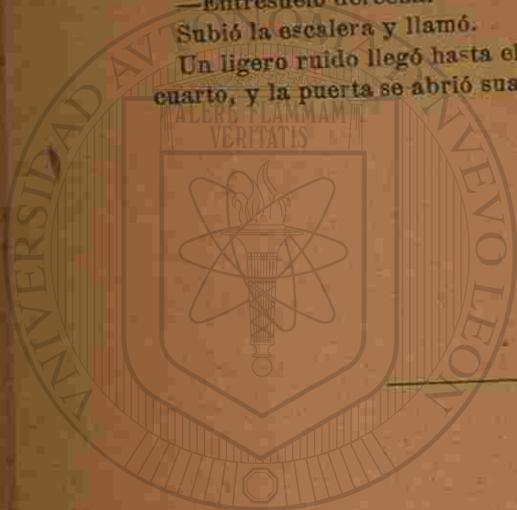
Apdo. 1825 MONTREY, MEXICO

—¿El señor de Avoise?

—Entresuelo derecha.

Subió la escalera y llamó.

Un ligero ruido llegó hasta ella del interior del cuarto, y la puerta se abrió suavemente.



## CAPÍTULO XIX

En aquel mismo instante, el señor Peyral volvía de la Audiencia.

Había pedido la suspensión de la vista, pretextando una indisposición, porque se sentía incapaz de coordinar las ideas: su cabeza ardía, y no hay comparación más exacta con el cerebro de un hombre, sobre el cual cae una catástrofe tan imprevista, como la de que es una caldera demasiado caldeada y próxima a estallar.

Quería ver á su mujer, interrogarla y saberlo todo de sus labios: la espera era superior á sus fuerzas.

Subió á su cuarto, creyendo encontrarla; pero estaba vacío; y como el tiempo era espléndido, pensó en que habría bajado al jardín, y que allí la hallaría.

Abrió las ventanas y se inclinó hacia afuera, pero no vió nada, y entonces llamó con voz alterada:

—¡Matilde!

No recibiendo respuesta, renovó su llamamiento con voz más fuerte, en la cual se adivinaba la cólera.

Justino fué el que apareció.

—¿Busca usted á la señora?—dijo.

—¿Dónde está?

—Ha salido.

—¿Hace mucho tiempo?

—Poco después de las dos.

—¿Y no ha dicho adónde iba?

—La señora no ha hablado con nadie.

—¿Cómo estaba vestida?

Justino vaciló: aquella pregunta le asombraba, y pensó de su ama lo que Sofía había dicho por la mañana de su señora: «Le pasa algo raro»; pero contestó al fin:

—La señora estaba vestida de negro, y llevaba un velo espeso sobre la cara... no tenía nada de particular...

Hay horas en las que todo se ve bajo los aspectos más siniestros, y el abogado estaba en una de esas horas.

Tuvo una inspiración súbita, sugerida por los celos, y, corriendo al hotel Savignat, preguntó por el marqués.

Había salido.

¿Cómo fué que acudió á su mente el recuerdo de la casa de la calle de Lisboa, cuya existencia sólo conocía desde hacía dos horas por la corres-

pondencia del marqués? No puede explicarse; y, sin embargo, su primer movimiento fué tomar un coche y dar al cochero esta orden:—Calle de Lisboa.

No sabía el número, pero sí que la casa debía estar en el centro de la calle, y esperó recordarlo, durante el trayecto, por un esfuerzo de memoria.

Pensando en ello, no podía resolverse á acusar á Matilde de una nueva traición; estaba colocada demasiado alta en su estimación para poder descender tanto de una sola caída, y suponía que existía un misterio que necesitaba aclarar.

La idea de que antes de su matrimonio había tenido amores con el marqués, era, por lo pronto, indiscutible: allí estaban las cartas para probarlo, claras, evidentes, y, sin embargo, quería encontrar una explicación, una excusa al menos, á aquella caída, y estaba impaciente por interrogar á la culpable y oír su defensa.

Aunque parezca mentira, y se le pudiera por ello tachar de cobarde, durante todo el camino fué inventando argumentos á cuál más especiosos para absolverla y perdonar.

La amaba ardientemente, y toda su aversión iba á estrellarse sobre el señor de Avoise, no sintiendo hacia su mujer más que la debilidad y la clemencia de una ternura cobarde que no trataba de contener.

No quería creerla odiosamente criminal, y le repugnaba pensar que hubiese sucumbido de

nuevo, y que, ingrata y culpable hacia él, hubiera podido faltar á sus juramentos, cediendo á los ruegos del amante cuya inconstancia había ya experimentado una vez.

En la esquina de la calle de Vacelay despidió el coche y se orientó; su memoria no le obedecía; pero, al seguir la acera, divisó un coche de alquiler parado á dos pasos de él, y, mirando al interior, maquinalmente, reconoció con sorpresa al *factotum* de la señora de Savignat.

—¿Es usted, Lorenzo?—dijo.—¿Qué hace usted aquí?

—El señor es discreto y amigo de la *patrona*; por lo tanto, puedo decírsele todo.

—¿Qué hay?

—Estoy vigilando esa casa—dijo Lorenzo, señalando al entresuelo del marqués.

Y añadió:

—Usted tiene la culpa, porque exige usted cosas...

—¡Ah! Yo soy el que...

—Si se pudiese traer ahora mismo un comisario de policía á la habitación del marqués, se cogería á los pájaros en el nido.

—¿Cómo?

—El marqués llegó hará una hora.

—¿Solo?

—Sí; pero esperaba una visita.

—¿Y esa visita?...

—La recibe en este momento: una señora joven y bonita, que seguramente viene por él.

—¿La conoce usted?

—¡Oh! Ea cuanto á ver su cara, imposible; lleva un traje oscuro y un velo muy espeso. Ya comprende usted que para estas aventuras se tapa uno lo más que puede. Será una mujer casada.

—Está bien—dijo el señor Peyral, profundamente alterado, aunque trató de disimularlo por un gran esfuerzo de voluntad;—creo que se equivoca usted. Estoy citado ahí con el señor de Avoise, y no es él el único que recibe mujeres guapas.

Atravesó la calle, llegó á la casa y entró en la portería, donde había una mujer como de cuarenta años, y de una fisonomía bastante inteligente.

—¿El señor de Avoise?

La portera le midió de alto á bajo con una sola mirada, y contestó:

—No está.

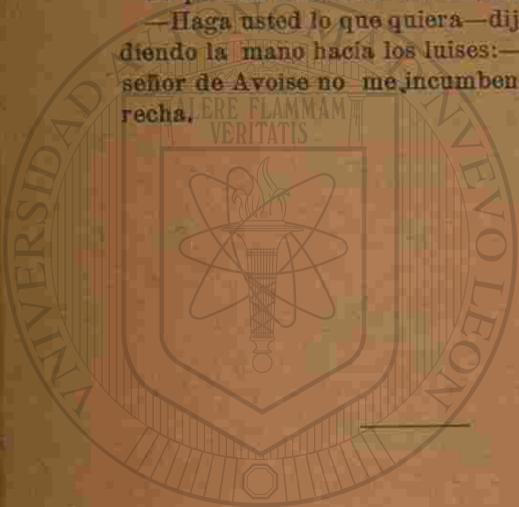
El abogado no se parecía á los visitantes ordinarios del entresuelo.

—Estoy seguro de lo contrario—dijo el señor Peyral, alineando cinco luises sobre la mesa en que la portera había dejado su calceta.—No le pido á usted más favor que el de no moverse de la portería ni avisar al marqués. Hay en este momento con él una mujer á quien quiero conocer. Le juro á usted que no armaré ningún escándalo; pero, si se niega usted, mando á buscar al comisa-

rio: nadie puede salir, porque está la casa guardada.

La portera reflexionó un solo instante.

—Haga usted lo que quiera—dijo por fin, extendiendo la mano hacia los luis:—los asuntos del señor de Avoise no me incumben. Entresuelo derecha.



## CAPÍTULO XX

Era, en efecto, un lazo que el marqués había tendido á su antigua amante.

La curiosidad que perdió á Eva perderá eternamente á sus hijas.

El señor de Avoise, desde su visita, ó más bien desde su invasión en el cuarto de la señora de Peyral, se había sentido acometido de un deseo loco, bastando sólo un momento para reavivar en él una pasión ardiente, irresistible, y, en su afán de satisfacerla, no era hombre de retroceder ante una mentira que le parecía simplemente un ardido de guerra.

Cuando entró la joven en aquel salón, que volvía á ver tal y como lo había conocido seis años antes, Gaetano la cogió las manos y la atrajo hacia un sofá, en el cual se sentó, al lado de él, desasiéndose suavemente. Puesto que venía, ¿no debía ceder á su voluntad?

—Me parece que vuelvo á hace seis años—dijo

él,—y no puede usted figurarse lo feliz que me hace esa ilusión.

—No me recuerde usted una época que quisiera olvidar—replicó ella vivamente;—si me ve usted aquí, es que me trae el miedo á lo desconocido. Me asustó usted anoche. Desde entonces, ó más bien desde el día en que fué usted á mi casa, no vivo ni sosiego, temiendo verme comprometida, perdida á cada instante, por la temeridad de usted, por su audacia. ¿Qué tiene usted que decirme?

—En verdad que se me olvida al ver á usted. Todo desaparece de mi imaginación, y no sé ni aun si existe el mundo. Sólo me acuerdo de una cosa, de que la adoro á usted y de que no puedo soportar la idea de que me desdeña usted, de que pertenece á otro y de que he sido bastante loco y bastante imbécil para volver á tirar al mar la perla sin rival que poseía.

—No me diga usted, por Dios, palabras que no puedo escuchar. ¿Qué peligro es ése?

—Déjeme usted gozar, por unos instantes al menos, de su presencia. ¿Cuál es ese peligro? Se lo diré á usted; pero podemos evitarlo si usted quiere. Me avergüenzo de la imprudencia que cometí el otro día y que pudo perder á usted; pero ¿se razona cuando nos domina un sentimiento enloquecedor? ¿Qué le costaría á usted reanudar en silencio una cadena de flores que nadie sospecharía? Tengo culpas hacia usted, Matilde; pero me fueron impuestas por una situación que no me

era dado remediar. Hoy es una cuestión de salvación para mí el que reanudemos nuestras relaciones, y, contento con un amor ignorado de todos, la juro á usted renunciar á todas las locuras y á todos los desórdenes en que he buscado el olvido del pasado. ¿No puede usted conciliar esa secreta caridad para con su primer amante con sus deberes hacia el hombre á quien se ¡ha dado usted y que la ha tomado, mejor inspirado que los millonarios que pasaban al lado de usted sin apreciar su valor, como los salvajes que pisotean el diamante oculto en el terreno que atraviesan? ¿Acaso no ha pagado usted con largueza lo que llama su generosidad, entregándole los tesoros de su gracia y de su juventud? ¿Qué daño puede causarle un mal ignorado? ¿Cómo puede usted, que en otro tiempo era tan indulgente y tan buena, mostrarse hoy tan severa y tan inflexible? ¿Qué podré yo hacer para persuadirla, y cuál es mi crimen, sino el de no ser bastante rico para asegurar á usted un porvenir que hubiese querido ofrecerla, compartiéndolo con usted? He sido quizás el primero que ha reparado en usted, empezando á seguirla y hablándola, no solamente de placer, sino también de cariño. ¡Yo era joven, usted hermosa, y nos amamos, no lo niegue usted! ¡Se ofende á sí misma sosteniendo lo contrario! Una mujer como usted, inteligente, encantadora y pura, no se entrega sin que su corazón se haya interesado.

—¿Es para hablarme de esa manera para lo que me ha hecho usted venir?—dijo Matilde, fijando en él una mirada llena de indignación.

—Sí; para eso, y para otra cosa.

—¿Y qué otra cosa es ésa?

—Espere usted un momento. ¿Qué prisa tiene usted? ¿Acaso no está usted aquí, puesto que se lo he jurado, tan segura como en su propia casa? Créame usted, Matilde: la amo con delirio, y usted acabará por dejarse convencer, teniendo en cuenta mis esfuerzos por dominar esta pasión, que me arrastra hacia usted como el río hacia la mar. Hay en mi vida un gran remordimiento, y es el de haberla perdido por mi culpa. ¿Qué quiere usted! Yo me creía rico aún cuando estaba absolutamente arruinado, y al estallar el desastre me aterró. ¿Qué partido tomar? Un marqués de Avoise no puede vegetar en una oficina como el hijo de un procurador. Nobleza obliga, y era preciso rehacerme. Nosotros somos como los soberanos, que aceptan esposas que no hubiesen elegido por sí mismos, y que les impone la razón de Estado. Las locuras de mi juventud habían devorado todo mi patrimonio, y la necesidad me imponía un matrimonio hacia el cual le juro á usted que no sentía la menor inclinación: sólo una mujer sobre la tierra tiene el don de seducirme: ¡usted, Matilde!

La señora de Peyral le escuchaba mordiéndose los labios y con la mirada dura.

—No he podido olvidar á usted—continuó Gae-

tano.—El otro día me decía usted en su casa que Tallerande y los demás habían tratado de consolarla. Ya lo sabía, y me alegraba de su resistencia, en la cual veía una prueba de amor. No diga usted que no: sí, sí; esto es una ilusión encantadora; déjemela usted. Si hubiesen triunfado, creo que yo los hubiera desafiado en un acceso de rabia. He hecho cuanto estaba á mi alcance para convencerme de que debía cumplir las obligaciones que contraje al casarme; he viajado, esperando que la ausencia calmaría la fiebre de amor y de pesar que me abrasaba; todo inútil: la noticia de su casamiento me sorprendió cuando, cansado de luchar, iba á echarme á sus pies tratando de reconquistarla: era un nuevo abismo entre nosotros, y, desesperado, volví á arrojarme en el torbellino de esa vida insensata y absurda, lo reconozco, de que se me acusa. He pasado las noches en medio de esos locos que persiguen con afán la fortuna pidiéndola á la casualidad, que sólo les da la desesperación y la ruina. El juego no me bastaba, y he intentado otras aventuras: todo en vano: una sola idea me dominaba, y no veía más que á usted, Matilde, siempre y en todas partes, hasta que por fin se lo he dado á entender; pero usted ha cerrado los oídos á mis ruegos, fingiendo no comprenderme para desesperarme más.

Se acercó rápidamente á ella y, cogiéndola por un brazo, añadió con vehemencia:

—¿No sabías acaso que ése era el mejor medio de

aumentar mis deseos, llevándolos á un grado que ningún hombre puede resistir? Cuanto más huye el objeto amado, mayor es la violencia con que se le desea, hasta que llega un momento en que no se retrocede ante ningún obstáculo para alcanzarlo. Por eso, como has adivinado, recurri á una mentira para atraerte aquí, donde ningún peligro te amenaza si no es la imprudencia fatal á que puede arrastrarme un día ú otro tu implacable resistencia. ¿Qué te cuesta ceder á mis ruegos? Déjate vencer y sé mía: es la salvación de los dos, porque te juro obedecerte en todo y respetar tu casa y tu tranquilidad; pero ¡por Dios! no me rechaces, porque no sé, en verdad, de lo que sería capaz.

Matilde desasíó su brazo de las manos del marqués y se levantó.

—Debo decir á usted cómo se llama su acción, señor de Avoise: una vileza; una vileza, sí, pero que no le servirá á usted de nada, porque lo que le he dicho á usted es cierto: amo á mi marido y jamás le engañaré.

—¡Matilde!

—Ruegue usted, amenace usted, como quiera. Mi respuesta será siempre la misma.

—¡Ah, ten cuidado!

—¿Qué haría usted? Tiene usted cartas, las pruebas de mi debilidad. ¿Se las va usted á enviar á mi marido?

El marqués palideció.

—¡Oh, qué idea—dijo,—y qué mal me juzga usted!

—Como debo. El hombre que es capaz de aterrorizar á la desgraciada que persigue, amenazándola para obligarla á ceder, bien puede cometer otras bajezas.

—¡Matilde!—repuso el marqués.—¡Qué mal me conoce usted! Tal vez sienta usted algún día las palabras que acaba de pronunciar. No tengo el alma vil que usted supone, y voy á quemar ahora mismo, en su presencia, esas cartas, que son para mí un recuerdo querido, el único que me queda de usted. Con eso quedará usted en libertad.

Abrió la puerta del saloncito que servía de tocador, y, señalando al mueble, que había desvalidado la víspera la baronesa Nollet, la dijo:

—Ahí están: eran mis reliquias más preciadas y las he leído cien veces. Antes que hacer mal uso de ellas me hubiera saltado la tapa de los sesos.

Fué á la chimenea y buscó inútilmente el llavero en la copa de jaspe. De pronto su mirada tomó la expresión de inquietud; acababa de ver la llavecita de oro que dejó la baronesa en la copa, en lugar de las otras.

—Alguien ha venido—dijo.

—¿Quién?

—No lo sé—balbució el marqués;—pero en mi ausencia han forzado ese mueble;—y registró en vano las mesas, vació las copas, lo revolvió todo,

sin lograr encontrar las llaves, hasta que, desesperado, se decidió á romper los cajones, retrocediendo espantado al ver que faltaba la mayor parte de las cartas encerradas en ellos, y que entre las robadas estaban las de Matilde.

Gaetano palideció, y vió como un rayo de luz el rencor de que había sido víctima. La baronesa Nollel se había vengado de sus desdenes.

¿Qué había hecho de aquellas cartas? ¿Á qué manos habían ido á parar?

Indudablemente á las de la marquesa, á las de la señora de Savignat, y quizás á las del señor Peyral.

Matilde esperaba inmóvil, y con las facciones contraídas por la más cruel angustia.

—Me han robado las cartas—murmuró el marqués con un acento de verdad que no admitía duda.

—¿Quiéñ?

—No quiero engañar á usted: es una venganza de mujer. Estamos perdidos usted y yo; pues aunque ignoro el destino que dará á esos papeles, es seguro que se servirá de ellos para perdernos.

—¡Ah!—murmuró la joven.—Presentia que me amenazaba una desgracia.

—¿Qué va usted á hacer?

—¿Lo sé acaso? La cabeza me arde, y me siento incapaz de pensar. Déjeme usted marchar.

—Matilde, la juro á usted que esta desgracia, que no podía prever, me impresiona más por usted que por mí.

—Déjeme usted pasar—dijo la joven sin cólera, aterrada y vacilante.—Me ha perdido usted... ya está usted satisfecho. ¿Qué más quiere?

—Pues bien—exclamó Gaetano.—No saldrás de aquí.

—¿Qué pretende usted?

—Ignoro lo que ha sucedido y no quiero saber quién ha robado esas cartas, ni el uso que piensa hacer de ellas. Que estés perdida como dices, ó que nada te amenace, ¿qué me importa? Si te abandonan y si me cierran la puerta de mi casa, huiremos juntos. Nada más deseo si me perteneces. Estás aquí, en mi casa, en este cuarto que me recuerda goces celestiales; te amo más que nunca y serás mía...

—No lo espere usted.

—Ó no saldrás de aquí.

—¿Es decir, que es usted, en efecto, un miserable, señor marqués de Avoise?

—Puede ser, si es ser un miserable el amarte hasta la demencia, ¿Quieres?

—No.

—Te lo ruego.

—Aunque me matara usted.

—¡Matilde!

—¡Nunca! ¿Lo entiende usted? Nunca.

El marqués la cogió con tanta violencia por una muñeca, que Matilde lanzó un grito; pero en el acto la soltó y quedó inmóvil al oír un fuerte campanillazo en la puerta.

Pasado un momento, volvieron á llamar con más fuerza aún.

—Escóndase usted—dijo el marqués á la señora de Peyral, que estaba más muerta que viva.

Se dirigió hacia la puerta y abrió, retrocediendo bruscamente dos pasos, al encontrarse enfrente del señor Peyral.

El abogado entró con paso lento, pero tan decidido, que el señor de Avoise no se atrevió á detenerle, y retrocedió delante de él.

Al levantar el señor Peyral la cortina del salón y ver á su mujer, que no había hecho el menor movimiento para huir, no dejó traslucir la menor emoción.

Vió los muebles abiertos y los cajones rotos, y dirigiéndose al marqués le dijo:

—No sabe usted lo que ha sido de sus cartas, y yo voy á decírselo. Una mujer rencorosa se las ha enviado á la señora de Savignat. Ignoro el nombre de esa mujer, pero puedo decir á usted que se las remitió por medio de un mozo de cordel á su hotel de la plaza de Vendome, y la señora de Savignat me las dió á mí casi sin mirarlas. Había una verdadera colección, y entre ellas he encontrado las de esa mujer, á quien creía honrada y leal y que no lo es, y no quiero negar á usted que este descubrimiento ha sido uno de esos golpes de los cuales se repone uno difícilmente. He sabido al mismo tiempo las señas de esta habitación, donde da usted sus citas, y venía á tener una explicación

con usted; pero es necesario aplazarla, porque no está usted solo, y lo que tengo que decir ha de ser sin testigos. ¡Hasta la vista, pues, señor marqués!

Cogió por un brazo á Matilde con un gesto brutal, la arrastró hasta la escalera, sin que ella pensase en resistir, vacilante y anonadada, y la dijo:

—Venga usted, señora.

## CAPÍTULO XXI

Matilde volvió á su casa en un estado de abatimiento fácil de comprender.

El mal era más grande de lo que nunca pudo suponer.

Durante el trayecto desde la calle de Lisboa á la de Saint-Honoré, el abogado no la había dirigido la palabra, permaneciendo callado y adusto.

Ella, por otra parte, no trató de romper el silencio. ¿Qué le hubiera podido decir, ni qué alegar en su defensa? Las apariencias la condenaban tan claramente, que toda disculpa era inútil.

Hacia las cinco vió á la señora de Savignat atravesar el jardín, y la oyó entrar en el despacho de su marido.

La conversación fué larga, y, pensando que hablaban de ella, hubiera querido estar allí, defenderse y explicar su vida; pero comprendía que no la creerían, que la despreciaban, que la aborrecían, y que un día había bastado para hacer que

se derrumbase, sin esperanza de remedio alguno, aquel templo de amor y de dicha que la casualidad había levantado para ella.

Cuando salió la señora de Savignat, vió por entre las cortinas á su marido, que la acompañó hasta la puerta medianera, donde se estrecharon la mano cordialmente.

La expresión de ella era iracunda y severa, pero las facciones del señor Peyral sólo revelaban, cuando se volvió hacia su casa, una inmensa tristeza.

Andaba lentamente, con los ojos fijos, en la actitud de un hombre que acaba de sufrir un desastre irremediable; y poco después oyó la joven pasos en la antesala que precedía á su cuarto, y llamaron á su puerta.

En el acto corrió á ella y abrió.

Era Peyral, quien se dejó caer con desaliento en una butaca cerca de la ventana, diciendo á su mujer con voz que en vano pretendía aparecer segura:

—¿Conque eras la querida de ese marqués?

Matilde guardó silencio y permaneció de pie, apoyada sobre la chimenea, porque apenas podía tenerse.

—Responde—continuó él,—y no tengas miedo: me has herido en el corazón; pero te he querido demasiado para cometer una violencia. Además—añadió con amargura—soy abogado y no hombre de acción. Habla sin temor.

—Es verdad.

—¿Desde cuándo?

—Debes saberlo por mis cartas, puesto que las tienes.

—¡Ojalá no las hubiera visto jamás, pudiendo conservar la ilusión al menos de la dicha, lo cual es ya mucho en los tiempos y en el medio en que vivimos! Por ellas he sabido, en efecto, que antes de casarnos tuviste relaciones con el marqués; pero no me dicen ni su época ni su duración. ¿Dónde le conociste?

—En casa de mi maestra, calle de la Paz, adonde iba todos los días.

—¿Y te hizo proposiciones?

—Me persiguió durante más de un año.

—¿Sin resultado al principio?

—Sí; sin resultado.

—¿Pero al fin cediste?

—¿Á qué conduce este interrogatorio? Sí; cedi, como dices, en una noche de aburrimiento y hastío de la vida.

—¿Y cuánto tiempo fuiste su amante?

—Hasta su casamiento: unos seis meses.

—¿Le veías á menudo?

—No; creo que no le interesaba mucho: era de un natural melancólico y no poseía las aptitudes necesarias á toda mujer de placer.

—¿Dónde os reuníais?

—Generalmente en mi casa, calle de Gorot; en mi cuarto, que no estaba en armonía con los gustos

del señor de Avoise. Otras veces en la suya, calle de Lisboa.

—El marqués pasaba por rico entonces y era muy pródigo: ha debido ofrecerte otra habitación.

—La rehusé.

—¿Por qué?

—Porque me había entregado; no me había vendido.

Matilde contestaba con acento breve y enérgico. Se indignaba al fin, no contra su marido, sino contra el destino que la aplastaba bajo el peso de una falta que había esperado borrar.

El abogado continuó:

—Tu falta era conocida; el marqués habla de amigos que asistían á vuestras citas. ¿Quiénes eran? Sin duda sus inseparables Tallerande y de Fresnes, y otros tal vez... por ejemplo, el señor Trevieres.

—No; sólo fueron á algunas comidas, á que tuve la debilidad de asistir, Tallerande y de Fresnes.

—¿Y otras mujeres?

—Ninguna.

—Así, pues, ¿no has aceptado nada del señor de Avoise?

—Nada.

—¿Ni aun cuando se casó?

—El marqués quiso darme una suma importante, pero la rehusé, lo mismo que la casa y los muebles que me ofrecía.

—Entonces, ¿te entregaste á él por amor?

—No; yo no quería al marqués. No le he querido nunca.

El señor Peyral no protestó de la inverosimilitud de esta respuesta.

—Entonces ¿qué sentimiento te inclinaba á esas relaciones?—dijo.

—Ya te lo he dicho: el aburrimiento y la tristeza de la soledad. Había momentos en los que sentía la tentación de arrojarme al Sena.

—¿Y no ha tratado de volver á verte el marqués después de su casamiento?

—Al pronto, no.

—¿Pero después?...

—Después ha vuelto á perseguirme, pero inútilmente.

—¿Y sus amigos?

—¿Sus amigos? Inmediatamente después de nuestra ruptura trataron de reemplazarle, haciéndome proposiciones que otras hubieran considerado magníficas. Yo las rehusé; y como insistían, cambié de obrador y me mudé de casa para perderlos de vista. Entonces fué cuando vine á vivir á la calle de Saint-Honoré. Desde que me casé, esos señores se han conducido correctamente conmigo.

—¿Y no has tenido otros amantes?

—No.

—¿Á qué ibas hoy á la calle de Lisboa?

—Desde hace algún tiempo, el marqués está

muy exaltado y audaz. Hace pocos días se introdujo en este cuarto, mientras tú estabas en la Audiencia; me abrumó á protestas y á ruegos, y me costó mucho trabajo echarle de aquí. Yo sabía que conservaba mis cartas, porque me decía que las leía á menudo, y comprendí que la pasión de que hablaba, con una exaltación que no he visto nunca en él, constituía un peligro para mi tranquilidad... y para la tuya—añadió con esfuerzo.—Anoche, en un momento en que no nos observaban, me dijo rápidamente que nos amenazaba un gran peligro y que, para evitarlo, debía ir hoy á la calle de Lisboa.

—¿Y tú creíste en la amenaza de ese peligro imaginario?

—Sus palabras me aterraron; perdí la serenidad y fui á la calle de Lisboa. Era un lazo que me tendía el marqués.

El abogado escuchaba á su mujer con atención: parecía un juez de instrucción interrogando á un detenido.

—Continúa—dijo friamente.

—Era una imprudencia, ya lo sé; pero ¿qué quieres! Siempre estaba esa desgraciada falta presente en mi imaginación, y temía que llegases á conocerla. Al ir á casa del señor de Avoise me decía á mí misma que, después de todo, podía defenderme si el marqués se propasaba, y además esperaba conseguir, haciendo un llamamiento á su honor, que renunciara á perseguirme y destru-

yese aquellas cartas, que podían caer en manos indiscretas. Ésta es la verdad: comprendo que no me creas, que no puedes creerme, y, sin embargo, te juro que no miento.

—¿Por qué—repuso el señor Peyral al cabo de un instante de silencio—no me confiaste esa falta cuando pedí tu mano?

Matilde tuvo un movimiento de despecho.

—¿Crees, acaso, que semejantes debilidades son fáciles de confesar? Hice mal, es posible; tú te hubieras marchado para no volver; y, para ser enteramente franca, estaba tan harta de mi vida, y la quietud me ofrecías era tan inesperada y feliz, que no tuve valor para renunciar á ella. Y ahora—añadió con mal reprimida cólera—te lo he dicho todo, porque eres mi marido y te debía esta confesión tan penosa para mi orgullo. No me preguntes más, porque no te contestaría. No espero que me perdones, ni tendría fuerzas para volver á verme en tu presencia. Te juro, sin embargo, por todo lo más sagrado, que desde nuestro casamiento no tengo ni la más pequeña falta de qué acusarme; pero tu orgullo de hombre no podrá olvidar que te he engañado, aunque sólo sea con mi silencio, ni creer que sólo he ido á la calle de Lisboa para resistir á las instancias del hombre que fué mi primer amante, por lo cual no podemos ya vivir juntos, y sólo te ruego una cosa.

—¿Cuál?

—Cambiaré de nombre y desapareceré; tú me

darás algunos billetes de mil francos, necesito poco, y me estableceré en alguna ciudad lejana, trabajando para ganarme la vida, sin que vuelvas nunca á oír hablar de mí. Si quieres divorciarte para ser más libre, no trataré de defenderme, y confesaré que he acudido á la cita de la calle de Lisboa. Te prometo no volver á casarme y respetar tu nombre, aun cuando no lo lleve; he disfrutado tres años de felicidad, que hubiera sido perfecta sin ese desgraciado recuerdo, y es más de lo que muchas de mi experiencia pueden contar.

El señor Peyral estaba agitado por una emoción extraordinaria al lado de aquella mujer á quien había amado tan ardiente y confiadamente. Comprendía que decía la verdad, toda la verdad. El abogado tenía demasiado corazón y sobrada experiencia de la vida para dudarle.

—No sé aún lo que decidiré—dijo levantándose;—el golpe que he sufrido es tan imprevisto, que necesito reflexionar. Prométeme no hacer nada, ni tomar resolución alguna antes de que hayamos vuelto á hablar. ¿Consientes?

—Te obedeceré.

—Es preciso que nada cambie en nuestras costumbres para con la sociedad y para con los criados.

—Como quieras.

Sofía llamó á la puerta, avisando que estaba la sopa en la mesa.

El matrimonio bajó, y comió en silencio.

Una vez terminada la comida, que fué breve, Matilde salió al jardín, y su marido se puso un gabán, disponiéndose á salir; pero, en el momento en que iba á cruzar la puerta, retrocedió, y dirigiéndose al jardín dijo á su mujer, al mismo tiempo que le cogía las manos y le dirigía una profunda mirada:

—Me has prometido no hacer nada.

—Sí.

—¿Y cumplirás tu promesa?

La joven levantó la cabeza, y clavando en él sus grandes ojos secos y brillantes de fiebre:

—Como la otra—dijo—como la que te hice al pie del altar; pero no expondrás tu vida por mí, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—¿No desafiás al marqués?

—¿Qué idea!—dijo encogiéndose de hombros.—

¡Un abogado! ¿Acaso es mi oficio batirme?

—¿Adónde vas?

—A casa de mi compañero y amigo el señor Desroches, para un asunto urgente. He perdido todo el día, y además—añadió—no sé es juez en propia causa y necesito, á mi vez, de consejo.

Matilde se dejó engañar por su afectada tranquilidad.

Tenia un deseo loco de arrojarle á sus pies y decirle:—Perdóname: sólo te amo á ti: bien ves que no miento;—pero no se atrevía y le vió alejarse con profunda tristeza, no exenta de alguna espe-

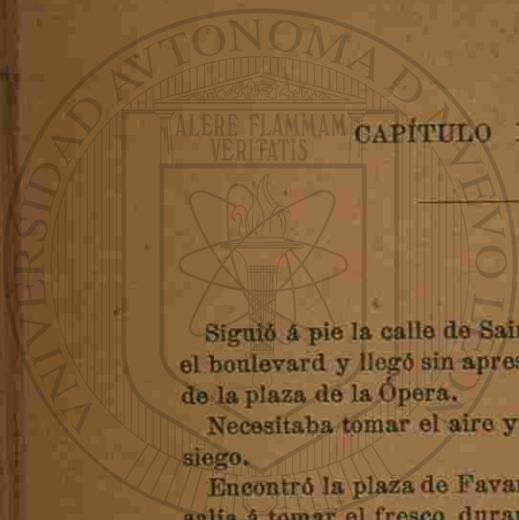
ranza, porque había leído en los ojos de su marido la emoción que le embargaba.

Después corrió á encerrarse en su cuarto, y arrodillada al pie de su cama, con la cara oculta entre las manos, exclamó:—¡Dios mío, haz que vuelva á mí y que olvide el pasado!

En el momento de salir el señor Peyral, llamó aparte á la doncella y le dijo:

—Sofía, es usted buena muchacha. La recomiendo á usted que no abandone á su ama un solo momento, bajo ningún pretexto, hasta mañana. La recompensaré á usted.

Y salió, haciéndole seña de que guardase silencio.



## CAPÍTULO XXII

Siguió á pie la calle de Saint-Honoré, tomó por el boulevard y llegó sin apresurarse á la esquina de la plaza de la Ópera.

Necesitaba tomar el aire y reflexionar con sosiego.

Encontró la plaza de Favart llena de gente que salía á tomar el fresco durante un entreacto de Mignon, que cantaban aquel día, como muy pocos después, cuando se quemó el teatro, y... la mayor parte de los espectadores; pero el abogado no iba por el espectáculo; le bastaba y le sobraba con el drama que se desarrollaba á su alrededor.

Levantó la vista hacia una de las ventanas de la casa que estaba situada enfrente de la Ópera Cómica, y que pertenecía al despacho de su amigo el señor Desroches.

La abogacía en sus altas esferas es una de las

profesiones cuyos individuos están más unidos por sincera amistad.

Un rayo de luz se filtraba á través de las cortinas, lo cual hizo comprender al señor Peyral que su amigo se encontraba allí, y subió la escalera llamando á la puerta, que abrió una doncella fresca y vivaracha.

—El señor está en casa—dijo al reconocer al amigo de su amo.

—¿Solo?

—Con el comandante.

—Bien.

El abogado entró sin anunciarse, como una persona de la casa.

El señor Desroches estaba, en efecto, en su despacho: un salón muy curioso, grande y *confortablemente* amueblado, pero en el cual nada indicaba la presencia de una mujer.

El señor Desroches era, y es aún, soltero, siendo de temer que muera en la impenitencia final.

Es un escéptico bastante materialista, pero que siente algún respeto por el autor de un mundo que, aun no siendo perfecto, ofrece mil motivos de admiración al espíritu humano. Estaba recostado en una inmensa butaca y fumaba tranquilamente en una pipa soberbia, siguiendo con mirada soñolienta las espirales de humo que subían hasta el techo. Es bajo y grueso, con pequeñas patillas y las mejillas coloreadas por el abuso de los vinos, hacia

los cuales sentía una verdadera debilidad que no trató nunca de negar.

Enfrente de él, otro personaje, delgado, alto y huesudo como el conde Pablo, se encontraba en la misma postura, con los pies apoyados sobre un banquillo de tapicería (obra de una sobrinita que acechaba la herencia del tío), y fumaba también en una pipa americana muy delgada, cuya boca descansaba sobre el mármol de un veladorcito, al lado de un vaso de cerveza de extraordinario tamaño.

Era el comandante, y ni el uno ni el otro se movieron al entrar Peyral; parecían dos figuras grotescas de Terra-cote, y sólo cuando su amigo estuvo entre ellos y los examinó con atención, le saludaron con un movimiento de cabeza afectuoso, continuando con fervor el ejercicio á que estaban dedicados, sin volver á ocuparse de él.

El señor Peyral acabó por acercar una tercera butaca, en la cual se arrellanó frente al fuego; y este silencio contemplativo hubiera podido durar toda la velada, si no se hubiera apagado la pipa del comandante, el cual, al notar lo, se preparó á llenarla de nuevo.

—Cuando hayan ustedes terminado...—dijo simplemente el señor Peyral.

Los cuatro ojos de sus amigos se fijaron en él como otros tantos signos de interrogación.

—Desearía decirles dos palabras.

Los dos pares de ojos le invitaron á continuar.

—Tengo que pedir á usted un favor—dijo, dirigiéndose al abogado.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—¿De qué clase?

—Helo aquí: necesito dos testigos.

—¿Para un contrato?

—No. Para un duelo.

El comandante suspendió su operación sorprendido.

—¿Es una broma?—dijo Desroches.

—De ningún modo.

—¿Y con quién es el duelo?

—Con el marqués de Avoise.

—¿Sobre qué?

—Yo creo que usted tiene bastante confianza en mí para no preguntármelo. Bástele á usted saber que se trata de un duelo serio, y que, en cuanto cabe, quisiera que uno de los dos quedase allí muerto.

—¡Demonio! No te creía tan feroz—dijo Desroches.

—Pues lo soy.

El señor Peyral se expresaba con calma, sin emoción aparente.

—¡Diablo!—dijo el otro soltando su pipa.

Conocía á su colega, con el cual estaba luchando en la Audiencia hacía veinte años, sin que por ello se entibiase en lo más mínimo su leal amistad, y

comprendía que, para que Peyral fuera á reclamar de él aquel servicio, era preciso que hubiese recibido una ofensa de las más graves y formado una resolución que era inútil combatir.

—Entonces—añadió Desroches, — eso corresponde al comandante. La toga cede el puesto á la espada.

El comandante era un ex-jefe de dragones que hacía ya quince años tuvo que retirarse, bien á su pesar, á consecuencia de una herida.

Rico y solterón, vivía al lado de su primo Desroches, en cuya casa tenía habitación, pero sin cocina, y correteaba, según su expresión, por los *restaurants* y el Casino, siguiendo su capricho, pero casi siempre en compañía de su primo. Peyral, hasta la época de su casamiento, hacía causa común con ellos. En una palabra, eran los tres amigos íntimos.

—¿Y está usted decidido á batirse?—preguntó el comandante.

—Sí.

—¿Es usted el ofendido?

—Sí.

—¿Sabe usted coger una espada?

—Como todo el mundo.

—Es decir, de ningún modo. ¿Ha tirado usted al sable?

—Ni una sola vez.

—¿Y la pistola?

—Casi nunca.

—¡Pues estamos frescos!

—¡Bah!—dijo tranquilamente Peyral.—Hay un Dios para la gente honrada.

—Más vale no fiarse.

—Yo tengo confianza en Él—dijo el abogado.

—¿Y es del marqués de Avoise de quien se trata?

—Del mismo.

—¿Y qué dirá la señora de Savignat si le mata usted al yerno?

—Engarzará en brillantes á Peyral—afirmó Desroches.

—Sería preciso un milagro—repuso el comandante.

—¿Por qué?—dijo Peyral encogiéndose de hombros.

—Porque el marqués es un maestro en las armas. Tira admirablemente al florete; y en cuanto á la pistola, le he visto en casa de Gastine y hace blanco á veinticinco pasos.

—Lo pondremos á diez y seis, y así variará.

El comandante lanzó á su primo una mirada inquieta, que quería decir:

—He aquí un amigo por cuya vida no doy dos cuartos.

—¡Bah!—respondió Desroches, que había comprendido.—Puesto que lo desea... yo soy de la opinión de Peyral: hay un Dios para la gente honrada.

—¿Y cuándo quiere usted que se verifique el duelo?—preguntó el comandante.

—Lo antes posible.

—¿Mañana por la mañana?

—Perfectamente.

—Entonces hay que ocuparse de ello en seguida.

Los deberes de la amistad son sagrados, y el comandante imitó á su primo dejando su pipa, como aquél lo había hecho antes.

—Voy á vestirme—dijo levantándose;—es fastidioso, pero de rigor; y tú arrégiate también—añadió dirigiéndose á su primo.

Cuando los dos abogados se encontraron solos, cambiaron muy pocas palabras.

—¿Historia de mujer?—preguntó Desroches.

—Sí.

—Entonces, ¿no debe uno casarse?

—No lo sé á punto fijo.

Y al decir esto era sincero. Había experimentado tales alegrías y tales penas, largas las primeras y las segundas cortas, pero tan crueles, que no sabía de qué lado se inclinaba la balanza.

En todo caso, su decisión estaba tomada. No quería vivir con la idea de que el otro, el primero á quien había pertenecido Matilde, podía disputársela con la audacia que da al hombre la posesión de una mujer de la cual ha podido y debido creerse amado.

Por otra parte, la falta de la modista había tenido testigos. ¿Podía dejar creer que conocía la aventura de su mujer dejándola frecuentar la casa en que debía forzosamente encontrar á su antiguo amante?

Tallerande y de Fresnes lo sabían todo, estaba seguro de ello, puesto que Matilde se lo había confesado, y quería probarles que su ignorancia era completa, puesto que jugaba su vida en el instante mismo en que supo lo que había.

Dudaba, en fin, de todo: de Matilde y de su sinceridad; hasta de sí mismo. Aborrecía al marqués, y atravesaba una de esas horas de pasión en las cuales no se razona y desea uno descargar su cólera sobre los hombres y las cosas para que ésta no le ahogue; en que se obra ciegamente, por instinto, arrastrados por una fuerza superior que todo lo avasalla, y que los antiguos llamaban fatalidad, suerte ó destino.

Los dos primos, transformados en testigos, volvieron al cabo de un instante, con sus levitas abrochadas, condecorados ambos; en suma, respetables y correctos.

—¿Quédate aquí!—dijo Desroches.—Quizás tardemos.

—¿Se dónde hallar á nuestro hombre—afirmó el comandante. Vamos.

Peyral cogió al ex-jefe de escuadrón por la manga de la levita, diciendo:

—Sobre todo, que no haya arreglo, bajo ningún pretexto.

Y añadió en voz baja:

—Un duelo mortal, para el uno ó para el otro.

—Comprendido.

Los dos amigos no volvieron hasta la una de la madrugada.

—Ya está arreglado—dijo el comandante.

—¿Cómo?

—A las siete de la mañana.

—¿Dónde?

—En el Bosque de Boulogne, dentro del parque de lord Pembroke, cuyo hotel está deshabitado. El barón de Tallerand se encarga de hablar al jardinero.

—¡Ah! ¡Tallerand!

—Es testigo del marqués, con el conde de Fresnes.

Una sonrisa, la primera de la noche, iluminó la fisonomía del señor Peyral.

El barón y el conde, que habían sido testigos de la falta, iban á asistir á la reparación.

—¿Y las condiciones?—dijo.

—Duras, pues el marqués ha aceptado todo sin objeciones, contra la opinión de sus padrinos.

—¿Qué más?

—A pistola, á treinta pasos, con facultad de avanzar cinco y á voluntad después del primer disparo. Dos balas. Es duro; pero, con un tirador

como el señor de Avoise, era el único medio de igualar las probabilidades... en lo posible.

Peyral respiró largamente y dijo:

—Está bien.

—Ve á dormir si puedes—repuso Desroches.—

Yo no sé lo que siento. Decididamente no sirvo para estas luchas heroicas, y, sin embargo, tengo fe...—añadió estrechando la mano de su amigo,—y estoy seguro de que saldrás del paso sano y salvo.

El comandante movió la cabeza; no estaba tranquilo, y era preciso ser tan ignorante en las armas, como lo era su primo, para creerlo.

A las dos de la mañana abrió sin ruido el señor Peyral la puerta de su hotel, se encerró en su despacho y escribió tres cartas; después de lo cual se quedó dormido en una butaca.

Á las seis de la mañana le despertó un rayo de sol. Todo dormía ó parecía dormir en el hotel, y el abogado, que sentía la cabeza muy pesada, arregló el desorden de su traje, levantó la vista hacia el retrato de su mujer, que le sonreía, y, después de contemplar su imagen largamente, salió con el mismo paso silencioso con que había entrado algunas horas antes, y llegó á la esquina de la calle de Castiglione al mismo tiempo que un coche de alquiler, en el cual iban sus dos amigos á buscarle.

El señor de Avoise se quedó petrificado, después

de que se hubo marchado la señora de Peyral.

El hombre á quien envuelve con su masa enorme una avalancha no se siente más perdido. La aparición tan imprevista del abogado, la resistencia tenaz de su antigua amante y la idea de que la señora de Savignat, que buscaba armas contra él, tenía en sus manos tantas pruebas, le desconcertaron por completo.

Se hizo conducir á la plaza de Vendome, y se dirigió al cuarto de su mujer; pero la doncella le dijo que había salido con su madre y que no volvería en todo el día, pues pensaban comer en Passy con sus amigos los señores Descaut, donde las encontraría si lo deseaba.

El marqués experimentó una contrariedad ante esta ausencia, que le impedía ver y hablar á su mujer.

Ya, durante el trayecto desde la calle de Lisboa á la plaza de Vendome, había casi decidido humillarse ante aquella dulce esposa, que le hubiese dado, á quererlo él, la dicha, la tranquilidad y el reposo, y á la cual él, en cambio, había torturado de mil modos, sin casi repararlo, por correr en pos de amargas decepciones.

Extraño problema el de esos hombres que tienen en su mano la felicidad y la pisotean para correr detrás de quimeras que, semejantes á los fuegos fatuos, les extravían y arrojan en abismos de perdición.

El marqués tuvo un relampago de razón, y en presencia de Elena hubiese tal vez encontrado, en la desesperación de su posición perdida, la elocuencia necesaria para convencerla; pero, por desgracia, aquel rayo de luz debía ser efímero.

Á las seis, cansado ya de esperar, se fué hacia los boulevares en busca de sus amigos Tallerande y de Fresnes, á quienes no tardó en encontrar.

El verdadero hombre de sociedad sabe ocultar sus mayores preocupaciones bajo un exterior correcto y frío. El marqués poseía esta cualidad en alto grado, y apenas si Tallerande, su amigo más íntimo, notó en sus facciones ligeras huellas de contrariedad.

—¿No marchan bien las cosas?—le preguntó.

—No: estoy cansado de la vida...—El marqués pronunció sonriendo esta lúgubre frase.

—De la vida que llevas—rectificó Tallerande, con bastante buen sentido:—cámbiala...

—Es demasiado tarde.

—Entonces ven á comer.

Reclutaron otros tres compañeros y encargaron, en un *restaurant* célebre, una comida exquisita, que se prolongó hasta las nueve y media.

Después fueron al teatro de Novedades, donde se cantaba una opereta que no tardó en ponerles en fuga; tan mala era.

¿Qué hacer para acabar la noche? El club les tendía sus amorosos brazos; pero lo que necesitaba

el marqués, para aplacar su secreta rabia y calmar sus nervios, no era un club tranquilo como el *Sport*, donde entraron primero, y en uno de cuyos salones, el de lectura, se entretenían unos veinte señores, casi todos formales y de edad, con los periódicos del día, mientras que en otro se jugaba con la misma formalidad al *whis* ó al *ecarté*.

Lo que necesitaba el marqués era una partida seria y animada, donde, sobre el tapete verde, lucharán los jugadores, á fuerza de montones de oro y paquetes de billetes de Banco, contra un solo hombre, al cual, aunque divididos en dos bandos, como pasa en el *bacarrat*, tratasen todos de dejar sin un céntimo. Esta partida soberbia era preciso buscarla en otro sitio.

El marqués y sus compañeros salían del club, cuando se cruzaron con el barón Nollet, que seguía con disimulo sus evoluciones.

—¿Viene usted?—le dijo Tallerande con ligero acento de ironía.

—¿Adónde?

—Á arriesgar sus millones, Creso.

—¿Me desafía usted?

—¡Ya lo creo!

El barón fijó una mirada glacial en el marqués.

—No se debe nunca desafiar á un loco á que cometa una locura.

—¡Bah!

—Lo va usted á ver. Vamos.

El barón se unió á la alegre banda de calaveras y bajaron de dos en dos las escaleras del club.

Para encontrar lo que buscaban, sólo tenían que andar cuatro pasos, pues las ventanas de un Casino célebre, situado en la plaza de la Ópera, aparecían brillantemente iluminadas.

Cuando la turba de locos invadió el vestibulo, los salones estaban llenos, y los habituales concurrentes iban llegando de los teatros y las reuniones.

La primera figura que vió el marqués, fué la del conde Pablo, que, juicioso por necesidad, gozaba del espectáculo de la locura ajena tendido en un sofá.

—¿Hay partida fuerte?—preguntó Gaetano.

—Empieza ahora—dijo el viejo fantoche.

—¿Quién está?

—Todo el mundo. Barcoff, Kleilil-bey, Labarre, sir Knaw, el comendador; todos los cosmopolitas...—Y, haciendo un guiño especial, añadió:—¿Estás en fondos?

El marqués hizo un signo afirmativo: había cobrado aquella mañana los cien mil francos del barón, su último recurso.

Si Luis Nollet le seguía, como sigue el lobo al caballo, que rendido de cansancio va á caer en la

estepa, era por recobrar su dinero, y sobre todo para devolver golpe por golpe y vengarse; una palabra pasada de moda, pero siempre verdadera. Si la empleamos, es que no existe su equivalente en nuestro idioma; pero la venganza anda por el mundo con careta.

El conde Pablo enderezó su cuerpo anguloso, no pudiendo resistir al atractivo de una partida que presentaba llena de emociones, y siguió la procesión, que se dirigía, á través de los salones, hacia el teatro de la lucha.

Se oía, desde lejos, el ruido de la raqueta que recogía los montones de fichas y la voz de los *croupiers* que dominaba el ruido de la sala con las monótonas frases:

—¡Hagan juego! ¡No va más!

El conde Pablo gozaba en aquel centro con las pasiones de los demás, y recordaba sus hermosas y funestas noches de jugador.

Era una música que prefería á todas las orquestas del mundo.

La sala del *bacarrat*, que era magnífica y muy grande, estaba iluminada por dos lámparas eléctricas cuyas pantallas hacían caer la luz sobre el tapete, de un verde delicado. El verde de las praderas en el mes de Mayo.

Bajo su techo, muy alto y artesonado, con rosetas como las naves de las iglesias, creía el conde Pablo ver la fortuna, en la figura de una mujer

muy bella y con los ojos vendados, distribuyendo sus favores, que sembraba á la casualidad entre aquellas cabezas inclinadas alrededor de la mesa.

Todas aquellas fisonomías eran curiosas de observar. Flemáticas por lo general, como de gente acostumbrada á las alternativas de suerte y mala suerte que se suceden caprichosamente; fanatizados algunos por el demonio del juego, como los derviches de Oriente, y con los ojos fijos todos, en la carta que sale, espionando con angustia la que ha de arrebatárles su última moneda. La última de la noche, el fin de la lucha.

Á los pocos momentos de entrar en el salón el marqués y sus amigos, se operó un movimiento: el banquero se levantaba, y, recogiendo los restos de la talla, muy mermados, se retiraba.

Hacía falta otro batallador, otro valiente que presentara la batalla y luchase solo contra los dos ejércitos que, coaligados, se disputaban su dinero.

—¡Quinientos luises se tallan!—¡Seiscientos!—¡Setecientos!—¡Ochocientos!—¡Mil luises!

El conde Pablo tocó ligeramente en el brazo al marqués, desempeñando, como de costumbre, el papel de demonio tentador; pero aquella noche su excitación era superflua, porque Gaetano tenía sed de distracción y de movimiento. Las aventuras del día hacían hervir su sangre, y estaba calenturiento é incapaz de reflexionar, fluctuando entre la idea

de morigerar su conducta y el deseo de salir de su embarazosa situación, de cualquier modo que fuese y sin saber qué camino tomar.

De pronto le pareció que se hacía la luz en su cerebro, y que los cien mil francos, intactos, se agitaban en su bolsillo. Con cien mil francos y buena suerte ¿no podía arreglar sus asuntos? ¿El dinero no es acaso la libertad? ¿Podía decentemente humillarse más ante las Savignat? ¡Qué desatino!

—*Banca abierta*—dijo; y sacó de su bolsillo la cartera de piel de Rusia, muy elegante, con cantoneras de oro y una corona en el centro.

Era un regalo de Elena en el día primero de año, y experimentó una sensación de remordimiento; pero el demonio le impulsaba y pensó que, después de todo, arriesgaba poco.

Se sentía al borde de un abismo, perdido, y sólo un golpe de fortuna podía salvarle.

Los jugadores tienen de esas alucinaciones y esas esperanzas hasta en el fondo mismo del abismo á que ruedan despeñados.

Con cien mil francos, que no eran nada para él, y en nada resolvían su situación, podía ganar un millón; más aun, todo el dinero de los demás y todo el papel del barón Nollet, que acababa de sentarse tranquilamente entre *los puntos*, cosa que hacía rara vez, porque generalmente no hacía más que pasar por aquel salón espléndido de

dorados, y cuyas magníficas colgaduras quedaban en la sombra, porque toda la luz se reconcentraba sobre el solo punto interesante de aquel sitio; las cartas, que decidían de la fortuna, y la raqueta, que la distribuía.

Los cien mil francos de Gaetano, transformados en fichas, rodaron en montón hasta el centro de la mesa. Eran su recurso supremo, y, sin embargo, sólo les concedía una mirada distraída, casi indiferente. Su imaginación estaba en otra parte; pensaba en Matilde Peyral, en su hermosura, que le trastornaba, y en sus desdenes. Estaba perdida por su culpa; pero tal vez con oro pudiera recobrarla... Adelante.

El *croupier* le dió las cartas, y esto le distrajo de sus cavilaciones. Desde los primeros *pases* olvidó todo lo demás, y la suerte se declaró en su favor.

*Los puntos* apretaban, esperando abrir brecha en la masa colocada delante del banquero, y que aumentaba visiblemente.

Gaetano era ordinariamente una presa fácil: poca suerte y demasiado ardimiento.

El barón se reservaba, estudiando el juego con cuidado y con la calma del hombre de dinero, seguro de que, al fin y al cabo, la victoria es del que tiene más soldados.

En el último *pase* de la primera baraja, el marqués había doblado su capital, y era un bonito resultado para unos cuantos minutos.

Tallerande, que nunca arriesgaba más que pequeñas cantidades, tocó en el hombro á su amigo.

El marqués volvió la cabeza, y el otro le hizo una seña expresiva que quería decir:—No te obstines, vámonos;—pero el conde Pablo vigilaba y jamás perdía la ocasión de inclinar á los demás á cometer una tontería.

—¡Seguir la suerte!—dijo; y el marqués talló otra baraja.

Poco á poco el barón pareció animarse, y la suerte que se debía seguir, según el conde Pablo, empezó á manifestarse incierta y caprichosa.

A las doce y media, Gaetano, que tallaba por sexta vez, tenía delante un gran montón de fichas y de billetes que representaba una suma importante; pero, en pocos pases, la pirámide se derrumbó, y el barón Luis pronunció con su voz de carraca esta amenazadora frase:—Mil luises al paño dos.

El duelo se hacía serio, y el barón ganó, lo cual era un desastre para el marqués, quien, sin embargo, vió con alegría que el barón no retiraba sus ganancias: podía cambiar la suerte y recobrar sus pérdidas; pero continuó favoreciendo á *los puntos*, y, á partir de aquel momento, fué una lucha heroica, que *los mirones* seguían con asombro.

Nunca se había aventurado tanto el barón. Bien es verdad que sólo arriesgaba las ganancias, y

su cara de zorro no dejaba traslucir la menor emoción.

Por último, lanzó este reto:—¡Cinco mil luises!

El marqués señaló el tapete, sobre el cual sólo quedaban algunas fichas.

—¡Sobre palabra!—replicó galantemente el barón.

—¡Sea! Aceptado.

Se hubiera oído volar una mosca; el barón volvió sus cartas en medio de la expectación general. Tenía nueve, y había ganado por lo tanto: Gaetano le debía cien mil francos, é igual cantidad á la caja del Club.

Se levantó, sin despecho aparente, al mismo tiempo que su adversario, y aunque en el fondo estaba desesperado, se mantuvo impassible en la apariencia, y, como única venganza, dijo sonriendo al barón:

—¡Afortunado en el juego!... ¡Tenga usted cuidado!

Al ver á los dos adversarios, se les hubiera creído los mejores amigos del mundo.

El barón se inclinó y contestó con una estocada á fondo diciendo:

—Hasta mañana, querido Gaetano.

El marqués de Avoise salía de la sala de juego, cuando le dijo Tallerande:

—Te buscan.

—¿Quién?

—Dos señores, que me parecen dos testigos.

El marqués respiró con fuerza. Comprendió; un duelo le calmaría los nervios: necesitaba descargar su cólera sobre alguien.

—Bien—dijo;—no te alejes y avisa á de Fresnes; os necesito.

Ya se conoce el resultado de la entrevista.

### CAPÍTULO XXIII

Tanto en el hotel Savignat, como en el de la calle de Saint-Honoré, estaban en un estado de inquietud fácil de comprender.

Los árabes que, al atravesar el desierto, presienten el *simoun*, experimentan algo parecido.

La señora de Savignat había llevado á la marquesa á casa de sus amigos de Passy porque no quería ver á su yerno después del descubrimiento que había hecho, y del cual no dió parte á su hija. Esperaba con impaciencia la decisión del señor Peyral, que debía tener ya más pruebas de las necesarias.

No es posible pintar hasta qué grado tenía el don de horripilar á la buena señora la habitación de la calle de Lisboa, y, en su opinión, hubiera sido preciso remontarse al tiempo de la Regencia, ó del reinado de la Du Barry, para encontrar cosa semejante.

—Dos señores, que me parecen dos testigos.

El marqués respiró con fuerza. Comprendió; un duelo le calmaría los nervios: necesitaba descargar su cólera sobre alguien.

—Bien—dijo;—no te alejes y avisa á de Fresnes; os necesito.

Ya se conoce el resultado de la entrevista.

### CAPÍTULO XXIII

Tanto en el hotel Savignat, como en el de la calle de Saint-Honoré, estaban en un estado de inquietud fácil de comprender.

Los árabes que, al atravesar el desierto, presienten el *simoun*, experimentan algo parecido.

La señora de Savignat había llevado á la marquesa á casa de sus amigos de Passy porque no quería ver á su yerno después del descubrimiento que había hecho, y del cual no dió parte á su hija. Esperaba con impaciencia la decisión del señor Peyral, que debía tener ya más pruebas de las necesarias.

No es posible pintar hasta qué grado tenía el don de horripilar á la buena señora la habitación de la calle de Lisboa, y, en su opinión, hubiera sido preciso remontarse al tiempo de la Regencia, ó del reinado de la Du Barry, para encontrar cosa semejante.

En el fondo, se había sentido orgullosa, más de una vez, de la elegancia soberana del marqués: le encontraba noble como pocos, y le hubiera colmado de pruebas de cariño, con sólo que él se hubiese tomado el trabajo de emplear la mitad del agrado que dedicaba á sus amigos en conquistar á aquellas dos mujeres, dispuestas á todos los sacrificios.

Su amiga de Passy era la viuda de un antiguo empleado en la casa de Savignat, que había hecho una fortuna de consideración, ayudado en sus comienzos por el antiguo albañil. Las dos señoras estaban allí como en su casa; pero Elena tenía el pudor de sus penas y sólo tomaba á su madre por confidente, y esto porque la madre se imponía; sin esto, tal vez la marquesa no se hubiera atrevido á hacerlo espontáneamente.

La velada transcurrió con lentitud, y Elena puso término á ella pretextando, para volver temprano á París, un malestar que sentía realmente, aun cuando no fuera físico, pues lo que sufría en ella era el corazón.

Desde su explicación con el marqués, esperaba, á pesar de todo, un paso de reconciliación, un signo de arrepentimiento en Gaetano.

Quando llegó á su casa preguntó á la doncella:

—¿No ha vuelto el señor?

—No, señora.

—¿Ni ha enviado ningún recado?

—No, señora.

—Está bien.

—¿Me necesita la señora?—preguntó la doncella.

—No. Puedes retirarte; yo me desnudaré.

Y se quedó sola; pero no pudo dormir. El tono de su madre, al hablar de su marido, le había parecido más duro y más irritado que de costumbre, adivinando que pasaba algo, y que eso algo debía perjudicar al marqués. La pobrecilla conservaba en el fondo de su alma, á pesar del abandono, de las locuras y de las infidelidades de su marido, una secreta esperanza de reconquistarle, y se aferraba á ella porque Gaetano era el único hombre que había hecho latir su corazón de amor y de deseo.

Hasta las dos de la mañana no se acostó, después de haber entreabierto con precaución el cuarto de su marido y de convencerse de que estaba vacío y que el marqués no había vuelto. ¡Cuántas y cuántas noches la había encontrado así!

La ansiedad de Elena no podía, sin embargo, compararse con la de la señora de Peyral, que llevaba muchas horas escuchando los ruidos de su casa por ver si percibía los pasos de su marido en el pasillo que conducía á su habitación, y deseando que entrase en su cuarto, aun cuando fuese para abrumentarla de recriminaciones; pero nada turbaba el silencio de la noche, y aun cuando á

las dos de la mañana creyó oír ruido de pasos en el piso bajo del hotel, esperó en vano, pues nadie fué á su cuarto.

Entonces imitó á la marquesa y entreabrió suavemente la puerta del cuarto del señor Peyral, que encontró vacío y con la cama sin deshacer. ¿Dónde estaba su marido? ¿Qué hacía? Bajó la escalera, descalza, y aplicó el oído á la puerta del despacho del abogado, percibiendo claramente el ruido de la respiración del señor Peyral, así como el de la pluma corriendo sobre el papel.

Esto la tranquilizó; porque á veces el abogado, cuando tenía mucho que hacer, trabajaba de noche durante algunas horas, seguro de no ser molestado.

Matilde vaciló un instante, con la mano sobre el picaporte; pero no se atrevió á abrir. ¿Qué hubiera podido decirle? ¿Cómo explicar su presencia? Se volvió á su cuarto más tranquila, sabiendo que estaba allí, y empezó á contar las horas hasta que fué de día, sucediéndole lo que ocurre á todo el que vela durante toda una noche de angustia y de inquietud: que se durmió precisamente en el momento en que hubiera deseado levantarse.

Á las siete de la mañana despertó bruscamente, y llamó á Sofia, que se presentó en seguida.

—¿Dónde está el señor?

—No lo sé, señora.

—¿No está en su cuarto?

—No, señora: el señor ha debido salir hace un momento.

—¿Ha salido?

—Sí, señora. Justino, al entrar hace poco en el despacho, ha encontrado dos cartas escritas por el señor.

—¡Dos cartas!

—Sí, señora, con una nota en la que dice que no se entreguen hasta las ocho.

—¿Y para quién son esas cartas?

—Es rarísimo: una es para la señora, y la otra para la señora de Savignat.

Matilde hacía estas preguntas con rapidez febril, y al oír aquellas palabras lanzó un grito.

—¡Comprendo!—exclamó.—¡Mi marido se está batiendo!...

—¡El señor!—dijo la doncella, aturdida.—¿Es posible?

—¡Pronto, Sofia, esa carta!

Sofia la trajo corriendo, y he aquí lo que leyó la señora de Peyral:

«Si te entregan esta carta, querida Matilde, será que ya no existo y que el resultado del duelo habrá sido funesto para mí. En mi mesa de despacho encontrarás un testamento en favor tuyo, que no paga, ni con mucho, los años de felicidad que

me has proporcionado, y cuyo recuerdo me acompaña á la tumba.

Te he querido mucho.

Adiós».

—¡La otra carta!— exclamó Matilde.—¡Dame la otra!

Y atravesando el jardín, corrió como una loca al cuarto de la señora de Savignat, que ya estaba levantada.

—Lea usted pronto—suplicó la desgraciada.

—¿Qué ocurre?

—Lea usted: es de mi marido.

La señora de Savignat comprendió, al ver su turbación, que sucedía algo grave, y leyó con sorpresa lo que sigue:

«Mi muy querida amiga:

Ofendido por su yerno, me he visto obligado á pedirle una reparación, y nos batimos esta misma mañana en la propiedad que tiene sir Pembroke en el Bosque de Boulogne. Si muero, como es probable, le recomiendo á usted á Matilde: no la abandone usted y dele algunos consejos en recuerdo mío.

Su buen amigo,

PEYRAL».

La señora de Savignat no perdió la serenidad, y llamando á Lorenzo, ordenó:

—¡Pronto, que enganchen un caballo en mi berlina, y ni una palabra á mi hija!

Miró el reloj, que marcaba las siete y media, y dijo:

—Llegaremos á tiempo: usted viene conmigo; tenga usted calma, hija mía.

Tres minutos más tarde paraba en el portal la berlina, en la cual hizo entrar á Matilde, más muerta que viva, sentándose á su lado después de decir al cochero:

—Á escape á la puerta de Maillot.

Reflexionando mientras que el coche corría, ó más bien volaba, por la calle de Saint-Honoré, la señora de Savignat se decía:

«—¿Dónde está el parque de sir Pembroke? Hicimos allí trabajos el año 68... ¡Ah, ya sé! Al final del Bosque de Boulogne. Llegaremos demasiado tarde; pero ¿por qué se baten?

Y clavando su mirada penetrante en Matilde, la preguntó de pronto:

—¿Usted lo sabe?

—¿El qué, señora?

—El motivo de ese duelo.

La joven palideció, pero el secreto no era exclusivamente suyo.

—No, señora—contestó con voz apenas inteligible.

Una duda asaltó á la madre de Elena, pero se había acostumbrado á querer y estimar á su vecina y no se atrevió á insistir.

La berlina cruzaba los Campos Eliseos como un rayo, porque la *patrona*, lo mismo que su marido, conocía el valor del tiempo y tenía siempre caballos corredores.

Al llegar á la entrada del bosque se asomó á la ventanilla y dijo á Lorenzo, que iba en el pescante, al lado del cochero:

—Avenida de Madrid. La casa de las torres: ya sabe usted: ¡á escape!

#### CAPÍTULO XXIV

El parque de sir Pembroke es bien conocido de los paseantes matutinos del Bosque y de los soñadores que buscan los sitios floridos y retirados. Se extiende en una gran porción de terreno cerca de Bagatelle, y se creería uno allí en el fondo de los bosques de Compiègne, tan umbroso y desierto es aquel sitio.

En la época del año en que ocurría este drama, parecía el parque de sir Pembroke un rincón del Paraíso—antes del pecado,—con sus bosquecillos de lilas floridas y sus alamedas de olmos y de plátanos, cuyo verde era de una fresca primavera. <sup>®</sup>

Debía ser soberanamente fastidioso el hacerse matar en aquel sitio encantador.

El coche en que iban el señor Peyral y sus amigos se paró delante de la verja á las siete menos diez minutos, y un momento después llegó el mar-

qués de Avoise, acompañado por Tallerande y de Fresnes.

Los testigos del marqués, y él mismo, íntimos amigos de Pembroke, conocían muy bien el terreno, pues la *villa* encantadora que se veía en el fondo del parque, con su escalinata de mármol adornada de macetas llenas de flores raras, había servido de teatro más de una vez á cenas espléndidas y fiestas de todo género.

Los dos coches habían encontrado abierta la verja, y el jardinero y los criados se habían alejado discretamente, pareciendo que la *villa* se encontraba abandonada.

El barón de Tallerande lo había preparado todo sin inquietud, pues aunque quería mucho á su amigo Avoise, no creía que corriese peligro alguno.

Era preciso estar loco ó querer que le matasen para desafiar con aquellas condiciones á la gloria de las salas de armas, al tirador infalible, que se llamaba Gaetano de Avoise.

Hay que confesar, en elogio de los dos testigos del marqués, que habían tratado de suavizar las condiciones del duelo para hacerlo menos peligroso; pero tuvieron que desistir ante las instrucciones de su amigo, que, más intratable aún que su adversario, las quería lo más peligrosas posibles.

El marqués no había vuelto á su casa, acabando la noche en el hotel Tallerande, boulevard

Hausmann, donde escribió rápidamente algunas cartas, acostándose tranquilamente después de encarar á su amigo que le llamase á la hora convenida.

Á los tres amigos acompañaba un médico famoso, el doctor Richard, y, al dirigirse al sitio del duelo, se bajó el marqués del coche, depositando con su propia mano en el correo dos cartas, para que nadie, ni aun el lacayo, viera su dirección.

Mientras que los testigos escogían el terreno, el marqués se paseaba bajo las alamedas del parque de sir Pembroke, que sin duda traían á su memoria algún recuerdo, y sonreía.

Su situación, sin embargo, no tenía nada de alegre. Rechazado por la marquesa, que, obligada por tantas ofensas, le había al fin cerrado la puerta de su cuarto, y sobre todo su corazón; en abierta hostilidad con su suegra, que era más temible que su angelical mujer, á quien tal vez hubiese podido reconquistar; sin recurso alguno, desde que el barón Nollet le había arrebatado, por una combinación sagaz de financiero, hasta la ilusión de la riqueza, aquel castillo solariego cuyo nombre llevaba; deudor de una suma relativamente enorme—doscientos mil francos—para el que no tiene un céntimo, y demasiado orgulloso para acudir á sus amigos, había llegado al borde del abismo que se traga el honor de los que caen en él.

Hubiera debido, pues, estar sombrío, y no era

así, sin embargo. Elegante, con su traje azul oscuro y una rosa en el ojal, parecía tan tranquilo y tan indiferente como si se encontrase en el Hipódromo jugando cien lises al caballo favorito en la tribuna del Jockey.

El doctor Richard era el más preocupado. Aquel duelo le inquietaba, y sus condiciones extraordinarias le tenían pensativo.

En un momento en que pasó junto al marqués, le vió trazando dos crucecitas en un álamo secular.

El marqués cesó en su distracción, miró al doctor Richard, y contestando á las inquietudes que leía en su cara, le dijo con el tono ligero de sus buenos tiempos:

—¡Bah, doctor, no se preocupe usted, que no habrá más muertos ni más heridos que los que quieran serlo! Solamente aconsejo á usted que se separe bien.

Y como el cirujano le mirara con extrañeza, añadió en tono confidencial:

—Parece que el señor Peyral no está fuerte en la pistola, y, en efecto, sólo le creo peligroso en la Audiencia, y una bala puede desviarse.

El señor Peyral se paseaba también muy tranquilo, como el marqués, pero con una visión ante los ojos que no le abandonaba.

Pensaba en su juventud, tan bien aprovechada, en su conciencia tranquila, y sobre todo en aque-

lla mujer por la cual iba á exponer su vida, á la cual había amado tanto, á quien tal vez amaba aún. ¿Volvería á verla?

Los testigos escogieron, de común acuerdo, una pradera de césped, descubierta é iluminada por los oblicuos rayos del sol matutino y próxima á las cruces que el marqués había trazado.

Á las siete y media fueron entregados á los combatientes las pistolas cargadas.

El marqués, alto, delgado y derecho como un junco, no ofrecía blanco á las balas del abogado, mientras que éste, colocado á veinte pasos, con su corpulencia, que no se tomaba el trabajo de perfilar, parecía un inmenso blanco, y con la cabeza alta y la mirada clara, estaba verdaderamente soberbio, de serena intrepidez.

Dada la señal por los testigos, sonaron las dos detonaciones á un mismo tiempo; pero Tallerande y el comandante Labarre creyeron notar que el marqués había variado la puntería, volviendo un poco la mano en el momento de hacer fuego.

El marqués miró al doctor, como diciéndole: Ya ve usted que no es tan peligroso como usted cree; y, en efecto, los dos adversarios continuaban de pie, sanos y salvos.

Los testigos intervinieron entonces, tratando de evitar el combate; pero el marqués dijo con visible impaciencia:

—Vuelvan ustedes á cargar.

Así se hizo, en efecto, y esta vez el señor Peyral tiró sólo, á quince pasos, sin hacer blanco.

El marqués se encogió de hombros, irónico y sonriente, diciendo bastante alto para que pudiesen oírlo el médico y los testigos:

—¡Torpe!

Después, usando de su derecho, avanzó lentamente hasta su límite.

El señor Peyral continuaba firme en su sitio, sin que se alterase un solo músculo de su fisonomía, y mirando de frente, con la cabeza erguida, al señor de Avoise, quien, con un movimiento lento y gracioso levantó el arma y apuntó con calma á su adversario; pero súbitamente, y antes de que los testigos pudieran pensar en intervenir, la volvió contra sí mismo, y apoyando la pistola sobre su sien derecha, se saltó la tapa de los sesos.

Tallerande y de Fresnés, que se precipitaron, le recibieron en sus brazos, y el doctor sólo pudo hacer constar la muerte.

El señor Peyral debía la vida á la generosidad de su adversario. La primera bala del marqués se encontró en el centro de una de las crucecitas que había trazado.

Diez minutos después llegaron Matilde y la señora de Savignat, que lanzó un grito á la vista del cadáver.

—¡Se ha matado!—dijo Tallerande sacando del

bolsillo una carta, que entregó á la madre de Elena.

—¡Ah, desgraciado!—exclamó ella.—¡Cuando le era tan fácil vivir!

La carta del marqués era corta; contenía esta única palabra: ¡Perdón!

—¿Por qué no me lo pidió él mismo?—dijo la buena señora con su acostumbrada vehemencia y con los ojos llenos de lágrimas.—¡Pobre loco!

La suegra suplicó á los asistentes la más completa reserva acerca de lo sucedido, y cedió su berlina para trasladar al hotel el cadáver del suicida.

Matilde Peyral quiso echarse á los pies de su marido, pero éste la recibió entre sus brazos en un arranque de amor. Acababa de borrar su falta.

Cuando llegaron á su casa, encontró el señor Peyral una carta, en la cual, con indecible sorpresa, reconoció la letra del marqués.

«Caballero—le decía en ella el señor de Avoise,—quero morir, y espero que va usted á matarme, en lo cual me hará un favor; pero, en todo caso, si no llegase usted á matarme, me mataré yo mismo. No se miente cuando se está al borde del sepulcro. Si la señora de Peyral tiene que acusarse de una falta anterior á su matrimonio, ha sido desde que se casó un modelo de abnegación

y de fidelidad. Puede usted creerlo, puesto que yo, objeto de sus desdenes, que han sido causa de la mayor parte de mis locuras, las rescato por un rasgo de juicio.

GAETANO DE AVOISE.

Cuando la señora de Savignat llegó, con el fúnebre cortejo, á la plaza de Vendome, se adelantó, dejando al muerto bajo la custodia de su fiel Lorenzo, para prevenir á su hija, á la cual encontró en su cuarto anegada en lágrimas y con la segunda carta que el marqués echó al correo por su propia mano.

El desgraciado le escribía lo siguiente:

«Mi querida y dulce Elena.

Si pudiera esperar tu perdón, me echaría á tus pies para pedírtelo; pero no lo merezco, y sólo me queda un partido que tomar: expiar mis errores y devolverte tu libertad. Eres mil veces digna de ser adorada, y yo he sido un ciego y un insensato. Ruega á tu madre que salve el honor de mi nombre. Debo, sobre palabra, 200.000 francos al barón Nollet y al Círculo; que los pague con su acostumbrada generosidad, que no he sabido apreciar, y si alguna vez pensáis en mí, recordad que os bendigo á las dos por vuestra indulgencia para soportar las faltas de los demás y vuestra angelical dulzura. Abandono este mundo con la desespera-

ción de haber pasado al lado de la felicidad sin darme cuenta de ello.

GAETANO.

—¡Ah, madre mía, se ha matado!— exclamó Elena, llorando desesperadamente en los brazos de su madre.

—Ha muerto como un caballero—replicó ésta; y su hija repitió la frase que poco antes se le había escapado á ella tan de corazón:—¿Por qué no me decía lo que me escribe?

Se echó tierra al asunto, cuya versión exacta supo muy poca gente, pues los testigos se encerraron en una reserva impenetrable.

El comandante no habló jamás de ello, sino al fumar su pipa en compañía de su elocuente primo el señor Desroches, hablador en la Audiencia, pero silencioso en su casa.

—En mi vida he visto un duelo más raro—decía el comandante;—todavía no sé por qué se batían. Y no pasaba noche sin que el señor Desroches oyese esta frase ó su equivalente; pero no contestaba al comandante, y guardaba para sí lo que sabía, acostumbrado á conocer misterios y guardar secretos. Deber profesional... el señor Peyral se lo había contado todo.

El mismo día, antes de las doce, el barón de Nollet recibía de su cliente, rogándole que saldase el débito del Casino, un cheque de 200.000

francos, que hizo ingresar en caja friamente.

Al mismo tiempo la señora de Savignat le notificaba la muerte de su yerno, confiándole el terrible secreto de su fin, sobre el cual le rogaba encarecidamente guardase silencio, pues habían convenido en decir que el marqués había sucumbido á consecuencia de una congestión.

El banquero iba á sentarse á la mesa para almorzar, cuando recibió la noticia.

—Uno de tus amigos acaba de morir, querida—dijo á su mujer.

La hermosa rubia se mordió los labios.

—¿El marqués de Avoise?—preguntó.

—Sí.

—¿Y de qué ha muerto?—repuso sin emoción aparente.

—Dicen que de una congestión; pero yo me inclino á creer que de un cólico de plomo.

—¿Por qué?

—Porque el marqués era más jugador que los naipes y estaba absolutamente arruinado. Así acaban todos los de su especie, á menos de cambiar de nacionalidad.

—¿Cómo cambiar de nacionalidad?

—Haciéndose *griego*, por ejemplo.

—Me concederás, querido—dijo la baronesa con alguna vivacidad,—que el marqués era demasiado gran señor para caer tan bajo.

El barón se sirvió una copa de excelente Bur-

deos, y dijo, á manera de conclusión, con su voz de falsete:

—No hay que asegurar nada; y en todo caso tenía razón al advertirte que acabaría mal. Por lo demás—añadió,—tienes todas las virtudes. Blanca, incluso la discreción. Toma y lee—y le entregó la carta de la señora de Savignat.

—No ha acabado mal—declaró la rubia, terminantemente.—Ha muerto como un caballero y como un valiente.

En la costa de Duarneser, en Bretaña, hay un castillo, cuidado con gran esmero, que ocupa una situación magnífica, á un kilómetro de la costa y resguardado de los vientos duros de Oeste por una estribación de colinas cubiertas de vegetación espléndida que lo circundan en una extensión de más de una legua.

Por una abertura del terreno, que es muy montañoso, se divisa el Océano, y le rodean magníficos jardines en los cuales se encuentran todas las plantas de Jersey y de la isla de Wight.

Esta residencia, que es la admiración de los artistas, pertenecía al conde de Pantaven, que murió en París por la misma época del duelo que acabamos de narrar, y ha pasado á ser propiedad del señor Peyral.

El célebre abogado ha renunciado á vivir en sociedad, y su amiga, la señora de Savignat, le visita

á menudo en su retiro, pues ha comprado también á poca distancia una gran propiedad, y es incalculable el bien que hacen en el país.

La señora de Savignat conoce la historia de Matilde, que ignorará siempre la joven marquesa; ¿pero quién puede condenar á la señora de Peyral por una debilidad que ha pagado tan cara y que ha redimido con su dulzura y con su virtud?

¡Dichosos los maridos que saben perdonar á tales mujeres! Y la señora de Peyral es querida y respetada por todos los que la conocen. Si hay alguna mujer que la condene, y seguramente la habrá, bien puede afirmarse que esa mujer no ha combatido en la gran batalla de Paris, y que no ha pasado por las luchas, tentaciones y miserias de la vida.

FIN

Enere de 1894.

30578

N  
M.567

LIBRARY OF THE

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

BERKELEY CALIFORNIA

CO